

QUE TODO ARDA

ISRAEL LEWITES CORNEJO



parte de los ángeles del cielo, y las ángeles sobre la tierra. Y el dragón se paró delante de la mujer que había dado a luz, a fin de devorar a su hijo en cuanto nació.

5 Y ella dio a luz un hijo varón que debía de regir a todas las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y habita su trono.

6 Y la "mujer" huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustentasen durante mil doscientos sesenta días.

7 Y hubo una gran "batalla en el cielo: "Miguel y sus "ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles.

8 pero no prevalecieron, "ni fue hallado más su lugar en el cielo.

9 Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama "Diablo y Satanás, quien engaña a todo el mundo; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

10 Y oí una gran voz en el cielo que decía: Ahora han "venido la salvación, y el poder, y el reino de nuestro Dios y la "autoridad de su Cristo, porque el "acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.

11 Y ellos se han "venido por medio del "sangre del "Cordero y de la palabra de su "testimonio, y no aman en sus vidas, ni aun hasta sufrir la "muerte.

12 Por lo cual alegraros, cielo, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los adoradores de la tierra y del mar!, porque el "dablo ha descendido a vosotros, teniendo gran ira, pues sabe que tiene poco tiempo.

13 Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.

14 Y le fueron dadas a la mujer las "dos alas de la gran águila, para que volase de la presencia de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo.

15 Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, a fin de hacer que fuese arrastrada por el río.

16 Pero la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había arrojado de su boca.

17 Entonces el "dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer la "guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

capítulo 12

Juan ve la "inminente apostasía de la Iglesia — también ve la guerra "preferencial en el cielo en la que "Satanás fue arrojado abajo — Ve la continuación de esa guerra en la tierra.

11 Pero después de tres días y medio, el "espíritu de vida "vino por Dios "entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies, y cayeron gran temor sobre los que los vieron.

12 Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: "Subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron.

13 Y en aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derribó, y por el terremoto murieron en número como siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron y dieron gloria al Dios del cielo.

14 El segundo "jaj" ha pasado; he aquí, el tercer "jaj" viene pronto.

15 Y el séptimo "ángel" tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo que decían: Los reinos del mundo han venido a ser "reinos de nuestro Señor y de su Cristo; y el "Reinará para siempre jamás.

16 Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios,

17 diciendo: Te damos gracias, oh Señor Dios "Todopoderoso,

1982

11 Y ellos se han "venido por medio del "sangre del "Cordero y de la palabra de su "testimonio, y no aman en sus vidas, ni aun hasta sufrir la "muerte.

12 Por lo cual alegraros, cielo, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los adoradores de la tierra y del mar!, porque el "dablo ha descendido a vosotros, teniendo gran ira, pues sabe que tiene poco tiempo.

13 Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.

14 Y le fueron dadas a la mujer las "dos alas de la gran águila, para que volase de la presencia de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo.

15 Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, a fin de hacer que fuese arrastrada por el río.

16 Pero la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había arrojado de su boca.

17 Entonces el "dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer la "guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

1984

nombre de su Padre, y la voz del cielo como el sonido de un gran tambor, y una voz de los que tocaban sus arpas.

4 Estos son los que no se han contaminado con mujeres, porque son "vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron "redimidos de entre los hombres como "primicias para Dios el Cordero.

5 Y en sus bocas no fue hallado "engano, porque ellos son sin mancha delante del trono de Dios.

6 Y vi a otro "ángel "volar por en medio del cielo, que tenía el "evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación, y tribu, y lengua y pueblo.

7 diciendo a gran voz: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su "juicio ha llegado; y "adorad a aquel que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y las fuen-

Del Cid
EDICIONES

QUE TODO ARDA

Israel Lewites Cornejo

Del Cid
EDICIONES

Del Cid Ediciones, 2020 ©

Título: *Que todo arda* ©

Autor: Israel Lewites Cornejo

Primera edición, 2020 ©

ISBN: 978-9962-13-330-8

Diseño de portada: Lonnie Ruíz

Edición: Amalia del Cid

Diseño y diagramación: Carlos Reyes

Este libro fue editado y diagramado en formato digital por *Del Cid Ediciones*. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin el permiso previo y por escrito al titular del *copyright*.

*A quienes se siguen asombrando,
e indignando,
por lo que pasa en este país.*

Índice

EL BRUJO	6
EL MONSTRUO DEL MASAYA	38
LO QUE DUERME EN LA SELVA.....	88
EL ÁNGEL.....	134

El brujo

El más famoso brujo que ha existido en Nicaragua, el terrible Leónidas Caronte, pasó su infancia ayudando a cargar bolsas en el mercado de Masaya, cuando su nombre aún era Leónidas Pérez Escalante. Su madre, una supersticiosa vivandera, fue quien, sin proponérselo, le infundió un prematuro interés por lo oculto. Cuando no había clientes lo sentaba a su lado en el tramo y le contaba cuentos de camino en donde aterradores seres sobrenaturales se les aparecían a aquellos que, por andar de juerga, vagabundeaban a altas horas de la noche. Aunque la intención era aleccionar al niño, a este no parecían importarle las moralejas, lo único que captaba su interés eran los espantos. Una y otra vez exigía detalladas descripciones del cadejo, la cegua, la mona y la carreta nagua.

Otro antecedente, sin duda decisivo para la vocación de Caronte, fueron las constantes visitas de su mamá a una cartomántica,

Madame Macuá, de quien se decía podía predecir el futuro con su mágico mazo de naipes del Tarot. El pequeño nunca se cansó de interrogar, después de cada sesión, a su sonriente e ilusionada madre, quien, llevándose un dedo a los labios, invariablemente respondía: “Si te cuento, no se me cumple el lindo presagio”. Sin embargo, el disciplinado silencio no pareció bastar. La vida de la señora fue difícil hasta ese día que, con un terrible dolor en el bazo, murió en el pasillo de un hospital público esperando a ser atendida.

Huérfano y aún sin cumplir los diez años de edad, Leónidas empezó a vivir entre camiones. Primero como cargador y, tras una década de esfuerzo, como chofer. Por casi cuarenta años hizo recorridos entre Panamá y México y coleccionó todas las versiones posibles de los cuentos que su mamá le contaba; los mismos espantos con distintos acentos. Se dio a leer las manos decenas de veces en ferias y tenderetes encontrados en el camino y recibió toda suerte de profecías, la mayoría erradas. Por ejemplo, en varias ocasiones le pronosticaron que tendría tres hijos; pero eventualmente descubrió que era estéril, algo que atribuyó al hecho de pasar tanto tiempo sentado en el calor del camión.

Un día cualquiera se sintió viejo y profundamente cansado. Finalizado el que sería su último viaje, entregó las llaves al dueño del camión y se despidió sin dar explicaciones. "Me voy. Gracias por todo", dijo. Por temor a burlas no se atrevió a contarle a nadie su insólita e irrevocable decisión de convertirse en brujo. Usó todo lo que tenía para comprar una pequeña casa en Diriomo y la adornó con los más tenebrosos cachivaches que pudo conseguir. Con mucho esfuerzo creó un local de cuya atmósfera se sintió orgulloso y, tratando de estar a la altura, se entregó con tesón a la interpretación de su papel. Solo renunciaba a su estilo solemne y místico después de las siete de la noche, cuando trancaba la puerta y, relajado, cocinaba la cena para luego ponerse un camisón largo y ver telenovelas. A eso de la medianoche, justo antes de dormir, salía con su camisón al frente de la casa, abría las piernas y cerraba los ojos. Sabía que los trasnochadores que pasaban por ahí especulaban temerosos sobre los propósitos de aquel ritual; pero lo cierto es que, después de décadas sentado en la caliente cabina del camión, Leónidas disfrutaba como nadie de la brisa fresca en los testículos. "Con gusto puedo hacer esto

hasta el día que me muera”, pensaba con satisfacción, y miraba con orgullo el rótulo en su puerta: “Se hace brujerilla”.

Aunque era creativo, Caronte estaba lejos de ser considerado el mejor brujo de Diriomo. Le faltaban escuela y tradición; pero compensaba sus limitaciones no rehusándose a ningún trabajo. Sin importar qué tan irracionales o perversas fueran las peticiones de sus clientes, a nada decía que no. Tuvo que enterrar muchos muñecos con alfileres en los patios de las víctimas; desvelarse junto con algún crédulo invocando a oscuras deidades (varias inventadas por él) y solicitar infortunios para una que otra expareja mientras cocinaba un corazón de vaca. Un día hasta tuvo que simular que bebía “sangre de mujer criando”, pero en realidad era fresco de Jamaica con gelatina.

Se suponía que sus maleficios eran capaces de causar mal de ojo, pobreza, desamor, mala suerte, insomnio, impotencia, ladillas, hongos en los pies y demás calamidades que sus clientes deseaban para sus enemigos. Leónidas no se sentía culpable, quizás un poquito deshonesto; pero se consolaba pensando que en realidad no hacía daño a nadie y que más bien ayudaba a aliviar rencillas que de otra manera podían escalar. Bueno, algunas sí escalaron. Un par de veces familias enteras se

enfrascaron en peleas campales cuando descubrieron que sus vecinos les habían mandado a poner “entierros de nudos” en sus patios.

Durante los primeros meses en su nuevo oficio le inquietó la posibilidad de que algún cliente insatisfecho le llegara a reclamar por la ineficacia de sus maleficios. Pero eso nunca pasó. Pronto el viejo comprendió que en la vida, y más en la del pobre, el infortunio es algo cotidiano. Sus clientes asumían que si a fulana le había dado dengue o si mengano había perdido toda la quincena apostando a los gallos, era por causa del hechizo contratado.

Además de la brisa nocturna, el brujo disfrutaba de su falsa rivalidad con el pastor evangélico Alfredo Aburto. Al menos una vez al mes el religioso mencionaba en su templo lo poderoso que podía ser el señor Caronte al servicio de las fuerzas oscuras y luego, cuando se encontraban en la calle, intercambiaban fieras miradas. Podían estar varios minutos sosteniendo ese desafío mental; mientras la gente guardaba silencio y observaba tensa el duelo entre esos campeones del bien y del mal. Al final, Aburto siempre sentenciaba: “¡Ni personas como usted escapan al amor de Cristo!”. Entonces Leónidas fingía un espasmo y, derrotado,

daba la mano al pastor traspasándole veladamente una propina. Este ejercicio publicitario era un orgullo para el brujo, que en esos instantes se creía un maquiavélico genio del marketing, aparte de un tremendo actor.

Pese a que el oficio apenas le daba para vivir, cualquier penuria era compensada por la satisfacción de convivir con gente y, en cierta forma, ayudarla. “Ante la cruel verdad, piadoso es el engaño”, se decía a sí mismo frecuentemente.

II

Tocaron a la puerta a eso de las cuatro de la tarde de un jueves. Era una granadina alta, blanca, de nariz puntiaguda. Pasaba los cincuenta años y se notaba que en algún momento de su vida fue adinerada; pero lo único que parecía quedarle de esos buenos tiempos era la expresión arrogante y un Mercedes Benz desvencijado.

“He oído que usted hace magia... magia negra. Y vine a verlo porque creo que eso estoy necesitando”, dijo mientras pasaba la mirada sobre una mesa repleta de velas, huesos de animales y frasquitos de formol. “El año pasado mi marido se fue con la empleada. No, no es por eso que vengo. Siempre me tuvo sin

cuidado que a ese tipo le gustara revolcarse con gentuza, pero lo que no voy a perdonar es que ahora que se murió resulta que le heredó la finca a ella. Dice el abogado que no hay nada que hacer, que es legal, que la finca es de ella con todo y los caballos".

La mujer alzó la vista y, por primera vez, miró a Leónidas a la cara.

"¿Sabía usted que yo montaba? De chavala fui reina de los hípicas. Una reina de verdad, no como esas putillas que coronan ahora. Aquí donde me ve —se irguió cuanto pudo, levantando aún más la puntiaguda nariz—, hace años yo era una belleza y montaba los mejores caballos de este país. ¿Sabe cuánto vale un caballo criado en la finca de mi marido? ¡Más que esa empleada y toda su familia vividora! Haga lo que tenga que hacer, pero no quiero ver ni a esa maldita mujer ni a sus hijos sobre mis caballos".

Después, tras una innecesaria explicación sobre su abolengo alemán, la señora Jensen exigió servicio de primera, con invocaciones, macumba y entierro de muñeco con pata de gallina en la propiedad de la discordia. Pagó generosamente. De hecho, pagó tan bien que Caronte se sintió un poco culpable por considerar odiosa e insufrible a la otrora reina de los hípicas.

Para compensar decidió ponerle entusiasmo al caso y garantizar un buen show. Ejecutó un ritual en compañía de la viuda y, a riesgo de que le pegaran un tiro, se metió a la finca para enterrar el amuleto maléfico. Terminadas sus labores, se olvidó del tema. Por eso lo tomó por sorpresa el regreso del viejo Mercedes Benz, que a las dos semanas apareció de nuevo frente a su casa, esta vez manejado por un hombre diminuto y sudoroso que se identificó como el abogado de la señora Jensen.

“La señora está muy impresionada por sus capacidades”, informó el hombrecito. “Aquí le manda un dinero, nada más fírmeme este acuerdo de confidencialidad”, agregó, sacándose un lapicero del bolsillo de la camisa. “Le queda a usted prohibido revelar que ha sostenido negocios con mi cliente. Por favor olvídense de ella y perdónela por haber venido a su casa”.

Leónidas estaba mudo, era su primera vez en una situación como esa. Firmó el papel sin leerlo y después aceptó un sobre sellado. Ya subido en el carro, el abogado exclamó: “¡Parece que usted es bueno en lo que hace, tan bueno que logró asustar a la señora! ¡Esa mujer ya no sale de la iglesia!”.

Para el brujo no fue difícil averiguar lo que había ocurrido. En Granada no se hablaba de otra cosa y pronto la noticia llegó al

resto del país. "Descuartizaron a todos los animales y con las partes crearon algo horrible para ofender a Dios. Sobre la fuente encajaron algo que parecía una araña gigante, usando las patas de los caballos y los cuerpos de los perros; porque también mataron a los perros, les arrancaron la piel y pegaron las partes amarrándolas con alambre de púas", relató un tembloroso testigo ante los periodistas. "Lo peor era la cabeza de esa cosa... Como cabeza le pusieron la imagen de la Virgen Santísima que estaba en la entrada de la finca. La fuente la encendieron, pero no echaba agua; lo que había era sangre y volaba aquellos chorros de sangre y yo la quería apagar, pero me dijeron que no tocara nada". El testigo lloraba. Se trataba de un joven peón que esa mañana iba a las cuadras para sacar a los caballos y tuvo la mala suerte de ser el primero en ver la escena. "La Virgen estaba bañada en sangre", sollozó. "No vimos al que hizo esto porque sin duda fue el mismísimo demonio".

Horas después la Policía encontró un frasco con patas de gallina enterrado en la finca; y por la noche los noticieros nacionales ya mencionaban a un brujo de Diriomo como posible responsable de haber invocado al diablo para que perpetrara la profanación de la imagen religiosa. También presentaron las contundentes

declaraciones de un comisionado que dio el caso por resuelto: "Esta es una obra de Satanás y lamentosamente a Satanás no lo podemos encarcelar, lo único que nos queda a todos es orar y encomendarnos a la protección de nuestro Señor Jesucristo".

Aunque temía verse involucrado, Leónidas Caronte no pudo evitar indignarse por la ligereza en el manejo que la Policía estaba dándole a la situación. Esa noche no salió a disfrutar de la brisa. Estaba casi seguro de que debía haber una explicación terrenal para lo que había sucedido; no consiguió dormir y por primera vez se preguntó si su oficio podía traer mal a la sociedad.

III

La clientela cambió radicalmente. Se acabaron las personas humildes que llegaban en chinelas y pagaban con una gallina o una docena de aguacates. Frente a la casa del brujo se estacionaban lujosas camionetas de las que bajaban personas con las más criminales peticiones. Ahora los conflictos solían estar vinculados con herencias, rivalidades en los negocios y repartición de utilidades en grandes empresas. A Leónidas le parecían asombrosos los niveles de ambición y mezquindad que exhibían sus nuevos clientes. "Pero si usted está bien, es una

persona rica, disfrute del dinero que tiene y deje de estar jodiendo”, decía para sus adentros. Sin embargo, siempre procuró que nada en él dejara entrever la sencillez de su espíritu. Encarnaba férreamente a su inescrupuloso y parco personaje; así se sentía menos vulnerable.

Dudas e inseguridades lo atormentaban a toda hora. Pensaba, por ejemplo, que estos clientes sí podían tomar represalias si se consideraban estafados. Denunciarlo, desprestigiarlo, echarlo preso, mandarlo a matar. Por otro lado, al compararse con sus visitantes se descubrió a sí mismo pobre y fracasado. De joven no había logrado mayor cosa y de viejo tenía que disfrazarse ridículamente para ganarse la comida del día. La satisfacción que alguna vez sintió por su vida se esfumó para dar paso a la incertidumbre y la ansiedad. Esa extraña buena racha le estaba permitiendo ganar dinero como nunca y, paradójicamente, nunca había sido tan miserable.

Al cabo de un mes, todavía no recibía reclamos. Todo lo contrario, sus clientes le comentaban notables resultados que incluían cuatro empresarios en la cárcel, cinco accidentes automovilísticos con consecuencias fatales, un naufragio en el Cocibolca, dos suicidios y tres desapariciones.

El brujo llevaba registro de cada cliente con su respectiva petición y un día, revisando su libreta de apuntes, constató con horror que todos, sin excepción, habían confirmado la desgracia de sus enemigos. Ya no existía manera de ignorar el asunto, la eficacia de sus malignos poderes estaba comprobada, pero aun así no lo creía. Él se sentía igual, como el mismo mediocre de siempre. No se le ocurría ninguna razón por la cual pudiera ser merecedor de tal poder. “¿Acaso el diablo me eligió entre el resto de humanos? ¿Por qué a mí? ¿Por qué no siento nada diferente? Quiero renunciar a esto”, rumiaba.

Esa tarde salió a comprar a la pulpería y se encontró con el pastor Aburto. Como de costumbre, le sostuvo la mirada; pero esta vez su rival agachó la cabeza y se alejó como perrito callejero que teme ser apedreado. En ese momento Leónidas decidió abandonar el oficio; regresó a su casa, quitó el rótulo y se encerró con la intención de jamás volver a atender clientes.

IV

El enclaustramiento de Caronte se vio interrumpido por dos agentes de la Policía. Llegaron entrada la noche, con las luces de la sirena encendidas. Golpearon la puerta como si hubieran

querido botarla y no dieron explicaciones, simplemente le ordenaron subir a la patrulla.

El brujo no estaba angustiado, más bien sentía alivio. Creyó que la Policía por fin había decidido hacer una verdadera investigación y que posiblemente descubriría algo que le diera sentido a todo. Y si no había explicación, pensó, al menos lo detendrían y ya no haría más daño.

Pero los patrulleros parecían tener otros planes. Después de media hora de viaje se hizo evidente que no se dirigían a la estación del pueblo ni a la jefatura departamental; habían tomado carretera abierta y Leónidas empezó a temer que se tratara de un ajusticiamiento encargado por los parientes de alguna de sus tantas víctimas. Cerró los ojos, apretó los puños y rezó pidiendo perdón a Dios. A los treinta padrenuestros uno de los oficiales le dijo: "Ya llegamos... La señora lo está esperando".

El brujo se sintió más viejo que nunca. Los policías lo bajaron temblando de la patrulla y lo condujeron a través de un fastuoso jardín. Nunca había visto algo semejante. Por todas partes había flores de encendidos colores, helechos que se desbordaban sobre gigantescos maceteros, arbustos podados en forma de manos y un estanque del que brotaba una fuente de mosaico. Entraron a una

mansión repleta de extraños adornos y ahí vio un buda dorado, una serpiente emplumada de concreto que se erguía casi hasta el techo y un pavo real disecado al que le habían incrustado piedras verdes y azules. Un tipo delgado con guayabera se acercó al viejo, le entregó un vaso con limonada y empezó a recitar, señalando los objetos de la sala: “Esa piedra proviene de la cima del Huayna Picchu y esas son vírgenes de Sevilla. Esta es una yoruba de la Habana y aquella réplica del Taj Mahal es de puro marfil”. Hizo una pausa y, fingiendo emoción, prosiguió: “Pero este es el mayor tesoro de la casa, es el Lingam de oro, la semilla cósmica de la creación, un huevo dorado salido de la boca del mismísimo gurú Sathya Sai Baba”. Leónidas lo miró sin interés y le entregó el vaso vacío.

De un pasillo apareció un hombre grande con un audífono en la oreja: "Viejo, métase al baño y lávese las manos", instruyó en tono militar. "Lávese bien sí, con agua y bastante jabón. ¿Me escuchó?". Leónidas obedeció sin chistar, la situación era demasiado abrumadora para pedir aclaraciones. Saliendo del baño fue escoltado por el mismo hombre hasta llegar a dos enormes puertas labradas.

"Le cuento que la doña anda entusiasmada porque va a conocerlo... Espero que no la decepcione", le advirtió el guardaespaldas, y abrió las puertas para revelar un salón lleno de coloridas telas, cojines en el suelo y estatuas de criaturas con muchos brazos. Entre el humo del incienso apareció una señora muy delgada. Una amplia sonrisa le surcaba la cara. Al brujo le impactó la familiaridad de aquel rostro. Era como si conociera a esa mujer de toda la vida; pero al mismo tiempo no supiera cómo ni de dónde. De pronto algo terminó de ajustarse adentro de su cabeza:

"¡Primera dama!", exclamó.

V

"¡Que prodigio! Tenerlo aquí eleva los niveles de energía de esta residencia. Tengo reportes de que usted es un instrumento poderoso como pocos", exclamó la primera dama y, de súbito, preguntó de manera amenazante mirando a Caronte a los ojos: "¿Es usted un hombre de mística revolucionaria?". Petrificado, el brujo no alcanzó a articular palabra; y tampoco hizo falta, porque la mujer se respondió a sí misma: "Claro que sí lo es, no podría ser de otro modo, usted es un hombre del pueblo y el pueblo es

revolución. Pero ahorita no hablemos de nuestros deberes con la patria. Beba, por favor, beba".

Leónidas aceptó la bebida, aunque no estaba seguro ni de cómo debía sujetar la copa. Se hallaba nervioso y cohibido, pero una chispa de vanidad le inyectó un inusual entusiasmo. "Soy el mejor brujo de Diriomo, esto lo comprueba, nadie del pueblo soñaría con una invitación como esta", se felicitó a sí mismo y se tragó de un sorbo todo el contenido de la copa. También aceptó con entusiasmo fumar de las extrañas pipas que le fueron ofrecidas, pese a que cada vez le resultaba más difícil mantenerse atento a las prolongadas explicaciones que la primera dama ofrecía respecto a cada hierba y brebaje.

A la mañana siguiente despertó totalmente desorientado. Los recuerdos de la noche anterior eran confusos y lo inquietaba, particularmente, la imagen de una botella de licor que tenía una serpiente adentro. "¿Bebí de esa mierda o no?", se preguntó con el estómago revuelto. Incluso tuvo dudas de si realmente había conocido a la primera dama; pero la elegante habitación y la maravillosa cama en la que despertó constituían pruebas fehacientes de que era el huésped de la poderosa mujer. Fue al baño para enjuagarse la cara y extrañó su casita. Todo le parecía

demasiado lujoso y le dieron unas ganas irrefrenables de marcharse. Apurado salió al pasillo y un escolta lo abordó de inmediato:

"¡Hey! ¿A dónde va?! La señora lo está esperando desde hace horas, pero nos dijo que no lo despertáramos. Venga, sígame".

Encontraron a la primera dama en el mismo salón de la noche anterior. Vestía ropa deportiva y bebía un viscoso jugo verde.

—Buenos días, don Leónidas. ¡Qué cara trae! —saludó contenta—. Me imagino que se sigue preguntando para qué lo mandé a buscar, así que voy a ser directa con usted. Existen dos personajes que desgraciadamente se niegan a meterse en cintura y no queremos obstáculos en el avance del proyecto revolucionario. Tal vez hoy estos individuos no son mayor cosa; pero estoy segura de que, si los dejamos crecer, pueden crear confusión en el pueblo nicaragüense. —Dejó el vaso en una mesa para tomar un sobre de manila—. Aquí tiene todo lo que necesita: fotos, hebras de cabello, objetos que tocaron. En la próxima luna llena vamos a realizar el ritual... Bueno, usted lo va a realizar y yo voy a estar presente. Afuera lo está esperando un carro para llevarlo a su casa, ya puede retirarse.

—Pero señora —protestó Leónidas, nervioso—. Yo no me he sentido tan bien últimamente... No sé, ¿no ha pensado que quizás puedan resolver esto de manera más normal? Es decir, sin magia...

—Oiga bien, nunca, ¡nunca! cuestione mi criterio, ¡nunca me pida explicaciones! —respondió, airada, la primera dama—. Aquí la pregunta es si realmente puede hacer magia. Por el bien de la revolución, de Nicaragua y, sobre todo, de usted, espero que sí.

Cuando regresó a Diriomo, el viejo tuvo la sensación de haberse ido por mucho tiempo. Se percató, como nunca antes, de la pobreza de su casa y miró sus preciados adornos como lo que eran: ordinarias baratijas. Pero nada de eso le impidió sentirse agradecido por estar de vuelta.

Revisó el calendario y la próxima luna llena era en una semana. No había tiempo que perder. Tomó el material que le habían entregado, encendió unas cuantas velas y empezó a prepararse para lo que debía ser la mejor interpretación de su carrera. Comprendió que para este encargo necesitaba ayuda y, con bastante prudencia y distancia, le rezó al demonio: “Mirá, diablo, yo no sé por qué me estás usando ni qué querés de mí. Yo nunca he querido causarle problemas a nadie, vos me conocés y sabés

que soy tranquilo. Pero necesito que sigás haciendo lo que sea que has estado haciendo porque a esta mujer yo no le puedo quedar mal. Vos sabés que me puede hacer paste si la decepciono. Pero te advierto, diablo, de aquí no paso. Yo ya me retiré”.

En los siguientes días, Leónidas se dedicó por entero a la preparación del evento, incluso lo ensayó, y cuando la luna estuvo llena, hizo una interpretación tan intensa que le valió dolores musculares por más de una semana y varias sesiones con el sobador. La primera dama pareció complacida; ahora solo quedaba sobrellevar la ansiedad de la espera.

Al séptimo día el brujo se abalanzó sobre el periódico, tal y como había hecho los seis días anteriores. Pero en vez de la habitual desilusión fue asaltado por el pánico. Con la boca seca y la presión baja leyó: “Primera dama recurre a brujo... Rituales de magia negra... El más terrible brujo de Diriomo al servicio del gobierno...”.

Alguien había filtrado fotos del ritual y Leónidas estaba seguro de que esa sería su ruina y, quizás, el fin de la pareja presidencial. "Este es un país católico, cristiano, la gente no va a perdonar esto", pensó, sintiendo como si lo hubieran arrojado al vacío.

VI

Los siguientes días fueron todavía más extraños: tras el destape en los medios no ocurrió absolutamente nada. De hecho, la gente era más atenta con Caronte. La señora de la pulpería no le cobraba, los vecinos le llevaban regalos y el pastor volvió a tener públicos duelos de miradas; pero ahora simulaba ser abatido y sus asistentes lo cargaban de urgencia al templo para curarle las "heridas espirituales" sufridas en la contienda. La pareja presidencial tampoco parecía ver mermada su popularidad; todo lo contrario, la gente se refería al presidente y su mujer con mucho más respeto.

Al brujo le incomodaban tantas atenciones, juzgaba a sus nuevos admiradores de convenencieros y cobardes y a veces hasta le daban ganas de expresarlo en voz alta; pero nunca se hubiera atrevido porque consideraba que él era aún peor. Ahora formaba parte de la planilla del Estado como asesor del despacho de la primera dama y cada quincena recibía un cheque por hacer nada. También le avisaron que, si todo marchaba bien, le traspasarían la pensión de dos difuntos a los que no habían dado de baja en el sistema del seguro social. Entonces intentó ver las cosas de forma

positiva: tenía resuelto su retiro y eso implicaba que ya no tendría que dañar nunca más a nadie.

Pero la paz no existe para durar y a la mañana siguiente sus vecinos llegaron a despertarlo con gran júbilo para leerle el periódico: un magistrado de la Corte Suprema, el único que se rehusó a plegarse a las órdenes del poder ejecutivo, había muerto ahogado durante un paseo a la playa con su familia. Cada testigo tenía una versión distinta. Unos hablaban de un remolino, otros de una ola, y la esposa dijo que algo lo jaló a las profundidades. Pero eso no era todo, el principal líder de la oposición también estaba muerto; un infarto fulminante terminó con su vida. De acuerdo con anónimas revelaciones de un empleado del hospital, el cadáver había llegado sin sangre. La primera comisionada de la Policía propuso hacer una cadena de oración nacional. “Quien tiene verdadera fe no puede ser alcanzado por ningún embrujo o maldición. Llamamos a la población a acercarse a Dios”, declaró en rueda de prensa. La Presidencia no emitió comunicado alguno; pero mandó enormes coronas de flores a ambos velorios.

En Diriomo la gente trataba a Leónidas como una celebridad y eso lo tenía harto. “Me andan chineado porque según ellos maté a dos hombres que no eran malas personas —protestaba en largos

monólogos internos— ¡Putá! Si es que yo no sé nada de estas cosas, pero hasta donde recuerdo esos dos jodidos siempre me parecieron bastante sinceros; los únicos que medio se salvaban en medio de la cloaca que es la política de este país”. Sus dilemas éticos, sin embargo, no le impidieron aceptar pagos, regalos y adulaciones. Había pasado la prueba de la primera dama y eso lo hizo creer que por fin era libre y que ya no tendría que volver a usar su diabólico don.

El hechicero se acostumbró rápidamente a las comodidades de su nueva vida; pero siguió empleando sus horas libres, que eran muchas, en atormentarse con dudas y culpas. Quería investigar a cada una de sus supuestas víctimas. Estaba seguro de que podría encontrar un patrón, algo que le diera sentido a todo; pero eso no era posible, se había convertido en una oscura celebridad y ya no podía sostener una conversación normal con la gente. Todos reaccionaban ante él con reverencia y miedo.

Nunca se había sentido tan solo.

VII

—Los instrumentos de los dioses pueden ser toscos, como usted, pero no por eso dejan de ser divinos. Ya no tengo ninguna duda

de la eficacia de sus poderes —dijo sonriente, la primera dama—. Necesito que me ayude y esta vez de verdad. Considere su primera misión como una prueba, hoy le revelaré lo que en verdad tenía en mente cuando lo mandé a llamar. Hay algo que me ha estado perturbando y le tengo que poner fin... Como usted, y todo el país, saben, mi marido tiene una amante favorita —agregó con dificultad—. Es una muchacha sencillita pero peligrosa. A estas alturas ya debe tener como cinco meses de embarazo. Valoraría enormemente si usted asumiera la tarea de eliminar el obstáculo que esta niña y su prole implicarán para la nación. Mi marido es un líder supremo y tenemos que protegerlo de sus propias debilidades. —Abrió mucho los ojos—. No sabemos de qué sórdidas manipulaciones un hombre puede ser víctima y sería una catástrofe si este problema, hoy minúsculo, creciera y en el futuro terminara atentando contra la línea de sucesión establecida. Confío en usted Caronte, sé que no se atreverá a defraudarme. El vehículo de siempre lo está esperando afuera para ir a conocer a la muchacha.

—¿Conocer a la muchacha? —preguntó Leónidas, atragantado por los nervios y el humo de incienso que saturaba la habitación.

—¡La tiene que conocer! ¿Acaso tengo que explicárselo? — exclamó, irritada, la primera dama—. Es la única manera de aplicar un maleficio de muerte a una criatura tan joven, que además tiene un nonato en el vientre.

El viejo no podía más. Estuvo a punto de pararse y gritarle a la mujer que ya era suficiente; pero el cuerpo no le respondía, el miedo lo congelaba. Veinte minutos después estaba en la puerta de una clínica médica. Entró sin hablar con nadie y tomó asiento en la sala de espera. No sabía qué se suponía que debía hacer. El agobio y el cansancio lo vencieron y terminó patéticamente dormido en la silla, roncando con la boca abierta.

—¡Sálgase de aquí, toda la clínica está reservada! —lo despertó bruscamente un policía que lo jaló del brazo.

Leónidas tenía medio cuerpo entumido por su mala postura en la silla y hacía un gran esfuerzo por incorporarse cuando una adolescente arremetió en su defensa:

—¡Deje tranquilo al viejito! Él también tiene derecho a que lo atiendan —protestó enojada—. Disculpe, padre, estos hombres son unos perros sin educación. No respetan a nadie. Quédese tranquilito aquí, hasta que me lo atiendan.

La niña no pasaba de los catorce años. Era delgada, morena, llevaba el pelo recogido en una larga trenza y estaba embarazada. El brujo no pudo contener las lágrimas al pensar en las circunstancias que los habían llevado a ese encuentro. Un guardaespaldas intervino con cautela:

—Señorita, dice el doctor que pase.

—Denle un vaso de agua al abuelito, por favor —ordenó la muchacha, antes de desaparecer por un pasillo.

VIII

El brujo estaba decidido: bajo ninguna circunstancia utilizaría su magia en contra de dos inocentes criaturas. Ya las cosas habían llegado demasiado lejos y era necesario poner un alto definitivo. Estaba claro que ni él, ni la niña, ni el bebé estarían a salvo mientras la poderosa señora viviera.

Leónidas nunca tuvo tendencia al heroísmo, su situación siempre había sido precaria y no podía darse el lujo de ser idealista; si le costaba lidiar con sus propios problemas, menos que asumiera ajenos. Pero las cosas habían cambiado. Ya no era un mal pagado camionero, ya no era un embaucador de pueblo, se había convertido en el temible Leónidas Caronte, “hacedor de tragedias

e invocador de infortunios”, y estaba listo para dar batalla y enfilarse sus cañones en contra de la primera dama.

Quería asegurarse de no subestimar a su víctima, poseedora de profundos conocimientos esotéricos. Le inquietaban particularmente sus amuletos y escudos de protección: infinidad de anillos y brazaletes pensados exclusivamente para repeler toda clase de hechizos. Aparte, la señora había hecho gastar millones de dólares al Estado para atestar el país con gigantescos talismanes de acero. Para este trabajo debía tomar acciones extremas. Decidió entonces recurrir al ritual más temible del que había escuchado en su vida; una invocación diabólica de cuya existencia se enteró por una chamana durante uno de sus viajes a México. Según aquella hechicera, la Santa Inquisición persiguió frenéticamente todos los manuscritos que contenían las instrucciones para ese rito, pero un excéntrico jesuita las conservó en un grimorio que transportó a escondidas hasta América. A mediados del siglo XX, el libro fue encontrado en las catacumbas de una basílica en Oaxaca y puesto en custodia de la Biblioteca Nacional de México.

Caronte estaba seguro de que no existía otro camino. Debía sumergirse en el corazón del mal para vencer a la primera dama y encontrar respuestas para las dudas que lo atormentaban.

IX

Ajena a la conspiración en su contra, su empleadora no le escatimó recursos, pues asumía que el afanoso trabajo de Caronte se debía a los fines encomendados. No puso objeción en facilitarle pasaporte diplomático, viaje a México y la importación de un baúl sellado con todos los utensilios, especias, reliquias y ofrendas necesarias. Además, desde el despacho de la vicepresidencia, se hizo petición formal al gobierno mexicano para que le concedieran acceso a todos los textos que deseara consultar.

Mientras tanto, dos cuadrillas de la Alcaldía de Managua y el arquitecto de la Presidencia, trabajaban sin descanso en la reconstrucción de la Quinta Angélica, una ruinosa propiedad cerca de El Crucero, tristemente célebre por haber sido escenario de un atroz crimen familiar a partir del cual decenas de eventos paranormales fueron registrados en el sitio.

Todo estuvo listo para que en la primera luna nueva de abril el brujo Leónidas Caronte, sobre el dibujo de una espiral, iniciara el llamado al “Gran Adversario”. Era una noche oscura como pocas y la atmósfera del salón se percibía espesa. El escenario estaba preparado hasta el último detalle: incensarios de donde emanaba humo espeso, antorchas y velas rojas iluminando las paredes negras; cuatro portales simbólicos, cada uno marcado por un emblema de destrucción, y nueve cráneos sobre nueve círculos de sangre.

En la mente del hechicero no quedaba lugar para el miedo. Necesitaba una respuesta que pusiera fin a tanto sufrimiento, por eso no se amedrentó cuando las velas comenzaron a apagarse. Estaba arrodillado, tocando con las manos el piso que vibraba.

Un sordo rumor lo invadió todo. El brujo repetía la oración y el ruido era cada vez más fuerte, como si una creciente ventisca estuviera azotando la casa. Las ventanas se abrieron de golpe y el techo parecía a punto de salir volando. Se apagaron las últimas luces y de la oscuridad brotaron sonidos como de pasos y voces. Leónidas siguió recitando su oración hasta que, poco a poco, todo a su alrededor se fue acallando. Entonces sintió que la geometría del lugar cambiaba, el suelo se elevaba convexo y el techo se

abría. Suavemente la casa se deformó hasta expulsarlo al exterior. Y afuera el brujo halló... nada. Era la nada como nunca la habría podido concebir: sin sonido, sin gravedad, sin luz, sin espacio, sin tiempo. Nada. Un no-lugar más allá de los confines de todo lo que existe, previo a todo y posterior a todo.

Y ahí, en la nada, el brujo obtuvo la respuesta que tanto había buscado. La soledad lo embistió como una condena eterna e inapelable cuando, extraviado, vio desde afuera la burbuja de luz que es el universo, una burbuja frágil y fugaz como un pensamiento o, más bien, como un sueño.

X

Lo que parecían sonidos lejanos de pronto se convirtieron en violentas cachetadas. Leónidas abrió los ojos para encontrar a un policía que lo sacudía y le ordenaba que se incorporara de inmediato.

La casa seguía en pie y las ventanas abiertas dejaban entrar la luz de la mañana y los agradables sonidos del bosque circundante. A medida que volvía en sí, el brujo notaba más y más policías fuertemente armados a su alrededor.

—Compañero, dispénsame por hacerlo creer responsable de tanta desgracia—dijo una voz a sus espaldas.

Leónidas se giró despacio.

—Don... presidente —respondió con sequedad.

—Si yo no lo engañaba a usted, usted nunca hubiera podido engañar a la primera dama. Sabía que ella le haría beber suero de la verdad para interrogarlo, y así lo hizo, la misma noche que se conocieron. Es tan desconfiada... y con justa razón —agregó el presidente, acercándose al brujo, mientras los policías se alejaban a una distancia prudente para no escuchar la conversación—. Pero usted demostró ser sincero y poder hacer “magia”, aunque eso fue gracias, obviamente, a la colaboración de un equipo de compañeros que siempre estuvo pendiente de la ejecución de los encargos. Disculpe también por haber violado su privacidad y llenar de micrófonos su humilde morada. Pero usted comprenderá que todos los sacrificios están justificados porque responden a un bien superior. —La expresión cínica del presidente súbitamente se tornó atribulada—. La primera dama es obstinada, odia a los médicos, desprecia la medicina occidental; pero cree en el brujo Leónidas Caronte, quien la guiará para que

se tome el tratamiento adecuado, porque usted, igual que yo, sabe que un cáncer no se cura con masajes e incienso.

—Olvídese de la confianza de su esposa en mí. Ella me encargó algo que de ninguna manera voy a hacer; yo no le voy a arrebatar la vida a una niña embarazada —respondió el brujo, con voz quebrada y la certeza de que el último sacrificio ya había sido consumado.

El presidente caminó hacia la puerta y dijo sin voltear:

—Encárguese de que mi esposa entre a quimioterapia, de quitar vidas ya me encargué yo.

El monstruo del Masaya

“Esa cosa mató a mi hijo. Mi único hijo. No te pido que lo entendás porque vos nunca tuviste hijos y aunque los hubieras tenido, sos hombre y ustedes tienen negada la posibilidad de sentir tanto amor; pero Sebastián, vengo a suplicar tu ayuda. No me queda nada. Hace cuatro años se murió mi marido y ahora mi Juancito. Necesito saber qué pasó en verdad. Mi Juan era un buen muchacho, vivía para su computadora, y de pronto lo veo ahí... ¿Sabías que me enteré porque alguien puso el video en el trabajo? Alguien en la oficina gritaba: ‘¡El monstruo atacó y lo filmaron! ¡Mató a alguien, lo partió en dos y hay video!’. Y yo lo vi sin saber que se trataba de mi hijo. Lo pusieron una y otra y otra vez. A pesar de que era una toma lejana y temblorosa, se miraba a un hombre en ese traje como espacial, colgado, bajando al interior del volcán y de pronto esa cosa le salta encima y le arranca medio cuerpo. ¡Ay, Dios mío!

Yo estaba igual que los demás, asustada y como hipnotizada, hasta que alguien leyó el nombre del muerto. ¿Sabías que al comienzo incluso hice bromas? No podía ser que estuvieran hablando de mi Juan Esteban, qué locura, no podía ser, no podía ser...”.

Caterina estaba agotada y afónica, entumida por los tés de valeriana y las pastillas de clonazepam. Más que ayudar, los calmantes parecían restarle dignidad a su sufrimiento. Arrastraba la lengua y gesticulaba sin control, pero su desolación estaba intacta. Era un dolor quemante en el pecho que no se iba por más que sus amigas intentaran drogarla.

“¿Qué tenía que estar haciendo mi hijo ahí? Mi hijo no era ningún científico ni explorador. ¿Por qué tenía que irse a meter a ese peligro? Nadie me responde nada. Nadie me dice nada. La Policía dice que esto va más allá de sus funciones y el Ejército ni siquiera se digna a contestarme. Ya no sé a dónde ir, ya no sé qué hacer. Pero sí sé que alguien obligó a mi Juancito a meterse ahí, lo amenazaron, o lo engañaron, o tal vez sea cierto que ese volcán es la puerta al infierno y ese demonio me lo llamó con trampas. Sebastián, yo ya no quiero vivir. Lo único que quiero es saber por qué mi hijo está muerto. ¿Quién me lo mandó a morir? ¿Qué es

esa cosa? ¿Cómo la podemos matar? Vos nunca supiste amar, pero sabés matar”.

Caterina no pudo hablar más. Cualquiera que la hubiera visto en ese estado, angustiada, ojerosa y dormida en una silla con la boca abierta, difícilmente habría reconocido en ella a la linda y vivaz jovencita de la que Sebastián Contreras se había enamorado hacía casi cuarenta años. Pero a los ojos de Sebastián seguía siendo la misma. Cada vez que pensaba en ella imaginaba cenas con hijos, una cama compartida y una casa decorada con retratos familiares. Un universo donde él era un hombre dulce que sabía abrazar. Sin embargo, estaba convencido de que no había nacido para eso y lo afrontaba con integridad.

Caterina Centeno fue la única mujer que amó en su vida y esa relación había tenido lugar en su ya remota juventud, cuando era un alegre flacucho tostado por el sol de Chinandega. Se enamoraron como solo los adolescentes pueden enamorarse; pero su absoluta dicha fue pronto interrumpida. Una tarde de marzo, en lo más cruento de la guerra, Sebastián cayó en una redada para ser enviado al servicio militar obligatorio y al volver, dos años más tarde, ya no era el mismo. Nunca volvió a serlo.

Ahora, sentado frente a Caterina, la observaba en silencio, sobre todo porque después de décadas sin verla no se le ocurría qué decir. Lo único que tenía claro era que no podía negarse a ayudarla.

II

Sebastián Contreras era un héroe de guerra y un hombre olvidado. Las circunstancias de su gran hazaña no le despertaban ningún orgullo, más bien lo atormentaban. No había cumplido los diecisiete años cuando se vio adentro de un camión del Ejército, vestido de verde olivo, con dirección a la frontera norte. Sin el adecuado entrenamiento militar y carente de convicciones ideológicas, solo sentía miedo y confusión. No entendía el propósito de tan monumental sacrificio, ni el hecho de que su posible muerte sería consecuencia de las decisiones tomadas por políticos que estaban en Managua y en Washington, siempre cómodos, bien alimentados y olorosos a perfume caro.

Los combates eran un caos de gritos y de gente corriendo y disparando azarosamente contra el verdor de la selva. Muchos días se iban entre escuchar el zumbido de las balas y ver morir a los de al lado, siempre bajo la lluvia, que solo variaba de

intensidad. Ya fueran torrenciales aguaceros o una garúa tenaz, nunca podían tenerse secos los pies.

Después de una desordenada escaramuza, Sebastián se extravió. Caminó por días y, sin saberlo, cruzó a Honduras, donde cayó en manos de cinco soldados de la contrarrevolución que daban la impresión de también estar perdidos. Lo amarraron y durante la noche logró romper los mecates podridos. Le parecía que llevaba horas arrastrándose en el lodo cuando lo sorprendió una resplandeciente claridad y se percató de que por fin había dejado de llover. Una enorme luna llena ocupaba el centro del firmamento, que se abría sobre un claro talado en la selva, y de pie, en el centro de ese claro, se hallaba un niño de unos once años vestido con un uniforme verde olivo que le quedaba grande. En el instante en que advirtió al prófugo, su expresión fue de pánico y, con torpeza, buscó el fusil que colgaba de su espalda, mientras abría la boca para dar el grito de alarma. Pero no llegó a emitir sonido. Sebastián tomó una astilla del suelo y la dirigió con todas sus fuerzas hacia esa joven garganta. Todo pareció ocurrir tan despacio...

La sangre brotaba caliente y los ojos del niño eran como dos antenas de plato orientadas hacia la luna, que se reflejaba con

intensidad en sus pupilas. Boqueaba sin hacer ruido, con la mirada fija en el disco plateado, y así mismo se fue relajando, se fue quedando inmóvil, asfixiándose en una dolorosa pero mansa agonía. Sebastián recostó el cadáver en el suelo y le cerró los ojos, que aun después de la muerte parecían seguir mirando la luna. Tomó el arma, volvió sobre su propio rastro, encontró a sus captores dormidos y sin titubear los mató a balazos. Tras su último disparo estallaron centenares de ráfagas y el cielo nocturno se cubrió con luminosas líneas rojas. Era la operación Danto 88, la mayor ofensiva militar en la historia del Ejército Popular Sandinista.

Al día siguiente el joven chinandegano se vio exhibido por el gobierno como símbolo del triunfo táctico revolucionario, una especie de Rambo nicaragüense que por su cuenta había invadido Honduras y desmantelado varios campamentos contrarrevolucionarios. En el pecho ya no le alcanzaban medallas y le otorgaron una pensión de por vida. Trataron de convertirlo en una celebridad y por un tiempo lo exhibieron en programas de televisión y lo sentaban al lado de algún comandante en los eventos “De cara al pueblo”, pero como Contreras siempre fue

parco y displicente pronto lo desecharon. Regresó a la vida civil, se mudó con Caterina y empezó a emborracharse a diario.

Por más de tres años lo intentaron y ella mostró una paciencia proverbial hasta que un día se percató de que hay cosas que ni el amor puede. Hizo la maleta y se fue para empezar desde cero en Costa Rica, de donde volvería veinte años después, casada y con un niño en brazos. Sebastián quedó devastado, pero respaldó la decisión de Caterina porque sabía que algo en él le impedía ser feliz. Con el tiempo dejó de beber y renunció a cualquier forma de vida social, manteniéndose apenas con su pensión de héroe de guerra. Las únicas personas con las que tenía comunicación habitual eran sus padres, que murieron en el transcurso de los años. Estaba consciente de que, vista desde afuera, su vida podía parecer insípida; pero encontraba placer en cumplir sus horarios, estar en buena forma física y “charlar” diariamente con genios de la humanidad. Argumentaba que a través de los libros se comunicaba con gente más interesante que aquella que podía encontrar a su alrededor. Pero la mayor de sus satisfacciones era la de saber que con esas costumbres monásticas no podía dañar a nadie. A menudo pensaba en Caterina y se complacía con la idea de que no le arruinó la vida; pero, con más regularidad aún,

recordaba los ojos de aquel niño que agonizaba iluminado por la luna. Entonces procedía a pedirle perdón y a ofrendarle lo frugal de su existencia como muestra de respeto.

Habría seguido así hasta el último de sus días, de no ser porque Caterina Centeno llegó a buscarlo.

III

El volcán Masaya es un lugar impresionante. El cráter principal tiene centenares de metros de diámetro y de profundidad; escarpados precipicios que descienden hasta una planicie en la que se abre una estrecha boca donde la lava fluye, retumba y salpica incandescente. Una herida abierta por donde asoma la sangre del planeta. Tras la aparición del monstruo, el sitio turístico estaba desbordado y visitarlo era una verdadera penitencia entre colas y esperas. Desde la publicación del primer video habían transcurrido tres meses y una fiebre volcánica lo invadía todo.

El folletín color rosa que la dirección del parque entregaba a la gente que hacía una kilométrica fila en la entrada, asándose bajo el sol, contenía una detallada cronología de los hechos: "El primer avistamiento del misterioso monstruo del Parque

Nacional Volcán Masaya se dio el pasado 8 de abril, en el cráter Santiago, el mayor de sus cinco cráteres. En esa ocasión fue percibida una mancha rosácea que se movía cerca del lago de lava, a 400 metros de profundidad, para luego ocultarse entre las rocas. La segunda aparición fue captada nueve días después por una docena de testigos y mostró algo indefinido escalando los acantilados. El humo natural del coloso complica cualquier avistamiento, pero se presume que la criatura tiene seis extremidades y que escala utilizando al menos cuatro. En ese entonces sus dimensiones eran similares a las de una vaca y se le observó un color rosado con un patrón de puntos blancos, que insinuaban una textura rugosa. Los siguientes videos, de muy baja calidad, no aportaron mayor información. No obstante, el sábado 20 de junio del corriente año, para dolor de todos los nicaragüenses de buen corazón, el monstruo del Parque Nacional Volcán Masaya cobró su primera víctima fatal. En las imágenes captadas por testigos se aprecia durante unos microsegundos cómo la criatura aparece entre las rocas, salta sobre el ciudadano nicaragüense-costarricense Juan Esteban Galán Centeno, de 21 años, quien se encontraba suspendido de un cable de acero, y luego cae con la mitad de su cuerpo entre las garras hasta

perderse en el fondo del cráter Santiago. El monstruo presentó una coloración más oscura y un notable crecimiento respecto a su aparición anterior, los expertos estimaron un peso de al menos dos toneladas. Bajo la dirección de nuestro buen gobierno, las investigaciones continúan llenas de voluntad y trabajo fraternal. Que la gracia de Cristo Jesús, príncipe de la Concordia y el Cariño, nos siga protegiendo mientras visitamos, con precaución, la guarida de nuestra extraordinaria criatura”.

Pero el monstruo del Masaya no solo atraía turistas. La entrada al parque se encontraba llena de religiosos que veían su aparición como la antesala de la ofensiva demoníaca del fin del mundo. Habían instalado campamentos permanentes con el propósito de entrenar y convertirse en la primera línea de defensa en la guerra celestial que se avecinaba, algunos a punta de fe y oración y otros, generalmente misioneros del sur de Estados Unidos, con un arsenal de fusiles de asalto comprado en armerías locales.

También estaba el campamento de quienes pensaban que la criatura era de origen extraterrestre y que se trataba de un embajador que ofrecería la oportunidad de migrar a su planeta. Este grupo estaba dividido a su vez entre los que asumían que el

alienígena se había transportado en una nave y los que promulgaban que el cráter era un portal interdimensional.

Los ambientalistas, una decidida minoría, hacían ruidosa presencia pidiendo que se respetara la vida del monstruo. Su hipótesis afirmaba que la criatura del volcán no era más que el resultado de la aplicación secreta de la sugerencia que diera muchos años antes un alcalde de Managua. Solo que, en lugar de tirar la basura de la capital al cráter, decían, el gobierno había vertido secretamente desechos radioactivos importados para calcinarlos en la lava, ocasionando mutaciones en la fauna.

En el lugar también pululaban los vendedores ambulantes y se había instalado medio centenar de puestos de baratijas, suvenires, gaseosas, quesillos y fritanga. Pero lo más interesante era el caramanchel con películas piratas en cuyos televisores eran reproducidos, una y otra vez, reportajes internacionales sobre el fenómeno. Aunque los medios con mayor credibilidad reconocían que no parecía tratarse de un fraude, se quejaban del secretismo impuesto por el gobierno nicaragüense y de cómo el acordonamiento militar de la zona impedía el ingreso de equipos de investigación, sumado a las restricciones para drones en el país. Por otro lado, los medios amarillistas difundían las más

estrambóticas teorías de conspiración, usando como voceros a supuestos científicos que conectaban al monstruo nicaragüense con un aerolito caído en el valle de Pantasma, los petroglifos del Cailagua y encuentros cercanos del tercer tipo en Río Blanco.

IV

Tras horas de espera, los turistas eran transportados hasta la cima del volcán en microbuses que seguían un estricto protocolo de control. Cada grupo contaba con diez minutos frente al cráter, donde todos guardaban un expectante silencio, siempre roto por la sempiterna broma en la que alguien, gritando, advertía la presencia del monstruo, para luego revelarse la falsa alarma y desatarse un murmullo de disgusto y decepción entre los presentes.

Decepción que muchos se llevaban a casa, pues la realidad es que los avistamientos de la criatura eran extremadamente escasos. Si había algo en el cráter, ese algo gustaba más de estar a la sombra que de exhibirse.

Sebastián Contreras no estaba ahí como turista. Descartada la posibilidad de obtener información oficial y luego de hacer algunas pesquisas inútiles, se convenció que debía ser más osado

si deseaba encontrar pistas sobre la muerte de Juan Esteban. Durante varios días analizó la ubicación de los soldados y estudió las torres del alumbrado, dispuesto a trazar un plan para explorar la zona sin ser atrapado. “Si es un animal de este planeta, tiene que tomar agua y comer, eso implica que debe tener alguna forma de salir y entrar del cráter sin ser visto” cavilaba, y una tarde recordó la “cueva de los murciélagos”, un túnel creado por la lava que había visitado en una expedición colegial cuando era un adolescente. En aquel entonces el material derrumbado no permitía avanzar ni un centenar de metros. “¿Y si ahora el paso está abierto?”, se preguntó. “Necesito confirmar si es posible entrar y salir del cráter a través de ese túnel”.

A partir de ese momento se concentró en el desarrollo de una estrategia para ingresar al parque nacional por el sur, una ruta agreste y menos vigilada que el costado turístico. Consultó mapas y visitó la zona a diversas horas; esbozó una ruta de entrada y definió la fecha de la incursión. Llegado el día, algo que nunca había considerado cruzó por su mente mientras se estaba vistiendo: la posibilidad de encontrarse cara a cara con el monstruo. De súbito las manos se le empaparon de sudor, pero no se permitió vacilar. Optó por buscar armamento en la casa y

prepararse lo mejor posible. Se enfundó un machete en la espalda; en un bolsillo se metió el revólver sarroso que tomó de la caja de pertenencias de su difunto padre, y en la bota derecha se amarró con cinta adhesiva el mejor cuchillo de la cocina. Antes de salir no resistió la tentación de verse al espejo. No recordaba la última vez que había estado así de emocionado.

V

Pasada la medianoche ya estaba muy cerca cráter, cuyo entorno era iluminado por el resplandor rojizo del volcán. Llevaba más de seis horas avanzando con sigilo entre arbustos, pastizales y antiguas coladas de lava. Una y otra vez había evadido el haz de luz de las linternas militares y ahora, a solo un centenar de metros, veía ese enorme chilamate que se alza sobre la entrada de la cueva Xinancanostoc. Corrió agachado lo más rápido que pudo hasta acurrucarse entre las raíces que se cuelan dentro de la caverna y durante varios minutos permaneció inmóvil. No había sido advertido y respiró satisfecho; pero al ver la negra boca del agujero su mente lo traicionó. Finalmente, un monstruo asesino de seis extremidades y dos toneladas de peso podía estar esperándolo ahí adentro.

Tentado a abortar la misión, recordó a Caterina y no tuvo el valor de imaginarse volviendo a ella sin respuestas. Era inaceptable fallarle en esto también. Luego vino a su mente, como era habitual, la imagen de aquel niño desangrándose en sus brazos. Entonces buscó la luna en el cielo rojo, pero esta vez no la encontró. Sin más rodeos empezó a mover su adolorido cuerpo con la certeza de que si esa noche el monstruo le quitaba la vida, en cierta forma, sería un acto de justicia.

Se adentró en la oscuridad, que pronto fue absoluta, casi sólida. Daba lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados. Los ruidos de la superficie quedaron atrás y fueron reemplazados por el caer de alguna gota, el esporádico chillido de los murciélagos y por su propia respiración agitada. Cuando estuvo seguro de que no sería visto desde afuera, encendió la linterna y caminó apoyándose en una de las paredes del túnel. A medida que avanzaba se torturaba imaginando un encuentro con la criatura. Quizás tropezaría directamente con ella o de pronto sentiría sus dientes clavándosele en la espalda. Tal vez era una especie de arácnido que lo atraparía en una red para comerlo hasta dentro de varios días. Le inyectaría veneno o le vertería encima jugos gástricos

para lentamente consumirlo hecho caldo, en la más espantosa agonía.

Miró el reloj y se percató de que se había adentrado en la caverna durante más de media hora. A pesar de los años, estaba seguro de que en su visita escolar menos de diez minutos habían bastado para llegar al derrumbe que obstruía el paso. Era un hecho que el túnel ya no estaba bloqueado y su teoría gradualmente se confirmaba. Pero la sensación de triunfo por este avance en la investigación se vio interrumpida cuando percibió un leve temblor en la pared. Aguzó los sentidos y escuchó un rumor que provenía de algún sitio no muy lejano. Apuró el paso y el ruido se hizo más fuerte, hasta que su mano perdió contacto con la roca y una ventisca lo azotó por un costado. Atrás había quedado el estrecho túnel y ahora se abría una enorme bóveda, de unos treinta metros de alto, en la que concurrían varios pasadizos naturales. Una corriente de aire cálido se mezclaba con otra de aire fresco en un torbellino continuo que agitaba la cámara. Gotas de agua volaban en círculos y se estrellaban en su cara desde varias direcciones.

A unos quince metros de distancia brillaba una nubosidad naranja. Sebastián caminó en esa dirección y se internó en un

túnel tenuemente iluminado del que emanaba una brisa azufrosa y tibia. Avanzó por varios minutos, sorteó una curva y se topó con un colosal enrejado. El metal, acero inoxidable, estaba nuevo, pero tenía marcas profundas, como si con una sierra hubiesen tratado de cortarlo. La reja, y toda el área detrás de ella, estaba salpicada por una pasta pegajosa de olor dulzón fermentado. A un costado había varios barriles de plástico.

Aunque todavía no podía verse, el cráter se percibía cercano. Sebastián podía escuchar el rumor de la lava y advertir su resplandor que, de pronto, fue eclipsado por una enorme sombra. Escuchó un chasquido y luego otro e imaginó las tenazas de una langosta abriéndose y cerrándose. Muy cerca, al otro lado de los barrotes estaba el monstruo, pero no alcanzaba a verlo. Con una mano sujetó la empuñadura del machete; con la otra, el mango del revólver. Algo agudo tocó su nuca y un espasmo de terror le recorrió la médula.

VI

Cuando lo sacaron de la cueva el cielo ya estaba claro. Seis militares lo escoltaron hasta el parque de contenedores que el Ejército había improvisado como oficinas en la explanada de

estacionamiento. El interrogatorio se prolongó por al menos tres horas y Sebastián no tuvo inconveniente en relatar con absoluta transparencia cuáles eran sus móviles; después de todo consideraba que su causa era noble y que la única vida en peligro había sido la suya. Además, uno de los soldados reconoció su nombre de héroe, le presentó sus respetos y se encargó de informarle al resto quién era el condecorado intruso.

El que no parecía muy cautivado por Contreras era el coronel al mando. Insistió en hablarle golpeado y en señalarle inexistentes contradicciones en su relato hasta que, en pleno interrogatorio, un soldado le pasó un teléfono que debió tomar al instante. “Sí, señor Farid... Ya llamamos al muchacho, está afuera. ¿Pero está seguro?... Sí, a Contreras lo tengo aquí enfrente. ¿Qué? Como usted orden...”. El coronel estaba visiblemente humillado y contrariado, se volvió hacia su prisionero y a regañadientes le dijo: “Es libre de irse. Afuera lo espera un chavalo fastidioso que ya sabe hasta la última palabra de lo que usted dijo en este interrogatorio. Que tenga un buen día”.

—¿Y mis armas? Lo que más me urge es el cuchillo de la cocina —exigió Sebastián, antes de que los guardias, sin decir palabra, lo

sacaran del contenedor y lo pusieran bajo el radiante sol matutino.

Con el desvelo todo le parecía más brillante; tenía calor y una fatiga demoledora. La adrenalina ya se había disipado y el cuerpo le dolía hasta en el último rincón; tenía los codos y las rodillas en carne viva, y no sabía cómo volvería a su casa porque había dejado su moto oculta a varios kilómetros de distancia, en la entrada sur del parque nacional.

"¡Helouzzzzzzz!", escuchó de repente y se volteó de inmediato, irritado, para ver quién podía haberlo saludado de manera tan ridícula. A menos de dos metros se encontraba un tipo filmándose a sí mismo con un teléfono móvil.

—Holi, chicos y chicas, soy Charly Kings ¡Bienvenidos a mi reino!
—le dijo el tipo a su celular—. A que no adivinan desde dónde estoy transmitiendo este Facebook live... Bueno, seguro ya se lo imaginan porque ahí atrás se mira el humazal. ¡¡¡Síííí!!!¡¡La Mansión del Reggae!!! —Lanzó una estrepitosa carcajada—. ¡¡Nooooo!! ¡¡It's the Masaya Volcano!!! Lo que no se deben imaginar es quién me acompaña. Bueno, obvio que no se lo imaginarán porque este anciano es un fósil de la historia nicaragüense y como de historia no sabemos más que la pedrada

que tiró Andrés Castro, menos que sepamos quién es este viejito que fue famoso antes de que naciéramos. Diga holi, señor... hooliiiiisss...

Sebastián estaba inmóvil. La manera en que el muchacho se expresaba, alternando entre acento puertorriqueño, mexicano, fresa y espanglish le provocaba un rechazo irracional. Además, él no era ningún "viejito".

—Como yo sí hice mi tarea, aquí les paso el dato para que se informen: este anciano invadió Honduras en la década de los ochenta —volvió a la carga Charly Kings—. Sí, es como esos héroes del pasado, tipo Bruce Willis, del que seguro tampoco se acuerdan. Cruzó la frontera a pie, mató a los malos y ganó la guerra... Aquí nos está preguntando @idalia99 que cuál guerra fue esa. ¿La de William Walker? Eso no lo sé. Mejor dejemos que don Sebastián Contreras nos cuente. No, mejor no, muy aburrido. ¡Boooring, neeeext! La cosa es que este señor, y esto sí les va a interesar, ha decidido vengar la muerte de Johnny Galán. —Charly se colocó junto a Sebastián—. Síííí, nuestro querido Johnny que en paz descanse. Ese que nos dejó para morir de manera tan espectacular en las garras del monstruo del Masaya; sin duda la muerte soñada para un youtuber tan comprometido

como él. ¿Saben que rompió records? El último video de Johnny es el video en español más visto en lo que va del año. Eso merece un aplauso. ¡Supercool, Johnny, te felicitamos en donde quiera que estés ardiendo! ¡¡Burn, madafoka, burn!! ¡Otro aplauso, por favor! Bueno, este viejito es casi, casi el papá de Johnny, porque resulta que se comía a la mamá...

Sebastián salió de su trance y agarró al chavalo por el cuello. Con la mano libre le arrebató el celular y se lo estrelló contra el piso.

—Perfecto, don, esto nos va a subir las vistas como no tiene idea —alcanzó a decirle el muchacho.

—¿Ah? —replicó Sebastián, que no entendía nada, y lo soltó, confundido.

Charly Kings se sacó otro celular del bolsillo del pantalón y en unos minutos estaba conectado otra vez.

—Hooli, I'm back, gracias a nuestros amigos de Guagüei, que nos patrocinaron cinco celulares de lujo que vamos a rifar. Bueno, gracias a este señor nos quedan solo cuatro, pero lo perdonamos porque Sebastián Contreras es oficialmente el hombre más valiente de Nicaragua, el héroe del momento que vengará a nuestro Johnny y matará al infame monstruo del Masaya. Que opinen nuestros amigos ambientalistas de esto. ¿Está bien o está

mal que maten al monstruo? Dejen sus comentarios aquí abajito. ¡Ahora digan adiós a don Sebastián y no olviden seguirme en mi canal de Youtube hasta el fondo de esta aventura! ¡Chacha chau, esto fue Charly Kings! ¡Besitos ya saben dónde!

Sebastián estaba perplejo y agradecido de haber vivido tanto tiempo aislado, lejos de payasos como este. En ese momento su mayor deseo era encerrarse en su casa, dormir tres días seguidos y no volver a exponerse al mundo moderno. Sin embargo, empezó a reparar en las escasas cosas que entendió durante el frenético parloteo del joven y le pareció que en medio de la basura había información valiosa para su investigación. Mientras tanto, fuera del embrujo del celular, el muchacho parecía comportarse de manera no tan desagradable.

—Mucho gusto, don Sebastián, soy Carlos Reyes, Charly Kings para los fans —dijo sonriendo—. Un honor conocerlo. Permítame invitarlo a desayunar y después llevarlo a recuperar su moto. Para desgracia de usted creo que nos tocará hacernos amigos.

VII

Era desconcertante la forma en que el joven oscilaba entre Carlos Reyes y Charly Kings. Carlos era sensato, medianamente

respetuoso e incluso algo tímido; Charly era superficial, exhibicionista e ignorante. Es decir, era todo lo que Contreras consideraba “la encarnación de la actualidad”. Al desvelado cincuentón le estaba costando trabajo lidiar con esta suerte de esquizofrénico; pero sabía que tenía que hacer el esfuerzo. El muchacho podía ser su conexión con el presente, del que se sentía décadas distante.

—Antes que cualquier cosa, viejo, deme su número para agregarlo a WhatsApp.

—¿A qué?

—Mi abuelita es la única persona que he conocido sin celular y mi abuelita está muerta. No tener celular mata —indicó Carlos con mucha seriedad—. Tome, ganó la rifa, aquí tiene su nuevo celular.

Sebastián lo atajó con una mano.

—Ni loco. ¿Para convertirme en algo como vos? Prefiero morir como lo hizo tu abuela, pero antes de que eso suceda, vamos al grano, chatel, que no tengo tiempo. ¿Exactamente a qué se dedicaba Juancito? Su mamá solo me dijo que a algo de computadoras.

Carlos soltó una risotada.

—¿Juancito? ¿Se refiere a Johnny Galán? —preguntó—. Juancito era youtuber, blogger, influencer.

Contreras no tenía idea del significado de ninguna de esas palabras, pero la sola forma en que Carlos las pronunció le causó una evidente repulsión. El muchacho suspiró.

—Le explico —dijo frotándose la cara con ambas manos—. Hoy las redes sociales han abierto infinitas posibilidades de comunicación. Se pueden hacer videos y subirlos a una plataforma llamada Youtube en donde todos pueden verlos. También uno puede escribir sus experiencias en unos sitios que se llaman blogs y cuando las cosas van muy bien y muchas personas están interesadas, ¡voilà! Te convertís en un influenciador o influencer y ahí puede venir el billete. —Elevó ambas cejas repetidamente—. Lo bueno de ser influencer es que conseguís muchas cosas gratis, como este desayuno, porque las empresas quieren que les hagás publicidad. Por cierto, si me permite...

Celular en mano, Charly Kings tomó el control.

—¡Helou, sigue el show! Polluelos, aquí estoy en Leche Agria La Vaca Gorda, donde te sirven cerros de gallo pinto, sábanas de queso frito, baldes de tiste y unos quesillos que calzan del

catorce, aayyyyyn. Disfruto este tremendísimo desayuno con el hombre del momento, Sebastián Contreras, pronto más información sobre su lucha contra el monstruo del Masaya. ¡Besitos en el cachete carnosos!

Sebastián no se inmutó.

—Pues suena interesante lo que me contás de estas nuevas formas de comunicación —dijo llevándose una mano al mentón y levantando una ceja—. ¿Creés que existe una conexión entre el oficio de Juan y su muerte?

—¡Obvio! ¡Duh! Johnny llevaba semanas anunciando que se haría un selfie... Es decir, una foto, con el monstruo. La verdad es que la popularidad de Johnny no era muy alta e iba bajando. No sé, como que le faltaba ser más guapo, le quedaba grande el apellido “Galán”. Creo que estaba un poco desesperado porque solo así se le ocurriría a alguien hacer algo taaan estúpido.

Sebastián lo miró fijamente.

—¿No creés que es posible que alguien lo haya amenazado o manipulado? —preguntó.

Carlos se puso serio, tomó su celular y lo apagó. Meditó por casi un minuto y al fin respondió:

—De cierta forma todos somos constantemente manipulados. Es la esencia del sistema. —Se cruzó de brazos—. Pero no, no creo que nadie haya chantajeado u obligado a Johnny para que bajara a ese hoyo.

—Con lo que me has dicho tengo bastante claro que el muchacho era un idiota —murmuró pensativo, Sebastián—. Pero la logística que implica descender al cráter no es sencilla. Tuvo que sortear al Ejército, que tiene acordonada la zona; instalar dos kilómetros de cables de acero, poleas, arnés... y el traje, ese traje de asbesto no creo que se consiga en la ferretería.

Carlos asintió con la cabeza.

—Así es este negocio, viejo, hay que hacer cosas locas para atraer patrocinio. Pero lo entiendo, obviamente alguien importante decidió darle a Johnny todo el apoyo para que bajara.

Sebastián lo miró entrecerrando los ojos.

—Eso me lleva a otro asunto que te compete —dijo—. Cuando me tenían retenido el coronel habló con un tal señor Farid y ese Farid no solo ordenó mi liberación, me parece que también obligó a los guardias a contarte todo lo que dije. —Se inclinó hacia el muchacho—. ¿Quién es él para dar órdenes a los militares y por qué te dio información a vos? ¿Trabajás para él?

Carlos sonrió.

—Sé que está cansado, pero me gustaría llevarlo a un lugar, un sitio turístico aquí en la ciudad. Creo que servirá para responder mejor algunas de sus preguntas.

VIII

—Viejo, bienvenido al cráter del meteorito.

El sitio distaba mucho de ser impresionante. Se trataba de un predio baldío y polvoso situado en la zona norte de la ciudad. Militares sentados tras un escritorio, a la sombra de un toldo, vendían boletos de entrada a los visitantes que llegaban a contemplar el gran atractivo turístico del lugar: una oquedad de unos quince metros de diámetro, que en su centro no pasaba de los tres metros de profundidad.

—¿Qué se supone que estamos haciendo aquí, chatel? —preguntó, exasperado, Sebastián.

—La única vez que he visto a Ramsés Farid fue aquí... Ese día comprendí muchas cosas sobre la comunicación y, digamos, el control.

—¿Ajá? Ahora sí tenés mi interés.

El muchacho le lanzó una mirada de complicidad.

—No sé qué tan informado ha estado, pero hace algunos años media Managua se estremeció con una tremenda explosión ocurrida en estos predios —susurró—. El gobierno declaró que todo aquel estruendo fue por la caída de un meteorito; pero nadie vio la estela, la NASA no registró nada y la piedra vino a caer casualmente aquí, en los predios del puto Ejército, que recién había hecho una compra de armamento ruso. Cuando la academia de astronomía solicitó ver la piedra le dijeron que se había evaporado, así de simple. —Se quedó viendo la oquedad—. Por si fuera poco, el Ministerio de Educación declaró de importancia científica visitar “el cráter del meteorito” y comenzó el negocio, junto con el Ejército, de traer a los colegios y cobrar la entrada. Yo vivo aquí cerca, fui de los primeros en venir a asomarme la noche de la explosión y fue ahí cuando vi a un man vestido de lino, con sandalias y lentes de pasta gruesa. Daba órdenes a todo el mundo, incluidos los militares.

—Bueno, ¿y vos cómo sabés tanto? —preguntó Sebastián, con curiosidad. Carlos dio un resoplido.

—Todos tenemos un vergonzoso pasado, yo, antes de ser un reconocido influencer fui... ejem... periodista..., sí, estudié periodismo en la UCA y fui pasante en la sección de política de un

periódico, uno que queda aquí cerca. Créame que conocía a los funcionarios del gobierno, pero a este maje yo nunca lo había visto. —Sacudió la cabeza—. La cosa es que le hice una foto, se la enseñé a mi editor y resultó que el tipo no era ningún gato. De adolescente fue reconocido como el mejor estudiante de Nicaragua y quedó de cuarto en un campeonato mundial juvenil de ajedrez. Estudió matemática en la Unión Soviética y después apareció como artista moderno. Vivió en Berlín y Nueva York, ganó bienales en todos lados y se regresó a Nicaragua, qué locura, dizque con aspiraciones políticas. Pero ya sabe usted cómo son las cosas en el paisito. —Sonrió con tristeza—. Lo pararon en seco y lo último que se supo es que entró al gobierno como asesor de la Presidencia. Por lo que he sabido tiene más autoridad que cualquier funcionario y recibe órdenes únicamente de la pareja. No tengo muy claras sus funciones, pero es evidente que controla medios y comunicaciones.

Ahora Sebastián estaba de verdad interesado.

—¿Pero, bueno, vos qué tenés que ver con Farid? —preguntó.

—Pues lo mismo que cualquier medio o figura que propaga chismes en este país. De pronto me filtran alguna pendejada, pleito o rumor.

Sebastián lo miró confundido.

—¿Pero si el gobierno quiere informar algo no le sale mejor usar sus canales de televisión y sus propios reporteros? —observó.

—Subestima el poder de la red, mi anciano amigo. Este es otro mundo donde no llegan sus noticieros, que solo los miran sus ya convencidos zombis. Nosotros, los creadores de contenido, tocamos a audiencias clave, marcamos tendencias en la opinión pública.

—Chatel... ¿me estás diciendo que ustedes propagan lo que Ramsés Farid quiere que propaguen? ¿Señuelos mediáticos? Es decir, desinformación y mentiras.

—Yo no miento, nunca hubiera dicho que este hoyo lo hizo un meteorito cuando es evidente que fue una cagada del Ejército. Pero reconozco que, de alguna manera, Farid se las ha arreglado para marcar la agenda mediática y, bueno, a mí me aumenta el rating. Es un ganar, ganar.

Contreras se quedó en silencio por unos instantes.

—Tengo que hablar con este tal Ramsés Farid. Es evidente que él tiene las respuestas que busco.

—Sería más fácil hablar con el presidente. Este tipo es un misterio.

—Pensá bien, chavallo. Ese hombre quiere algo de nosotros — insistió Sebastián, repentinamente animado y con un nuevo brillo en los ojos—. ¿No fue él quien nos puso en contacto? Si queremos captar su atención debemos ser buenos en lo que él quiere y al mismo tiempo hacer lo que no le conviene.

Carlos subió una ceja y arrugó la nariz.

—Creo que el desvelo le ha desatado la demencia senil—dijo, burlón.

Pero Sebastián estaba demasiado entusiasmado para ofenderse.

—Vos no te preocupés, luego te explico —replicó—. Por lo pronto hacé lo tuyo. Hacenos famosos, conseguí que nos entrevisten, llamá a tus padrinos, qué se yo, la gente tiene que vernos, que todo el mundo hable de nosotros. Te prometo que voy a poner de mi parte, aunque en el proceso me den ganas de morirme.

Una amplia sonrisa transfiguró el rostro de Carlos y Charly Kings hizo su aparición como si explotara un cañón de confeti:

—¡Super mega like, viejo! —exclamó dando un giro que despertó miradas curiosas bajo el toldo de los militares—. ¡Gira de medios! Pero antes se me va a dormir, luego se me baña, shopping, salón y después, solo después... ¡Fuuuuuuu! ¡Las cámaras!

—Una última pregunta —lo interrumpió Sebastián, que ya estaba apurado por largarse de ahí—. ¿De dónde jodido sacaste eso de que quiero matar al monstruo? Yo lo único que busco es saber exactamente qué pasó, para que así la mamá de Juan pueda tener algo de paz.

—Pues la historia que me contaron es que usted había decidido cazar al monstruo para hacer justicia y que el maje ya no siga haciendo daño. Y la verdad es que eso suena cool, un poco antiecológico, pero muy cool.

Sebastián sonrió con malicia.

—Bueno, si eso quieren que digamos, eso vamos a decir —decidió—. Seré Sebastián Contreras, el Cazador de Monstruos...Nicas.

IX

Caterina estaba furiosa. Caminaba por la sala como un tigre enjaulado.

—¡Qué te está pasando! ¡Te volviste loco! —gritó—. Cuando te pedí que me ayudaras no pensé que ibas a convertir la muerte de Juan en un circo. ¡No te reconozco! ¿Sabés cuántas veces al día me llaman para hacerme preguntas? Que si vos y yo tenemos un

romance, que si Juan era tu hijo. ¡Y de repente amás las cámaras! Yo sabía que con la edad los hombres se volvían ridículos, pero esto es demasiado.

—Mujer, te suplico que te calmes —respondió quedamente Sebastián, mostrando las palmas de las manos—. Yo sé que todo esto es incómodo, imagínate cómo es para mí, pero te juro que es la única manera de conseguir las respuestas que querés. La gente ya no está hablando solo del monstruo, ahora también está hablando de Juan. Quieren explicaciones. ¿Qué no ves? A vos sola nadie te hacía caso, pero ahora van a escucharnos. Entendeme, por favor. Y si no me entendés ahorita, al menos teneme un poco de paciencia —rogó juntando las manos, como quien dice una plegaria.

Caterina dejó de dar vueltas y se hundió en un sofá. Primero contó hasta diez y luego hasta cincuenta, y al fin agregó:

—Vos sabés que esto no me gusta, siento que es tan irrespetuoso, me hace tanto daño, me hiere cómo la gente habla de mi Juancito a la ligera, opinan, se llenan la boca como si lo conocieran... Pero está bien, por ahora voy a suponer que tenés razón.

La plática se relajó y ella terminó comentando lo bien que Sebastián se veía con su nuevo look, sin aquella barba ermitaña ni

la pelambrera montaraz. El asesor de imagen estaba haciendo un buen trabajo y el caso estaba ganando más y más popularidad.

—Explícame algo —dijo Caterina, preocupada—. ¿Por qué siempre que salís en la tele o en la radio o hasta en los videos de ese muchacho amigo tuyo, siempre terminás tirándole alguna pedrada al gobierno?

— Porque son temas importantes.

—¡Ya sé que son importantes! ¿Pero es necesario que mezclés así las cosas? —preguntó, un poco enfadada—. O sea, te he escuchado hablando del escándalo de corrupción de aquel viejo horroroso, el magistrado del Consejo Supremo Electoral; de la reducción del presupuesto de educación, de los niños que mató el Ejército y hasta del alza del combustible. ¿Creés que eso ayude a la causa? ¿No tenés miedo de que te pase algo por andar hablando tanta cosa? —Se le ensombreció la mirada—. Además, si esa gente se enoja, menos que se dignen a darnos explicaciones sobre lo que pasó con mi Juancito y sobre la cosa esa.

Sebastián la miró con dulzura.

—¿Me creerías si te digo que precisamente por eso nos van a llamar para darnos explicaciones?

X

Carlos Reyes tenía las mismas inquietudes de Caterina. A pesar de lo mucho que le desagradaba el gobierno, temía que la lengua de Sebastián Contreras terminara arrastrándolos a un problema. Como la mayoría de influencers y comunicadores del país, prefería mantenerse al margen de la política y limitarse a temas ligeros. Pero esta vez no había manera de quedarse fuera.

La estrategia de autopromoción de Sebastián, el Cazador de Monstruos Nicas, consistía en hablar de su casi contacto con la criatura en los túneles del volcán, adornando el relato con uno que otro recurso sacado de las aventuras de Indiana Jones. Después procedía a demandar a las “incompetentes” autoridades el esclarecimiento de la muerte del influencer Johnny Galán; hacía algún comentario ambiguo respecto a su relación con Caterina y, para cerrar, lanzaba duras críticas sobre temas y problemas de los que, estaba seguro, el régimen no quería que se hablara.

Aplicó su estrategia durante un par de semanas, apareciendo todos los días en cuanto medio de comunicación y red social encontraron. Y la combinación de temas funcionó tan bien que una tarde Carlos recibió, desde un número oculto, la llamada que

tanto habían esperado. Era Ramsés Farid: "Traete a Contreras a la ubicación que te voy a mandar. Decile que le voy a responder sus preguntas".

Mientras Carlos esperaba afuera, porque no le permitieron entrar, Sebastián fue recibido en un despacho minimalista, en el que destacaba un pequeño anaquel lleno de libros clásicos. No había escoltas presentes y el asesor de la Presidencia resultó ser un tipo insospechadamente agradable que vestía de blanco impoluto. Aunque ambos sabían para qué se habían reunido, pasaron la primera media hora hablando sobre clásicos de la literatura universal.

—Tengo que expresarle mi respeto y admiración —dijo Farid con sinceridad—. En otras circunstancias usted y yo definitivamente seríamos buenos amigos; pero lamentablemente el deber se impone y toca ponerle fin a la campaña de sabotaje al gobierno que usted y Reyes están impulsando en los medios —agregó relajado—. Como muestra de agradecimiento por el cambio de discurso que tendrán le otorgo un par de minutos para responder sus preguntas... Aclaro, solo las preguntas que tengan que ver con la muerte del joven Juan Esteban Galán.

—¿El monstruo es real?

—“Real”, qué concepto tan vago... Si lo que me está preguntando es si se trata de un robot, proyecciones, videos trucados, o algún tipo disfrazado, no, nada de eso —respondió recostándose sobre el respaldo de su silla, detrás del escritorio—. La criatura es de carne y hueso y puede partir a un hombre en dos, como se demostró con este desafortunado muchacho.

— ¿Ustedes obligaron a Juan a meterse ahí?

—No. Simplemente no lo detuvimos. Los patrocinadores pagaron por el traje, el cable, la logística y hasta las bebidas hidratantes. Nosotros nos mantuvimos al margen.

Sebastián empezó a sentir que se le calentaba la sangre.

—¡Pero sabían que podía morir! —gritó.

—Obviamente si te metés al interior de un volcán activo estás asumiendo un riesgo, ya no digamos si hay un monstruo dentro— admitió Farid—. Pero el muchacho decidió y respetamos su decisión.

Sebastián ardía de rabia.

—¡Cuánto cinismo! —dijo con desprecio.

Imperturbable, Ramsés Farid puso los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia él.

—Sebastián, no estás formulando correctamente tus preguntas. Te voy a ayudar. —Lo miró a los ojos—. ¿Nos convino la muerte del muchacho? Claro que sí, a todos. ¿Querés que te pase datos sobre turismo, inversión, ascenso de marca país desde que se publicó la noticia? Vos estuviste en el sitio. Solo sacá cuentas de lo que implica en ingresos para las familias nicaragüenses el tener un campamento de gringos establecido por meses. —Volvió a recostarse en la silla y continuó—. La industria del monstruo del Masaya ya aportó a la economía nacional más que todas las exportaciones de café del año pasado. Lamento mucho la muerte del muchacho, pobrecito él y su familia, pero de lo malo hay que sacar lo bueno.

Sebastián tenía ganas de golpearlo.

—Estás olvidando mencionar que toda esta mierda también les está sirviendo para distraer a la gente y que nadie mire lo que ustedes están haciendo con este país —dijo, temblando de cólera. Farid se ajustó sus lentes de pasta gruesa.

—Sebastián, mi trabajo no es nuevo; pero es una suerte que me toque hacerlo en este siglo, con tantas herramientas a mi disposición —contestó poniéndose en pie—. Se te agotó el tiempo y me temo que no lo invertiste bien.

—Pero...

—No más preguntas —lo detuvo Farid—. Ahora me toca felicitarte y anunciarte que dentro de poco vas a volver a servir a tu país. No, negarte no es una alternativa. No le harías eso a Caterina... ¿Me explico? El gobierno ha escuchado tu clamor de justicia y hemos decidido apoyar tu causa. —Alzó los brazos abiertos—. ¡Estoy por convertir ese cráter en el coliseo más imponente de la historia y a vos en su protagonista! ¡Sebastián Contreras, gladiador moderno! El héroe de los años ochenta que regresa para cautivar a las nuevas generaciones en esta segunda etapa de la revolución. Tranquilo, no vas a estar solo. Alea jacta est.

XI

La cápsula bajaba lentamente. Carlos estaba mudo, pálido. Sebastián, pensativo, trataba de hilvanar una estrategia que los sacara de ahí con vida. El juego era simple: descenderían en la cápsula hasta una planicie cerca del lago de lava y lucharían contra el monstruo. En el improbable caso de que logran vencerlo, saldrían usando una escalera colgante tendida al otro extremo del cráter. Para defenderse solo les habían entregado, en medio de burlas, un tridente a Sebastián y un escudo a Carlos.

Tocaron fondo y enseguida la cápsula comenzó a calentarse. Tenían que salir rápido o se hornearían ahí adentro. Se pusieron sus escafandras térmicas, abrieron la puerta y vieron algo extraordinario: cerca de ellos, como a veinte metros, el lago de lava rugía en incandescentes borbotones. Era una vista hipnotizante; pero a Carlos le pareció más hipnotizante aún el clamor de la multitud que rodeaba el borde del cráter y, al unísono, coreaba: “¡Cazador! ¡Cazador!”. Aparte, y para deleite de la masa, una guerra de drones se desarrollaba en el aire. El gobierno poseía tres y daba caza a cualquier objeto que sobrevolara el volcán. Todo el registro aéreo de los hechos se haría con los drones del hijo del presidente. A Carlos se le concedió permiso para transmitir en vivo, pero con la advertencia de que le cortarían la señal si hablaba de política durante la transmisión.

Lo apoteósico del recibimiento multitudinario, lo impresionante del sitio y la posibilidad de llegar a una viralidad de proporciones globales, desataron a un Charly Kings frenético y casi ajeno al peligro:

“No puedo creer lo que estoy viviendo, no puedo creer dónde estoy, ¡oh my god, oh my god, oh my god!", transmitió histérico.

"Mis queridos, queridísimos fans, ¡muéranse todos de envidia! ¡Es increíble! Acompaño al hombre del momento, al que será el nicaragüense más famoso de la historia que enfrentará al monstruo del Masaya. Escuchen bien y traduzcan a todos los idiomas del mundoooo que esta transmisión es algo nunca antes visto...".

Sebastián no perdía el enfoque y, mientras Charly hacía su "en vivo", trazó una ruta para alejarlos del calor y reducir su vulnerabilidad ante un posible ataque del monstruo desde lo alto de los acantilados. No tenían idea de si la bestia había advertido ya su presencia; pero era un hecho que con tanto alboroto estaría alerta y nerviosa. El terreno era sumamente peligroso y la atención debía dividirse entre un suelo repleto de mortales grietas y riscos de donde podía aparecer la criatura.

Charly Kings no dejaba de parlotear. Ya en dos ocasiones se había quitado la escafandra para asegurarse de que su rostro fuera completamente visible para los millones que seguían la transmisión. Por momentos parecía no importarle morir, si eso implicaba una mayor audiencia. Sebastián tuvo que hablarle fuerte. "Chatel, no te me distraigás, si no estás atento no vas a salir vivo de aquí", le dijo. "Tené listo el escudo por si esa cosa

nos brinca encima y por favor no te vayas a resbalar”. La llamada de atención casi desata un ataque de pánico en Charly; pero ver volar cerca un dron del gobierno lo calmó. Se concentró en verse sereno y elegante, no en balde se había proclamado ante su audiencia como “el aventurero más chic”.

Poco a poco iban ganando terreno en dirección a la escalera colgante; pero cuando empezaban a acariciar la esperanza de que el monstruo no aparecería, un horrible sonido rebotó en las paredes del cráter. Era una especie de graznido y el eco, además de hacerlo más aterrador, imposibilitaba ubicar su origen. Se escuchó dos veces más y Sebastián supo que no saldrían de ahí sin luchar. Sujetó el tridente con fuerza y gritó: “¡Carlos, no sé cómo pero corré!”. El muchacho guardó el teléfono y empezaron a sortear obstáculos y filos. Ya podían distinguir la escalera que se extendía por cuatrocientos metros, desde el fondo del cráter hasta el borde, y parecía tocar el cielo azul; pero al siguiente segundo una enorme silueta lo tapó todo. La criatura se interpuso en el paso. Los gladiadores se quedaron inmóviles. En medio del pánico trataban de discernir frente a qué estaban, pues la apariencia del monstruo distaba mucho de lo que se había visto en las grabaciones. Para empezar, era muchísimas veces más

grande que una vaca. Posiblemente alcanzaba los seis metros de altura. Estaba parado sobre sus patas inferiores, pero otro par salía de sus costados, patas que recordaban a las de una iguana. Su piel estaba recubierta por membranas vellosas de color verde y de su espalda brotaban dos protuberancias de gran tamaño. El cuello no estaba claramente definido, el mismo ancho del cuerpo continuaba hasta lo que parecía ser la cabeza.

Un dron del canal oficial bajó bruscamente y se puso al lado de Carlos. El zumbido del aparato llamó la atención de la criatura, que se abalanzó sobre el youtuber y, de no ser por la rápida reacción de Sebastián, el "aventurero más chic" habría muerto aplastado. Entonces, de la parte superior del monstruo surgió un pico retráctil con el que hacía sonoros chasquidos mientras trataba de capturar al dron. "Por eso sonaba como langosta", pensó Sebastián, y luego dijo en voz alta: "¡Metámonos entre las piedras!". Ambos se acurrucaron en una oquedad, escondidos tras el escudo de Carlos, patrocinado por la alcaldía de Nindirí. El muchacho estaba fuera de sí y empezó a gritar:

—¡Qué putas es esa cosa! ¡Qué es! ¡Mataaaaala! ¡Mataaaaala!

—¡Callate! ¡Estoy pensando! —respondió agitado, Sebastián, para de golpe percatarse de algo—. ¿Te fijaste en los ojos? ¿Viste sus ojos? Ese animal no es un depredador.

—No, no le vi los ojos, ¡no jodás!

—Están a los costados de la cabeza.

—No entiendo.

— Los depredadores los tienen adelante.

—¿Entonces por qué mató a Johnny y nos quiere matar a nosotros? ¡Ay, Jesús, ayudanos!

—Pues para comérselo no fue. ¿No te fijaste cuando pasaste al lado de un pedazo del cadáver?

Carlos se puso más pálido.

—¡¡¡Qué!!!— gritó.

— Shhhhuu, ¡que te callés! Qué bueno que no lo viste, ya me imagino el escándalo que habrías hecho. Lo importante es que la bestia no es carnívora. ¡Ellos la han estado alimentado a través del túnel! En los barriles sellados había comida. Y la pasta de olor dulzón, que por cierto toqué y medio probé, era... ¡Era mierda! Este bebé come pura papillita de fruta. El hijo de puta de Farid dijo que este animal es real y no mintió, pero lo que no nos dijo es que no es natural.

—¿Qué puta querés decir?

—Uno de los pocos libros que Farid tenía en su oficina era "La isla del doctor Moreau". Lo puso ahí para darme una pista.

—¡Ve qué lindo a qué hora te acordás! ¿Quién es el doctor Merlín?

—Carlos, qué alegre que no tuve hijos, seguro serían tan caballos como vos—dijo Sebastián, y prosiguió tratando de no desenfocarse—. A ese monstruo lo dieron a hacer. Manipulación genética para crear una atracción turística y un distractor.

Carlos sintió un escalofrío.

—Viejo, de aquí no salimos vivos. Eso ya lo vi en Jurassic World y ahí todos mueren.

Sebastián no lo escuchó. Su mente trabajaba a toda velocidad.

—Si ese animal puede vivir en este entorno debe estar hecho a partir de especies que habitan aquí mismo —reflexionó.

—Viejooo, ¿cómo vamos a salir de aquí? Si no nos mata ese animal nos va a matar el gas. Apenas el viento cambie de dirección, nos asfixiamos. Me arde la garganta, esta mierda no protege nada —dijo Carlos, refiriéndose a la escafandra.

De súbito la multitud empezó a lanzar abucheos y Sebastián lo tomó como una buena señal. Se asomó para ver qué ocurría y vio

que el monstruo se había alejado persiguiendo al dron del gobierno.

—Agarrá piedras—dijo. Y Carlos obedeció sin chistar.

Los gladiadores salieron de su escondite y apuraron el paso, pero no tardaron mucho en volver a escuchar el graznido.

—¡No te detengás! —ordenó Sebastián.

—¡No quiero morir aquíííí!— sollozó Carlos.

La criatura se acercaba a paso torpe, pero rápido. Sebastián tiró una piedra para distraerla y, por unos instantes, la táctica pareció funcionar. El monstruo buscaba la fuente del ruido, pero su atención regresaba a los dos hombres. La escalera estaba cada vez más cerca y los abucheos aumentaban. La multitud no estaba complacida ante la posibilidad de que esa tarde acabara sin decesos.

Carlos alcanzó la escalera y empezó a trepar. Se escuchó un zumbido y el monstruo emitió un quejido fuerte y agudo. Luego varios zumbidos más.

—¡Apurate, chavalo! ¡Estos hijos de puta le están disparando para provocarlo! ¡Tirá ese escudo! —gritó Sebastián.

Sin tridente y sin escudo, ganaron velocidad, pero todavía no parecía suficiente. El animal estaba furioso. Los disparos desde la

cima no cesaban. Tampoco los abucheos. El monstruo empezó a trepar por las rocas, siguiendo la línea de la escalera, y avanzaba bastante más rápido que ellos. Definitivamente los alcanzaría.

Entonces Sebastián tomó una decisión.

—¡No hay alternativa, apartate, vas muy lento! ¡Salite de la escalera, y andate por la pared! ¡Alejate lo más que podás! —gritó, para que Carlos lo escuchara.

—¡Qué! ¡Si no soy Spiderman, viejo hijueputa! ¡Te querés salvar solo vos!

—¡Salite de la escalera! ¡Haceme caso!

—¡Putra madre!

El muchacho empezó a buscar de dónde agarrarse en la rugosa pared del cráter. Abandonó la escalera y gradualmente se fue alejando hacia un costado. Sebastián aceleró el ascenso de manera impresionante y la bestia hizo lo mismo, ignorando por completo a Carlos. Ganaban altura rápidamente y daba la impresión de que el Cazador sería capaz de alcanzar la cima y salir ileso; sin embargo, se detuvo de golpe.

—¡Chatel! —gritó, y su voz retumbó en el eco del cráter—. ¿Te conté que uno de mis cuentos favoritos trata sobre el minotauro? ¡Me gusta mucho porque está contado desde el punto de vista de

él! —exclamó alegremente, y se dio vuelta para quedar viendo al vacío.

—¡Qué estás haciendo! ¿Por qué te detenés? ¡Seguí subiendo! ¡Seguí subiendo! —gritaba Carlos, desesperado.

—En ese cuento, que seguro no conocés, el minotauro dice "ya no me duele la soledad, porque sé que vive mi redentor" —sonrió Sebastián y, dicho esto, se arrojó al abismo.

La multitud enmudeció. El Cazador voló hasta impactar contra el monstruo, que se desprendió del risco. Pero mientras hombre y criatura caían, algo asombroso ocurrió: las grotescas protuberancias en la espalda del monstruo se desplegaron para formar dos inmensas alas de plumaje verde y, cuando estaba a punto de impactar contra el suelo, las agitó con descomunal fuerza para frenar la caída y, de inmediato, empezar a elevarse. Volaba y graznaba formando círculos, torpemente, como un pájaro herido. Y de repente todos los chocoyos que anidaban en los riscos del cráter salieron de sus agujeros para seguirlo.

Nadie supo explicar lo que ocurrió a continuación, aunque en las siguientes semanas muchos lo intentaron. La criatura se elevó, hizo una pausa en el aire y luego descendió a gran velocidad para

clavarse en el lago de lava. Los chocoyos sobrevolaban el volcán, formando una escandalosa nube verde.

Mientras tanto, pegado a la pared del cráter, Carlos lloraba como un niño. Todo se juntaba en su mente: el alivio de estar vivo, la pérdida de Sebastián y el asombro por lo que acababa de ver.

"¡Lo sabía! ¡Lo sabía!", escuchó de pronto, a lo lejos, sin poder ubicar de dónde provenía el sonido. "¡Yo sabía que en el fondo era un pájaro! ¡Esa vaina era un súper chocoyo!". Carlos estuvo a punto de resbalarse mientras, eufórico, buscaba el origen de los gritos. "¡Lo hicieron con genes de chocoyo para que sobreviviera en este ecosistema!", continuó triunfante Sebastián, que se hallaba mucho más abajo, subiendo la escalera.

Cuando lograron salir del cráter, el sol ya casi se hundía en el horizonte. Caterina los esperaba en la cima, donde el Ejército estaba dispersando a la multitud. Un soldado se les acercó para orientarles que era momento de retirarse y, muy sutilmente, inclinó la cabeza ante Sebastián en señal de respeto.

Un celular repicó. Alguien llamaba con insistencia desde un número oculto. Carlos miró la pantalla y lo apagó.

Lo que duerme en la selva

El único que parecía mantener la serenidad era Ramsés Farid. Los soldados a su alrededor sucumbían al pánico y las náuseas.

—Vayan y quiten eso de inmediato —ordenó.

—¿Pero cómo vamos a trepar tan alto? —preguntó, pálido, el militar a su lado.

—Pues igual que lo hicieron ellos.

— Pero, señor... ellos no son humanos.

Farid contempló con calma lo que tenía enfrente. Centenares de majestuosos árboles, similares a baobabs, habían crecido tan juntos unos de otros que formaban una empalizada natural de decenas de metros de altura. Y sobre ese gigantesco muro de troncos alguien escribió, utilizando los intestinos de cincuenta seres humanos, la palabra “SILENCIO”.

Toda esta situación había iniciado apenas un mes antes, cuando cinco colonos cruzaron la barrera de árboles y no volvieron. Un grupo de tres, enviado en su búsqueda, corrió la misma suerte. Al tratarse de personal que indirectamente trabajaba para el gobierno en la tala ilegal de selva virgen, los operadores políticos intervinieron en el caso organizando un contingente de treinta colonos armados para entrar a la inexplorada zona y arrasar cualquier comunidad indígena que pudiera estar oponiéndose a la invasión de sus tierras.

Que este último grupo, tan numeroso, también desapareciera sin dejar rastro, fue lo que hizo escalar el tema a instancias superiores del Ejército de Nicaragua y a Ramsés Farid, asesor de la Presidencia, quien recomendó no realizar acciones bélicas mientras no fuera comprendida la naturaleza del enemigo. Los resultados de las investigaciones, hasta ese momento, estaban plagados de supersticiones y no había sido posible obtener ninguna información coherente en los registros históricos, tan limitados como intrigantes. Un texto precolombino situaba en la zona un centro mágico inaccesible y en un manuscrito colonial aparecía con el nombre de “Cerco de los Nahuales” y se instaba a exploradores a evitarlo a toda costa, advirtiéndole la existencia de

seres humanoides que se transforman en animales. La referencia más reciente se hallaba en un libro de principios del siglo XX, en el que un monje moravo prohibía misiones al sitio con la sentencia: “Hay lugares donde la palabra de Dios no debe ser llevada por los hombres, lugares en donde Dios habla por sí mismo”.

Cuando Farid aterrizó en el campamento militar no le sorprendió que su recomendación hubiera sido ignorada. Un grupo de doce soldados fuertemente armados se estaba preparando para entrar al Cerco de los Nahuales:

—Farid, no ponga esa cara —dijo el coronel al mando—. Estos muchachos necesitan foguearse un poco y ¿qué mejor que ir de cacería?

—No me molestaré en tratar de disuadirlo.

—Mejor así, no creo que quiera contradecir al que dio la luz verde. El jefe de jefes ordenó mano dura. Además, tal vez podamos salvar a algunos colonos secuestrados.

—Coronel —respondió Farid con gravedad—, le aseguro que esos colonos ya están muertos, al igual que lo estarán estos flacuchitos disfrazados de soldados en un par de horas.

El coronel se burló. Fue la primera vez que alguien tildó de “supersticioso” al siempre racional Ramsés Farid.

Horas más tarde se escucharon en la lejanía algunos disparos aislados, pero nada que pudiera ser un combate. Cayó la noche y los soldados no volvieron. Todos los militares en el campamento compartían la misma expresión sombría y el coronel no dijo una palabra durante la cena.

Los primeros rayos del alba hicieron evidente que los pronósticos de Farid eran correctos: medio kilómetro de intestinos humanos, colgado sobre los árboles, y los cuerpos desmembrados de cincuenta hombres, demostraron que los adversarios no tomaban prisioneros.

II

Encargado de confundir y manipular la opinión pública nacional e internacional, Ramsés Farid era un hombre acostumbrado a lidiar fríamente con las más sórdidas situaciones. Aventajado estratega, podía adelantarse y atajar las consecuencias de cualquier escándalo y terminar sacando réditos para el gobierno. Sin embargo, no era un funcionario común del régimen. No se trataba de un hombre inculto, servil o mediocre. En su comportamiento,

siempre medido y cortés, estaba la marca de su madre, una notable exdiplomática nicaragüense del período de la república; mientras que su agudo pensamiento analítico provenía de su padre, un ajedrecista libanés que lo educó con tesón y rigurosidad. No obstante, quien dejaría en él la huella más profunda fue Taleb, su hermano mayor, tan carismático como brillante. El hecho de que sus padres tuvieran una evidente preferencia por el primogénito nunca lo molestó, porque compartía la misma devoción por ese joven que murió, en un trágico accidente, antes de cumplir los diecisiete años.

Fue esa muerte lo que desencadenó los mecanismos que hicieron de Farid un prodigio, para bien y para mal. Decidido a reconfortar a sus padres y, con apenas nueve años de edad, enfocó al máximo sus facultades mentales para ser el mejor estudiante y el mejor ajedrecista. Reprimió el dolor de la pérdida y se condenó a mantener una inmutable serenidad en medio de un hogar que naufragaba. Con el tiempo terminó siendo una persona emocionalmente distante, cuyas interacciones siempre estaban supeditadas a propósitos que se hicieron cada vez más ambiciosos e intrincados.

Matemático y artista, con vastos conocimientos en economía, historia y comunicación social, se consideraba a sí mismo un renacentista en una Nicaragua regida por el oscurantismo. La compleja agenda de Farid era dictada por sus obsesiones perfeccionistas y llevada con el sigilo de quien prepara un jaque mate; pero los recientes eventos en Indio Maíz habían logrado desenfocarlo. Por primera vez enfrentaba una situación para la que no encontraba explicación racional e intuía que no debía ignorarla, a pesar de los riesgos que esto pudiera suponer para sus planes.

III

Sebastián estaba agitado, caminaba aceleradamente dándole vueltas al comedor. Aunque habían pasado meses, todavía sufría fatiga emocional y física por lo vivido en el volcán Masaya, donde casi pierde la vida enfrentando a una monstruosa criatura. Por lo tanto, le resultaba insólito e indignante que Ramsés Farid, la mente perversa que los metió en ese cráter, tuviera la desfachatez de estar pidiendo ayuda y tratando de reclutar a Carlos para una misión.

—Te pasás, chatel. ¿Me estás diciendo que te reuniste tranquilamente con ese hijo de puta? —blasfemó sin dejar de caminar.

Carlos estaba hundido en un viejo sofá y tenía cara de preocupado.

—Vos sabés que el mundo es un poco más complicado que buenos y malos —replicó muy sereno, aunque él también tenía dudas—. Es decir, no te puedo negar que el tipo es un hijo de puta, pero hay diversos grados de hijueputés. Además, a veces existen coincidencias de intereses y en este caso me está dando la oportunidad de hacer un bien.

Sebastián se detuvo para girarse hacia el muchacho.

—Voy a intentar resumir este disparate —dijo pausadamente—. Resulta que hay un lugar en Nicaragua donde destazan a la gente y usan sus intestinos para escribir la correspondencia. ¿Me equivoco?

—No, pero suena más feo si lo decís así...

—Un lugar tan aterrador que es capaz de causarle pesadillas al funcionario más maquiavélico de este régimen, y vos te vas a ir a meter a petición de ese bróder que, casualmente, ya intentó matarte... digo, matarnos, una vez.

—Lo ponés muy dramático el asunto...

—Mirá, yo no soy tu papa para decirte qué hacer, pero si lo fuera creeme que no andarías pensando en vagancias —suspiró Sebastián.

—La intención de Farid nunca fue matarnos, era promocionar la “marca país” y mirá, de paso nos convirtió en estrellas... Bueno, a vos, Sebastián Contreras, Cazador de Monstruos Nicas, porque Charly Kings desde hace rato desataba pasiones en las masas.

El rostro de Sebastián se enrojeció.

—¡Marca país! ¡Qué es eso! ¡A mí me vale verga esa tal marca país y ser estrella! —gritó—. ¡Me cansan los vendedores de aire! Y vos estás enfermo, chavalo, ese celular te enloqueció.

Pero Carlos continuó sereno, cosa extraña en él, con el mismo aire de inquieta preocupación.

—Escuchame, vos sabés bien que lo que plantea Farid tiene lógica —dijo frotándose el rostro, hizo una breve pausa, se incorporó en el sofá y continuó—. Ya oíste al presidente diciendo que hay un grupo de rearmados masacrando campesinos. Con esa mentira pretende matar dos pájaros de un tiro.

—¿De qué pájaros hablás?

—A ver, primero va a estrenar sus aviones MiG para mostrar fuerza a los países vecinos y a la oposición. Y después, y esto es lo más importante, va a quemar la reserva de un solo, rapidito. —Chasqueó los dedos—. Así ya tiene un montón de tierras listas para regalar a sus serviles. ¿Cómo crees que compra la lealtad del Ejército? —agregó frunciendo el ceño—. Pero Farid no es tan burdo, te consta, el maje está convencido del valor de la biodiversidad de la reserva y, aún más importante, cree que en esa zona habita un pueblo milenario que ha logrado mantenerse aislado y que podría agregar mucho valor a la marca país.

—Y dale con la tal marca país. Pues sacrificar influencers ya le resultó una vez para agregar valor a la marca país, ¿o ya no te acordás? —contraargumentó Sebastián, cada vez más alterado.

Carlos le lanzó una mirada de súplica.

—Esta es una responsabilidad que tengo como persona famosa, desde las redes sociales puedo hacer una diferencia —continuó—. Puedo alertar y agitar la opinión pública. Pero tengo que ir allá para grabar, para registrar, solo así sería creíble la denuncia. —Se sacó el celular de un bolsillo y lo agitó a la altura de su cabeza—. Debemos usar la fama para causas importantes, tipo el ice bucket challenge. ¿Te acordás?

—¿El qué? La verdad no me interesa, chatel... Que Farid resuelva eso él mismo, que mande a otro pendejo, que convenza a su jefe de no terminar de destruir este país. Creeme, vos no querés meterte en ese clavo.

Sebastián tenía resaltadas las venas de la frente y gesticulaba como si quisiese ahorcar al chavalo.

—Si el presidente se entera de que Farid se está interponiendo en sus planes, seguro lo consideraría traición. Por eso el man me buscó a mí, sabe que voy a hacer lo correcto.

—¡No, Carlos, no!; Él sabe que la sed de fama te nubla el pensamiento!

—Esa gente no salió a atacar, solo se ha defendido y ahora la van a quemar con todo y selva —protestó el muchacho, enérgicamente.

—¿Vas a ir sin importarte lo que yo diga, verdad? —preguntó Sebastián.

—Voy a ir, aunque me importe mucho lo que vos digás —respondió Carlos, con una seguridad que casi resultó insolente.

Sebastián se dio una palmada en la pierna derecha y exclamó resignado:

—¿Sabés? ¡Ya me hartaste! Ya vi que no vas a entrar en razón. ¿A qué puta hora es la salida?

Una expresión de júbilo transfiguró el rostro de Carlos, que hasta entonces había permanecido sombrío.

—¡¿Me vas a acompañar?! —gritó feliz—. ¡No te lo había querido pedir pero yo sabía que no me ibas a dejar morir! Un asistente siempre es útil —agregó mientras daba exageradas palmas.

Sebastián no correspondió el sentimiento.

—¿Y qué me queda? —masculló con amargura—. No estoy para sufrir más remordimientos.

Carlos se levantó del sofá y caminó hacia su amigo. Sonreía cuando dijo:

—Si ya fuimos gladiadores dentro de un volcán, ser documentalistas ambientales debería ser bien fácil. ¿O no?

IV

No había salido el sol y ya un jeep militar los esperaba fuera de la casa de Carlos para llevarlos al aeropuerto. Caterina llegó a despedirlos. “Es obvio que me están ocultando muchas cosas para no preocuparme. —Los abrazó con fuerza—. Pero por ustedes

siempre voy a estar preocupada. Ese es el precio de querer a alguien”.

Durante el camino, para desgracia de Sebastián, Charly Kings, el alter ego de Carlos Reyes, hizo un Facebook live: “¡Goodmornings Managua! ¿Ya despertaron mis animalitos del Señor? No finjamos, los que están conectados ahorita es porque todavía no se han ido a dormir. ¡Ajá, vagos, los agarré! ¡Ninguno de ustedes se despierta a estas horas infames! Pero nosotros sí, hashtag desvelo, estamos al inicio de una nueva aventura, la dupla mortal, the killer duet, Charly Kings y el veterano. ¡Saluda a las abuelitas, Shebashtian! —Sebastián respondió con un manotazo que Charly apenas logró esquivar—. ¡Alguien despertó de mal genio, chicos! Es que vamos a una aventura muy seria y muy importante. Les pido que estén pendientes, voy a lanzar una bomba atómica. Apunten: hashtag AtomicBomb, hashtag 10:00 am, hashtag CharlyKingsIsback. ¡Besitos en el cachete carnoso! ¡Muuaaaah!”.

—¿Cuál es el “cachete carnoso”? —preguntó Sebastián para de inmediato arrepentirse—. Ahí dejalo...

El "Cazador de Monstruos Nicas" estaba bastante contrariado. Pese a que se había ofrecido voluntariamente para participar en

la misión, sentía que no le tocaba a él andar metiéndose en problemas tan complicados. Las atrocidades del Ejército en el campo eran conocidas, lamentables, pero distantes. Estaba bien repudiarlas desde casa, pero esto de ir a meterse a la boca del lobo era un suicidio.

—Chatel, vamos directo a quedar en fuego cruzado —susurró—. Está claro que los militares son unos genocidas, pero esta vez hay que reconocer que se están enfrentando a unos caníbales que nada tienen de inofensivos —añadió muy serio.

Pero Carlos seguía en modo Charly Kings y lo único que vio en las palabras de su amigo fue la oportunidad de hacer otra transmisión:

—¿Caníbales? Me recordaste algo... ¡¡Chicos!! ¡¡Chicos!! Microcápsularebanona: ¿Qué comen los caníbales vegetarianos? ¿No saben? Pues plantas de los pies, palmas de las manos y cogollo de...

—¡Suficiente! —exclamó Sebastián.

El jeep entró a la pista del aeropuerto por un portón especial y ahí el chofer y el escolta se encargaron de las explicaciones. Un helicóptero los esperaba ya encendido y, caminando hacia la

aeronave, el muchacho aprovechó para darle una tardía advertencia a su compañero de aventura:

—Por cierto, nunca mencionés a Farid. No hay que quemarlo, aquí todos creen que nos manda el general Ávila. —Sebastián peló los ojos y Carlos prosiguió con tranquilidad—. Relax, Ávila está incomunicado. Farid lo subió desde anoche en un yate repleto de viagra y prostitutas. Regresa hasta mañana, si es que regresa.

Contreras no conocía los pormenores del plan que Farid había trazado, pero desde un inicio los estaba metiendo en serios problemas. Sabía que todavía podía bajarse del helicóptero, era su última oportunidad y lo consideró seriamente hasta que vio la cara de idiota de Carlos y se resignó al hecho de que no podía abandonarlo.

El vuelo fue turbulento y deprimente. Charly Kings se dedicó a entrevistar al piloto que, emocionado por estar en el show, narró cómo el gobierno estaba llevando el “progreso” a la reserva biológica. Enormes manchones color café se abrían como llagas entre el verdor de la selva, como si una mano gigante estuviera desollando al país. Una cortada se extendía hasta el horizonte y el piloto explicó que se trataba de una gran carretera en

construcción, necesaria para sacar la madera con mayor rapidez. El hombre estaba tan deseoso de mostrarles la actividad económica que se desvió de la ruta para que vieran las impresionantes excavaciones mineras a tajo abierto, plantaciones de palma africana e incluso la zona por la que pasaría el Gran Canal Interoceánico. Charly logró disimular su angustia ante la destrucción, y también la desesperanza que lo invadía cada vez que el piloto presentaba todo ese desastre como una “bendición”.

V

El campamento militar establecido en el límite del Cerco de los Nahuales resultó tener un aura aún más siniestra que la descrita por Farid. Los soldados eran muchachos vulnerables a la superstición y la idea de estar enfrentando a un enemigo sobrenatural los abrumaba. Aparte, una pestilencia lo inundaba todo. No existía una orientación clara de qué hacer con los cadáveres; a un costado del campamento había partes humanas en bolsas negras, otras se encontraban en barriles y algunas más dentro de una fosa abierta. Al parecer el Ejército había contemplado como opciones entregar los cuerpos a los familiares, sepultarlos ahí mismo o llevar los restos a Managua para hacer las

debidas autopsias, pero todavía no se decidía por ninguna. El lugar era un desastre.

El coronel al mando no parecía estar en una situación emocional muy distinta a la de los soldados. Cuando los visitantes llegaron apenas les prestó atención. "Todavía no entiendo qué hacen unos civiles aquí, pero órdenes son órdenes. Ojalá que Ávila sepa lo que está haciendo. Graben lo que tengan que grabar... Yo solo espero que el presidente mande ya a quemar toda esta mierda", fue lo único que dijo antes de meterse en su tienda.

A Sebastián también lo estaba afectando la atmósfera del campamento, que le recordaba su traumática experiencia en el servicio militar en la década de los ochenta. Se sentía transportado a los funestos días en que, después de cada combate, tocaba recoger a los caídos. Charly Kings, en cambio, estaba concentrado en seguir metódicamente su secreto cronograma de actividades. Su logística era bastante sorprendente: sacó de su mochila un celular del tamaño de un ladrillo, le conectó una gran pieza que servía de antena e inició una transmisión en vivo.

“¡Hora de la bomba atómica, chicos! ¡Buummm! ¡Modo serio: ON! Bebés, hoy sí, esto es delicadísimo, periodismo extremo, hashtag

PremioPulitzer hashtag CharlyInforma, hashtag GobiernoMiente. No me lo están contando, estoy aquí, vean, vean, campamento militar en la zona núcleo de Indio Maíz. Están convirtiendo la reserva en un potrero y siguen masacrando indígenas. Los acusan de rearmados, pero ninguno de ellos ha disparado una sola bala. Solo se han defendido con garras y dientes, solo quieren que los dejen en paz. ¡No permitamos la quema de la selva y de quienes la habitan!”. Charly se detuvo. Jadeaba y el corazón le latía al máximo, pero no dejaba de grabar a los soldados que lo habían rodeado y le apuntaban con fusiles.

“Caballeros, suplico su clemencia, ustedes saben cómo son los jóvenes de inmaduros con estos temas”, intervino Sebastián. Y, dirigiéndose a Carlos, le orientó: “Por favor cortá la transmisión, vamos a tratar de entendernos”. El coronel había salido de su tienda, con aspecto desaliñado y expresión de rabia. “En mis tiempos ustedes dos ya estarían muertos”, dijo temblando de ira. “¡Soldados, llévense a estos farándulas al pozo de aislamiento!”.

VI

La tormenta mediática se desató tal y como Ramsés Farid esperaba. No había pasado una hora y ya se reportaban protestas

en dos universidades. El movimiento ambientalista, generalmente relegado del interés público, era tendencia en las redes y eso despertó un profundo malestar en el despacho presidencial.

Una gráfica mostraba cómo se había disparado el tráfico en internet a partir de la transmisión de Charly Kings. Era parte de la información compartida durante la teleconferencia que Farid sostenía con funcionarios del gabinete de gobierno. En la enorme pantalla del despacho se alternaban datos con semblantes de angustia y rostros desencajados.

—¿Cómo lograron llegar hasta allá?! Me dicen que hasta los fueron a recoger a su casa. ¿Cómo fue que el Ejército se dejó meter semejante gol? —gritó el Ministro de Ambiente.

—Caballeros —respondió Farid con serenidad—. Cómo llegaron no es relevante en este momento, el hecho es que llegaron y ahora debemos enfocarnos en encontrar una salida conveniente. Tenemos que presentarle a la pareja presidencial un plan de acción.

—Lo veo muy calmado, Farid. Este asunto podría implicar una sanción internacional y le facilitaría a Costa Rica ganar la

demanda en curso que tiene en nuestra contra en La Haya — opinó el canciller.

Farid se encogió de hombros y apoyó los codos en su escritorio.

—No veo necesidad de alterarnos y hacer drama—replicó—. ¿A quién verdaderamente le importa el ambiente? ¿Qué quedó de Bosawás? ¿A cuántos indígenas han asesinado este año? ¿Pasó algo? Esta indignación es una moda pasajera. Llamada de petate. Lo que haremos es sacar provecho de este asunto. Cuando el presidente se despierte le daremos la buena noticia.

Al director de la Policía, uno de los más afectados por el incidente en Indio Maíz, no le gustó la tranquilidad del asesor presidencial.

—¿Qué buena noticia? —preguntó furioso—. ¿Que estamos teniendo que trasladar novecientos efectivos para dispersar las protestas en las universidades? ¿Que vamos a salir otra vez en medios internacionales cuando habíamos tenido la suerte de que se olvidaran de nosotros?

Farid respondió con una amplia sonrisa:

—No, la buena noticia es que podrá bombardear la reserva con la opinión pública a su favor y, además, ganando popularidad en el segmento joven al vengar la muerte del influencer más

reconocido de Nicaragua: Charly Kings. Ahora, con su permiso, tengo que hacer algunas llamadas. Que tengan un excelente día. Apagó la pantalla y meditó la partida que enfrentaba. Había logrado retrasar el bombardeo y eso le daba una ventana de oportunidad, pero tendría que poner en peligro a dos de sus más preciadas fichas. “Charly, Charly, chavalo, espero que te acordés de lo que te dije, ojalá me hagás caso”, pensó antes de tomar el teléfono.

VII

Tras pasar la noche encadenado en el pozo de aislamiento, Sebastián no estaba de buen humor. Llevaba horas sin dirigirle la palabra a Carlos, pero al amanecer sintió que ya no podía darse ese lujo. Sospechaba que el día sería complicado y necesitaba entender la situación.

—Chatel, voy a tratar de mantener una actitud positiva. Es decir, me voy a contener de estrangularte. ¿Me podés explicar bien cuál era el plan que tenías?

—Viejo, pero si yo te dije. La idea era hacer la denuncia pública y así obligar al gobierno no solo a frenar el bombardeo, sino a hacer lo correcto —respondió el muchacho, con la voz angustiada.

—¿Hacer lo correcto? —respondió Sebastián, tratando de contenerse—. ¿Y cuándo putas estos criminales han hecho “lo correcto”?

—Pues Farid dijo que para resolver la crisis mandarían a un equipo especial y que eso tranquilizaría a la opinión pública.

—¿Equipo de qué?

—Pues... un equipo de... investigadores. La verdad yo creo que es un equipo de Nat Geo que va a filmar un reality de la tribu indígena que estamos a punto de descubrir.

—¿Cómo que “creés”? ¿Qué te dijo Farid exactamente?

Carlos agachó la cabeza, alzó la mirada y juntó las puntas de sus dedos índice.

—Pues dijo que mandaría un súper equipo de apoyo, puras celebridades y que ellos nos invitarían a acompañarlos a la expedición —balbuceó—. No estaba seguro de aceptar, me daba miedo, pero imagínate la aventura, mis fans estarían encantados. Pero, bueno, quizás era mentira. Me siento engañado.

Sebastián estaba tan furioso que sintió que se desmayaba, pero todo cambió a los pocos minutos, cuando escucharon la llegada de un helicóptero y aplausos. El rostro de Carlos se iluminó.

—¡Ajá, cómo te quedó el ojo! —exclamó, volviéndose hacia su amigo, y acto seguido empezó a gritar histéricamente, dirigiendo la mirada hacia el brocal del pozo—. ¡Acá estoy! ¡Chicos de Nat Geo! ¡Soy Charly Kings! Es mi historia, aquí estoy para contarles todo, vengan. ¡Acá estoy, en el agujero, vengan a sacarme!

Charly no paró de gritar hasta que el coronel asomó la cabeza muy sonriente: “Ya lo escuchamos, don Charly, mil disculpas por el malentendido. El equipo lo está esperando”.

Una vez fuera del pozo vieron un tumulto rodeando a los recién llegados. No, no parecía un equipo de documentalistas de Nat Geo; se trataba de siete soldados, extremadamente altos y fornidos, vestidos de negro y muy bien equipados. Los ánimos habían cambiado radicalmente en el campamento. Ahora estaba lleno de risas, aplausos y una emoción casi infantil; los visitantes eran verdaderas estrellas en las fuerzas armadas. Nada menos que el “Comando Élite Tarántula”, el mejor entrenado del país, con capacitaciones en Cuba, Rusia y Estados Unidos.

—¡Tarántulas! —gritó con entusiasmo el coronel—. Aquí estos débiles están cagados por unos indios que supuestamente se convierten en animales. ¿Creen que sean problema para ustedes? El líder del comando puso cara seria, subió una ceja y dijo:

—Coronel, le prometo que si un indio de esos se convierte en tapir se lo vamos a traer esta noche para cocinarlo en la cena. — Todos los soldados celebraron con júbilo y en el rostro del jefe tarántula apareció una sonrisa perversa—. Ahora, por favor denos el gusto de presentarnos formalmente con el famoso Charly Kings y con el gran Cazador de Monstruos Nicas —agregó con malicia—. Quiero felicitarlos por la valentía de ofrecerse para ir al frente. Tremenda escena la que protagonizarán.

Con el rostro desencajado, Carlos preguntó:

—Y ustedes... ¿traen cámaras?

—Sí, señorito, no íbamos a desperdiciar que vamos acompañados de semejantes estrellas —respondió entusiasmado uno de los miembros del escuadrón.

VIII

Resolvieron entrar al Cerco de los Nahuales por vía acuática. El helicóptero bajó lo más que pudo sobre el río para que los hombres saltaran al agua. Resultaba sorprendente que la muralla de árboles gigantes continuara aquí, idéntica, a varios kilómetros del campamento.

Se distribuyeron en tres balsas inflables; Sebastián y Carlos iban en la primera, solos, desarmados. Eran permanentemente grabados en video y su balsa estaba amarrada a la segunda para que no pudieran alejarse más de una decena de metros. Los soldados se mostraban encantados con la misión, tenían un excelente ánimo y las bromas no cesaban. Hasta Sebastián tuvo que reconocer la bien lograda imitación de Charly Kings que hacía uno de los militares, aunque no fue gracioso cuando dijo: “Me va a tocar reemplazarte ahora que faltés, chiiiicooooouu”.

Iniciaron la travesía y en pocos minutos la corriente los puso frente a un colosal árbol que brotaba en el centro del río y marcaba la entrada al Cerco de los Nahuales. Cruzaron esa frontera y de inmediato cambió el entorno; era un microclima con vegetación extremadamente densa y exuberante. Las copas de los árboles se entrelazaban a gran altura y dejaban pasar haces de luz que daban la sensación de estar sumergidos bajo el agua. En ambas orillas crecía todo tipo de hojas, flores y tallos, apretujándose entre sí, formando altas paredes verdes que hacían ver al calmo río como un enorme pasillo.

Carlos iba lo más agachado que podía y con las manos se cubría los costados de la cabeza. Estaba pálido. Se imaginaba que en

cualquier momento una flecha terminaría con su vida. Sebastián, por su parte, se mantenía alerta. En su mente repasaba los hechos que los habían traído hasta ese lugar y trataba de encontrar la clave. Sabía que, como de costumbre, Farid no había dicho la verdad, pero tampoco había mentido. Efectivamente quería salvar a los habitantes de la zona y comprendía que un Facebook live no bastaría para ello; por eso los estaba forzando a entrar, para propiciar un encuentro con los lugareños y así advertirles sobre el inminente ataque aéreo. Sin embargo, había un punto que no estaba claro, el más importante: ¿Cómo iban a hacerle para no correr la misma suerte de todos los que habían osado entrar al Cerco de los Nahuales? En eso pensaba cuando se percató de que Carlos estaba demasiado callado.

— Chatel, ¿estás bien? —murmuró.

El muchacho tenía los ojos aguados y respondió sollozando:

—No, no estoy bien y esto es mi culpa, por culpa de mis grandes tapas que nunca cierro es que estamos aquí. Farid me advirtió que después de que hiciera la transmisión en vivo no volviera a hablar, para nada, que no abriera la boca ni para respirar y yo no le hice caso.

Uno de los soldados de la segunda balsa advirtió los cuchicheos y gritó:

“¡Hey! ¡Dúo carnada! ¿Cómo van? ¡Digan algo! ¡Hagan algo divertido! Aquí los vengo filmando, quiero tener en video el instante en que les caigan los salvajes y le partan la jícara. Saben, hay algo que me enturca, todos los días mucha gente muere y a nadie le importa, pero si a una celebridad maricona le pasa algo todo mundo sufre como si fuera un familiar. —El militar lucía cada vez más indignado— ¿Quién decidió que ustedes valen más que el resto de nosotros?! Los soldados damos la vida por nuestra patria y solo nuestra familia nos llora. Bueno... al menos la muerte de ustedes va a servir para justificar que eliminemos a los hostiles. Nosotros seremos sus vengadores. ¿Qué les parece chichichichicooooosss?”.

Ambos optaron por ignorar al militar y no llamar la atención. La escasa luz hacía fácil perder la noción del tiempo; solo porque el reloj lo indicaba, fue posible saber que ya pasaban las dos de la tarde. “¡Hora del picnic, damas!”, gritó el líder. Los tarántula empezaban a aburrirse y agradecieron el receso. Dos miembros del escuadrón sacaron machetes y en un minuto podaron un cómodo claro en una de las orillas. Relajados, se dispusieron a

almorzar, excluyendo al recién bautizado “Dúo Carnada”, que quedó esperando en su balsa.

"La verdad es que me está haciendo falta acción", se quejó un soldado. "Espero que ya estemos cerca de la aldea. Esto va a ser demasiado fácil, ni siquiera tienen escopetas, ningún cadáver tenía heridas de bala. Parece que atacan con las manos y a mordiscos... ¡Como mis novias!". La sonora carcajada grupal debió escucharse en decenas de metros a la redonda. Los militares siguieron comiendo despreocupadamente hasta que uno advirtió un movimiento entre el follaje; avisó con señas y todos se asomaron para vislumbrar un bello pelaje amarillo con manchas negras que de inmediato desapareció. “¿Lo viste? ¡Es un jaguar!", gritaron varios al unísono. “¡Mío! Tengo una jaña que la vuelvo loca si le llevo una piel de esas”, dijo uno. “Ni turca, es mío”, respondió otro, y tres soldados se abalanzaron al monte en persecución. Se escucharon gritos, carcajadas, luego ráfagas y después silencio. Pasaron los minutos y el líder ordenó: “Rodríguez, vaya y busque a esos pendejos, hay que seguir”. El soldado se internó en el verdor llamando a sus compañeros, pero no habían pasado treinta segundos cuando emitió un escalofriante gemido y no dijo más. Los restantes tarántula se

pusieron de pie como impulsados por resortes. Sebastián sintió un golpe de adrenalina. "Se acabó el tiempo", pensó. "Los nahuales ya saben que estamos aquí y vienen por nosotros". El corazón le latía a tope, sabía que de un momento a otro podían morir. Se giró hacia Carlos, que estaba petrificado, y súbitamente todo estuvo claro. "Chavalo, ¡Farid te lo dijo! ¡Te advirtió que te callaras!", susurró. "Además, ellos claramente lo escribieron: SILENCIO".

Mientras tanto, el líder no decidía si ir en busca de los miembros desaparecidos o huir. Todos aguzaban sus sentidos tratando de percibir algún ruido que delatara al enemigo y fue entonces que notaron que desde hacía horas no se escuchaban cantos de pájaros ni aullido alguno.

—¡A la balsa! —ordenó el líder a los contrariados soldados, que no podían creer que estaban escapando y abandonando a los suyos.

— Pero, señor...

—¡Vámonos! —gritó enérgico.

Sebastián remó como alguien que sabe que su vida depende de ello y su balsa avanzó con rapidez. En la otra embarcación un soldado también remaba con todas sus fuerzas, mientras los otros dos apuntaban sus armas en todas las direcciones. Carlos notó

que algo se aproximaba volando a baja altura. Era una enorme lechuza de cara blanca cuyo fantasmagórico aspecto inquietó a todos. Pasó muy cerca, casi rozando sus cabezas, para luego posarse sobre una rama y observarlos atentamente. A un costado del río apareció un tapir que se quedó quieto y en la otra orilla dos ocelotes se asomaron entre la maleza. Resultaba inquietante que durante todo el trayecto no hubiesen visto animales y que ahora, repentinamente, varios empezaran a mostrarse.

"¿Qué es eso?!", gritó el soldado que remaba, y señaló una gruesa liana que caía desde una rama muy alta hasta casi el centro del río. El supuesto bejuco parecía moverse y los hombres observaron con más atención para confirmar, horrorizados, que se trataba de una serpiente monstruosa, más grande de lo que hubieran creído posible. El robusto cuerpo se desenrollaba en las alturas y se deslizaba para sumergirse de manera continua en las aguas. Parecía fluir sin esfuerzo y se hundía interminablemente. La visión fue demasiado para uno de los soldados, que no se contuvo y apretó el gatillo; el líder del escuadrón hizo otro tanto, gritando y disparando contra el follaje. En la primera balsa, los rehenes se agacharon para no ser alcanzados por un proyectil. Tenían la cara pegada al fondo de la embarcación cuando, de golpe, el ruido de

las metralletas cesó. Levantaron la cabeza y no encontraron rastro de los militares ni de su balsa ni de los atacantes. Fue un instante de calma interrumpido por un violento tirón. “¡La sogá! ¡Hay que cortar la sogá! ¡Seguimos amarrados a la otra balsa!”, pensó Sebastián. Pero ya era tarde, cayó a las oscuras aguas, se hundi6 varios metros y no logró tocar fondo. Al salir a la superficie vio que Carlos chapaleaba sin control en medio de un ataque de pánico y pensó que, si seguían haciendo ruido, su destino sería el mismo de los soldados. Sabía que mantener la calma era asunto de vida o muerte; así que cuando algo rozó su pantorrilla, no se permitió emitir quejido, ni siquiera agitar el agua con brusquedad. En lugar de eso se concentró en salvar la vida del muchacho, que a esa hora gritaba que algo se le estaba enrollando. Le asestó un puñetazo en la base del cráneo y lo desmayó. El cuerpo se hundió de inmediato y Sebastián empezó a jalarlo de un brazo, con todas sus fuerzas, hacia la superficie. Parecía imposible sacarlo a flote porque algo lo sujetaba y lentamente lo arrastraba al fondo. “Ni verga hijueputa, a este chavalo no te lo vas a llevar, no es justo” pensaba, decidido a ahogarse, de ser necesario, con tal de salvar a su amigo. Sumergido, y ya mareado, pataleaba y tiraba con todas sus

fuerzas cuando repentinamente el cuerpo inconsciente fue soltado y pudo llevarlo a la orilla. Lo recostó boca abajo entre las hojas, lo zangoloteó con fuerza hasta asegurarse de que le había sacado el agua de los pulmones y esperó.

Agitado por el terror y resignado a la más absoluta vulnerabilidad, buscó sosiego en su memoria y a su mente llegaron esos días en los que, de niño, aprendió a nadar en Paso Caballos. Así soportó las horas, escapándose al mar de su infancia, hasta que pudo más el cansancio y se quedó dormido en la ribera del río.

IX

Carlos lo despertó sacudiéndolo por un hombro. "Viejo, mirá", susurró. Y al abrir los ojos, Sebastián vio cómo la oscuridad de la noche era desafiada por miles y miles de luciérnagas. Por instantes parecían moverse en conjunto, como las estrellas en un brazo de la Vía láctea o como un cardumen de millones de peces en el mar. Giraban formando ondas y espirales; nubes y ríos de palpitantes quiebraplatas. En las copas de los árboles y abajo, en el sitio donde debía estar el agua, todo lo llenaban las luciérnagas. Ambos se cuestionaron si estaban despiertos y se lo

siguieron preguntando un rato más después de que los insectos apagaron sus lámparas. Pronto la claridad de la mañana se empezó a filtrar entre las copas de los árboles. Sebastián se sentía con ánimos renovados. Le parecía un milagro haber sobrevivido la noche y estaba determinado a no dejarse vencer con facilidad. Había asumido con determinación que protegería al chavalo y ayudaría a salvar a un pueblo indígena.

La situación era compleja: estaban perdidos, sin comida, sin agua potable, sin balsa y no tenían garantía alguna de que aquellos que en la última semana habían descuartizado a 57 hombres respetarían sus vidas. Sin embargo, debían buscar la aldea, solo así se salvarían y los salvarían. Acordaron un inquebrantable voto de silencio porque, por absurdo que fuera, el haberse mantenido callados parecía ser la única razón por la que aún respiraban. Luego establecieron una serie de señales para conceptos básicos, tarea que resultó mucho menos difícil de lo esperado, pues la expresividad nicaragüense está repleta de gestos.

Decidieron avanzar en una ruta paralela al río, pero a una distancia en la que la vegetación ya no era tan densa y era posible caminar con relativa comodidad sobre un esponjoso piso de hojas. El servicio militar dio a Sebastián algo de experiencia y

seguridad para enfrentar el entorno y trataba de infundir entusiasmo a su temeroso compañero de travesía. Cuando, sin proponérselo, notaban la presencia de algún animal silvestre entre las ramas, el miedo casi los inmovilizaba; de manera que, aunque sabían que podía verse muy tonto y bastante supersticioso, optaron por saludar a los animales con reverencias y toda clase de muestras de respeto. Sin embargo, fue imposible portarse solemnes con unos rechonchos y simpáticos roedores que se les acercaron curiosos y los acompañaron durante un trecho del camino.

La claridad crecía gradualmente, al igual que el leve murmullo de una cercana corriente de agua. Con entusiasmo siguieron el sonido para encontrarse con una amplia piscina natural, al pie de una cascada que resbalaba sobre la roca. El agua era fresca y cristalina, bebieron y sin pensarlo mucho se lanzaron a nadar. Fue un bálsamo para el ánimo. Si estaban perdidos, si los iban a matar, por un rato no fue relevante. El agua y la luz lo eran todo.

Tardaron más de una hora en advertir que al costado de la cascada había una escalinata tallada en la piedra y el descubrimiento les pareció muy lógico, pues era comprensible que la población se ubicara cerca de tan hermoso paraje con agua

fresca. Se prepararon mentalmente para lo que sería un encuentro decisivo y, después de darse un abrazo, empezaron a subir la escalera con la lentitud con que un condenado camina hacia el cadalso.

X

Tras los últimos escalones, se reveló ante ellos un complejo de estructuras de roca que no se parecía a nada que hubieran visto antes. Había paredes, ventanas y arcos hechos de una piedra que daba la impresión de haber sido fundida y modelada en ese estado; curvas suaves que se mimetizaban con los contornos de la montaña; detalles y patrones que daban forma a una ciudad muda, con enormes promontorios similares a colmenas, atravesados por pasadizos que desembocaban en pequeñas terrazas.

Asombrados como estaban, les tomó varios minutos percatarse de la inmóvil figura que los observaba a pocos metros de distancia. Por fortuna Sebastián fue el primero en notarla y le ahorró el sobresalto a Carlos, a quien le instruyó arrodillarse mostrando las palmas de las manos. La señora era negra, muy

vieja y estaba completamente desnuda. Se acercó, se sentó en cuclillas y con dulzura le regaló un mango a cada uno.

Con mucha cautela, Carlos tomó la iniciativa en la comunicación. Por medio de muecas logró explicar que entendían que no debía hacerse ruido y la mujer ensayó un gesto de aprobación, abriendo la boca y mostrando, para horror de los recién llegados, que le habían mutilado la lengua. Sonrió mostrando los pocos dientes que le quedaban e inició una compleja secuencia de señas con el rostro y las manos. La repitió varias veces, cada vez más lento, hasta confirmar que no tenía caso insistir, pues los foráneos no tenían noción de ese lenguaje. Entonces se levantó, hizo una última seña y se retiró dejándolos solos, sentados en el piso, sin saber qué hacer.

Transcurrió más de una hora y no se atrevieron a moverse. Se limitaron a observar el asombroso entorno y por momentos se preguntaron si lo que tenían enfrente en verdad era una ciudad o si se trataba del más insólito de los caprichos de la erosión. Aunque no se veían habitantes, el sitio no parecía abandonado; de hecho, tenían la sensación de ser observados. En varias ocasiones creyeron ver con el rabillo del ojo que algo se movía, pero al voltear solo encontraban otro lugar vacío. A pesar de lo

incierto de la situación, habían reemplazado el miedo por la urgencia de avisar, a quien ahí viviese, que un bombardeo se aproximaba y que era necesario escapar lo más pronto posible.

La anciana reapareció cargando un libro que resultó ser una biblia antiquísima, de páginas amarillentas y en un envoltorio de cuero marrón. La abrió con mucha propiedad y les señaló un versículo que decía: “¡Sé bienvenido! Yo me haré cargo de todo lo que necesites”. Apenas podían creerlo, tenían miles de preguntas y ahora existía la posibilidad de obtener respuestas... Pero era necesario empezar por lo urgente. Sebastián tomó la biblia y con torpeza buscó el pasaje de Sodoma para apuntar con el dedo: “El Señor hizo llover fuego y azufre”, mientras Carlos hacía ridículas mímicas simulando aviones, bombas y explosiones. La anciana estaba asustada y luego se puso furiosa. Les arrebató la biblia, los jaló por un brazo y los condujo hasta una enorme piedra en cuya base había una ranura que servía de acceso a dos camarotes tallados en la roca. Luego les indicó Números 22:8: “Quedaos aquí esta noche y yo os responderé según lo que el Señor me ordene”, y se retiró de inmediato.

La abrupta despedida los dejó angustiados; después de todo, no sería la primera vez que alguien ejecutara a los mensajeros de

malas noticias. Pero como no quedaba más que esperar, tomaron sitio en los camarotes y una vez recostados se llevaron la sorpresa de que eran mucho más cómodos de lo que podría suponerse; además, el rumor de la cascada se fundía con otros sonidos suaves y agradables en lo que parecía un arrullo de la naturaleza. Sin embargo, eso no bastaba para que pudieran conciliar el sueño. Temían a sus anfitriones, pero temían aún más ser abrasados por el fuego de las bombas y desaparecer junto con la ciudad y sus enigmas. Sebastián repasaba mentalmente todos los libros de historia que había leído y encontraba tan recurrente la brutalidad de los tiranos que se preguntó si acaso todos eran el mismo, que retornaba una y otra vez como adversario de todo lo que es bello. Pero la belleza no era inofensiva en este lugar, estaba dando batalla y no se resignaba a dejar de existir. Aunque Carlos y él llegaron siguiendo un rastro de sangre y cuerpos despedazados, juzgaba que no había derecho a reclamos porque a los nahuales nadie les dio otra opción. “Deben enfrentarnos a los que habitamos más allá de la barrera de árboles, porque nuestra voracidad es tanta que ni el mundo entero nos bastó y no nos detendremos mientras no nos detengan”, pensó amargamente.

XI

Con el tenue resplandor de la mañana salieron de sus agujeros para encontrar que la señora ya estaba esperándolos, otra vez sonriente y con las manos cargadas de frutas que entregó como tesoros: limón dulce, guayaba e higos. Los huéspedes no podían evitar enternecerse ante el evidente esfuerzo de su anfitriona, quien después del desayuno simplemente se retiró. De nuevo se quedaron sentados sin saber cómo actuar. No querían cometer un error que desafiara las costumbres de ese lugar extraño; pero el tiempo apremiaba y era necesario empezar la evacuación de quien ahí viviese.

Sebastián se puso de pie y Carlos lo siguió. Caminaron hacia una enorme pared con decenas de agujeros que parecían ser ventanas y al acercarse advirtieron la boca de una cueva que se prolongaba como un sinuoso pasadizo dentro de la roca; por momentos subía en espiral, luego bajaba en escaleras y conectaba con enormes galerías. La luz que entraba por las ventanas proyectaba sombras de personas que se escabullían para evadirlos. Los exploradores apresuraban el paso para encontrarse, una y otra vez, con espacios vacíos. Al fin alcanzaron la cima del peñasco y vieron un paisaje impresionante. Era como estar en una isla en medio de un

mar verde y desde ahí pudieron observar varias siluetas que caminaban entre las rocas. Estuvieron a punto de gritarles, pero afortunadamente contuvieron el impulso. Se apuraron a bajar, pero ya no había nadie. No lograban comprender esa ciudad sin ruido, sin comercio, sin basura y sin niños.

Su anfitriona reapareció con la biblia en la mano e hizo señas que parecían regaños. No estaba contenta con las excursiones de los visitantes. Los guió a sus aposentos y al pie de la roca vieron siete mochilas negras. Algunas desgarradas, otras húmedas y varias con manchas de sangre. Sintieron escalofríos y no se atrevieron a pensar mucho; agradecieron el singular regalo y procedieron a darse un banquete con las provisiones que ya de nada servirían al extinto comando Tarántula.

Señalando palabras sueltas y fragmentos de versículos, la anciana intentó relatar su historia, que resultó bastante incoherente para los foráneos. Afirmaba tener trescientos años de edad y haber sido traída al país en un barco de esclavos. Escapó, corrió perdida por meses, y encontró este lugar. Cuando lo entendió todo, decidió quedarse para cuidar de “ella”, como los demás, porque ninguno ha nacido aquí.

Sebastián estaba muy ansioso, pero escuchó pacientemente el relato tratando de ganar más confianza antes de volver a mencionar el tema del bombardeo y la evacuación. Tomó la biblia y entre gestos y letras logró preguntar: “¿Cuidar-ella? ¿Quién es 'ella'?”. La anciana encontró en Eclesiastés las palabras para su respuesta: “La-que-siempre duerme”, y luego agregó: “Y nunca-debe-despertar-por eso-guardar silencio”. Intrigado, Carlos consiguió expresar con señas: “¿Y si despierta qué pasa?”. La mujer abrió la biblia en Apocalipsis y colocó el dedo índice bajo una sola palabra: “Fin”.

No podían distraerse más. Sebastián hizo mímicas para nuevamente describir bombas, fuego y destrucción; y la mujer, esta vez con tranquilidad, señaló Macabeos 13:13: “Con ayuda del Señor, solucionarás la situación sin esperar a que el ejército del rey invada”. Lo curioso es que tocó varias veces la palabra “Señor” y puso la mano sobre el hombro de Carlos, quien, sintiéndose aludido, preguntó qué debía hacer. “Tú-le dirás-a ella-en voz baja-la ciudad donde-reina-el enemigo”. La anciana indicó cuatro veces la misma secuencia de palabras, para no dejar lugar a dudas.

XII

Durante algunas horas especularon y trataron de encontrarle sentido al inusual intercambio con la mujer, a quien empezaron a creer loca; aunque luego de pensarlo mejor, cada uno dudó también de su propia salud mental. Al cabo, tomaron la decisión de partir a la mañana siguiente, con o sin los lugareños, porque estaban seguros de que Ramsés Farid no conseguiría seguir retrasando el ataque. El fracaso de su expedición los afligía. Tras haber arriesgado tanto, todo indicaba que saldrían de ahí sin gente y sin respuestas. Frente a ellos habían eliminado al comando mejor entrenado de Nicaragua y no tenían idea de cómo. Ni siquiera poseían algo que pudiera conservarse como recuerdo de ese grupo humano que estaba a punto de ser borrado de la faz de la Tierra. Nadie nunca sabría que esa gente, que durante siglos logró defenderse del mundo exterior, alguna vez había existido.

Eran los últimos atardeceres de cada árbol, cada animal y cada ser humano que habitaba ese lugar; Carlos no pudo contener las lágrimas y casi abraza a la anciana cuando llegó a pedirles que la siguieran.

Escalaron un promontorio para llegar a la boca de una cueva y luego avanzaron por un largo pasillo de contornos pulidos, que gradualmente bajaba hasta una cámara esférica con varios agujeros en las paredes. La mujer les orientó que se acostaran en el piso y esperaran. Así pasaron varios tensos minutos, seguros de que eran observados desde los huecos de las paredes, hasta que su anfitriona se acercó con expresión de alivio, les indicó que se pusieran de pie e hizo reverencias hacia los cuatro puntos cardinales. Continuaron su camino por un muy estrecho y corto túnel que desembocó en un enorme espacio de contornos curvos con marcados estratos de roca roja. La luz se filtraba tenue desde lo alto de la cámara, que parecía elevarse tan alto como una catedral.

Sujetándolos por una mano, la anciana les señaló las numerosas inscripciones escritas en la pared del costado. En decenas de idiomas, todas expresaban lo mismo:

“EL UNIVERSO ES UN SUEÑO DE ELLA”

Entonces la vieron. Dentro de un nicho se hallaba lo que parecía ser una bebé dormida. Su tono era marrón, como la arcilla, y de su cuerpo brotaban raíces que se extendían por las paredes. De su boca salía un tallo delgado que subía muchos metros hasta

perderse en una de las oquedades por las que entraba luz. Pero lo más inquietante era su tórax, que se expandía y contraía con cada respiración, y sus pequeñas manos, que apretaban las raíces para luego soltarlas.

La anciana miró a Carlos que, obediente, se acercó a la bebé y le susurró al oído, con extrema delicadeza, “el nombre de la ciudad donde reina el enemigo”: Managua.

XIII

Al alba estuvieron listos para partir. Su anfitriona los acompañó hasta el inicio de una angosta vereda y les señaló Génesis 28:15: “Yo estoy contigo y te cuidaré por dondequiera que vayas y te haré volver a esta tierra”. Lloraron al leer la cita y de nuevo trataron de convencerla de irse con ellos; pero la mujer sonreía mientras les tocaba las caras y se mojaba los dedos con las lágrimas de ambos hombres.

Vieron muchas veces hacia atrás durante la silenciosa caminata de dos días. Esperaban que alguien se hubiera decidido a escapar del exterminio, pero no fue así. Avanzaron sin sorpresas, sin contratiempos y sin respuestas. En las mochilas encontraron provisiones de sobra y durante la noche pudieron descansar

reconfortados por la promesa que les hizo aquella anciana. Lo que no conseguían sacarse de la mente era esa cosa que parecía un bebé, a quien esta antigua cultura le adjudicó la inconsciente autoría de todo lo que existe. Cada estrella, cada galaxia, cada planeta, cada persona viva, muerta o por nacer no eran más que una imagen dentro del frágil sueño de algo que dormía en la remota selva de un país irrelevante. Esta idea absurda había logrado anidar en sus cabezas, junto con la angustia de que repentinamente el universo entero pudiera simplemente dejar de ser. El fin tal vez era algo insospechadamente cercano, a un último error de distancia.

En el caso de Carlos, también lo estremecía el recuerdo de lo cerca que había estado de la criatura. No conseguía olvidar y tampoco explicar el singular momento en que musitó las tres sílabas del nombre de su ciudad natal: Ma-na-gua. Lo hizo con dolor, con vergüenza, como perpetrando una traición, como delatando a un amigo. El susurro que salió de su boca se sintió trascendental, aunque no pareció tener más efecto que el de incomodar levemente a aquella cosa que, en medio de su letargo, frunció el ceño y agitó sus manitos.

En la mañana del tercer día llegaron a la barrera de árboles, tiraron las dos mochilas que cargaban y acordaron decir que habían estado extraviados. Cruzaron el muro y lo primero que vieron fue a los soldados terminando de desmontar el campamento. Al mirarlos salir ilesos de entre los árboles, varios militares comenzaron a persignarse. No daban crédito a sus ojos, pero no se atrevieron a hacer preguntas y se limitaron a murmurar sobre la proeza de los supervivientes.

Un helicóptero estaba a punto de partir, se acercaron y el piloto los reconoció. Sin apagar la máquina bajó para decirles, procurando que nadie más escuchara: “Hace días el señor Farid me preguntó por ustedes. Estará muy contento de saber que están vivos. Súbanse rápido, aprovechemos que esto es un caos”. Después indicó a los soldados apretujarse para hacer espacio a bordo. No reclamaron. Durante el vuelo imperó una inusitada tristeza, los militares iban cabizbajos, ninguno trató de hablar y hasta parecían llorar por turnos.

Aunque el ambiente lúgubre le resultó decididamente extraño, Sebastián guardó silencio. Lo mismo hizo Carlos. Comprendieron lo que ocurría hasta que empezaron a sobrevolar la capital: un devastador terremoto había destruido Managua.

El ángel

El terremoto sorprendió al brujo Leónidas Caronte en su lujoso despacho. Atrás habían quedado los tiempos de su pequeña casa en Diriomo, ahora era huésped de honor permanente en el complejo habitacional de la primera dama. Sus labores de asesor místico requerían absoluta disponibilidad y, por otra parte, la sensible información que manejaba ameritaba que estuviese siempre vigilado.

Hacia dos años su vida había quedado indisolublemente ligada al poder; luego de que la primera dama sobreviviera al cáncer gracias a que él logró persuadirla de seguir un tratamiento médico científico, aunque complementando cada sesión de quimioterapia con aparatosas invocaciones a dioses y espíritus que demandaban sacrificios de animales. También resultaba notable el lugar que adquirió en el imaginario colectivo nacional: la población lo percibía como una siniestra entidad

omnipresente, un arma aún más temible que los guardias armados desplegados en las calles.

No era la primera vez que enfrentaba un temblor. Creció en Masaya, al pie de un volcán, y desde niño lo acompañaba la idea de que todos hacemos nuestras vidas y construimos nuestras casas sobre el lomo de una descomunal bestia que a veces siente comezón. El suelo se empezó a mover bajo su silla, las baldosas se levantaban al paso de las ondas y los libros de esoterismo caían de sus anaqueles; las lámparas que colgaban del techo se columpiaban con violencia y los ventanales se rompían. Pero Leónidas no se agitó ni un instante. Permaneció sentado, sujetando la mesa, hasta que el suelo volvió a su habitual apariencia de firmeza y los objetos estuvieron nuevamente en reposo.

Minutos más tarde la primera dama irrumpió en su despacho, fuera de sí y rodeada de escoltas. Les gritó a sus guardias que la dejaran a solas con Caronte y, con expresión de derrota, se dejó caer en un sillón.

—Lo sentiste, ¿verdad? ¡¿Verdad?! Este terremoto fue distinto a todo. ¡¿Sentís la agitación en el mundo espiritual?! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. No fue solo la tierra lo que se

estremeció, también la atmósfera, el karma y el tiempo. ¡Este terremoto fue solo el anuncio! —La voz le temblaba— ¡El verdadero cataclismo está por venir! Tenemos que enfrentarlo, hay que empezar a trabajar ya.

Ver a la primera dama en semejante estado de pánico lo puso nervioso; pero el brujo se las arregló para fingir que entendía y, sutilmente, intentó obtener instrucciones precisas.

—Señora, claro que he percibido la alteración en el mundo espiritual, pero usted no tiene nada que temer —dijo con toda la serenidad que fue capaz de mostrar—. Sabe que no hemos escatimado en escudos para su protección, usted y su familia están a salvo, tenemos blindada la nación entera con árboles de la vida y otros amuletos. Sus enemigos nunca podrán alcanzarla —prometió con una seguridad que no sentía.

La mujer empezó a sollozar. Aunque estuvo a su lado en los momentos más duros de su tratamiento, Leónidas nunca había atestiguado semejante muestra de vulnerabilidad. Más allá del miedo y el desprecio que le inspiraba, no pudo evitar compadecerla. Parecía temerle más al fin de su reinado que a la muerte.

La primera dama dejó de temblar, se secó las lágrimas y lo miró a los ojos.

—¡Ellos son nuestros! ¡Los quiero a todos luchando por mi familia, defendiendo a la revolución! —ordenó—. ¡Quiero que usted se encargue de invocar a cada caído, a cada mártir, a cada muerto! ¡Ellos nos pertenecen y toca recordárselos!

Leónidas comprendió lo que tenía que hacer. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

II

Desde el aire el asfalto de la pista de aterrizaje parecía una resquebrajada capa de caramelo. A medida que descendían se percataban de la verdadera magnitud de las grietas: enormes acantilados de tierra desnuda que se sumergían en oscuras profundidades. El Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino se había convertido en un cementerio de aviones, algunos intactos, abandonados sin poder despegar; otros volcados, a medio engullir por el suelo.

Aterrizaron al lado de otros helicópteros sobre un maltratado pastizal. Las labores de descarga de ayuda humanitaria eran

intensas, por eso en cuanto tocaron suelo los militares hicieron señales de despejar la zona. Nadie hizo preguntas.

Carlos Reyes y Sebastián Contreras bajaron con la mirada perdida y avanzaron sin decir palabra, como sedados, sobre lo que quedaba de la Carretera Norte. A ambos costados había gente removiendo escombros, cocinando entre el humo, durmiendo bajo toldos improvisados y a medida que oscurecía se escuchaba más fuerte el murmullo de los rezos alrededor de las fogatas.

Carlos cayó de rodillas y empezó a llorar.

—Fui yo, viejo. Fui yo, es mi culpa, yo invoqué este desastre—gimió.

Sebastián lo levantó de un brazo.

—No tenemos tiempo para esas locuritas. Ahorita lo que me importa es saber si la Caterina está viva. Vos no tenés culpa de nada. No es posible, es una coincidencia. Siempre ha habido terremotos, y más en Managua, son cosas de la naturaleza—le dijo, pero de inmediato se sintió deshonesto y, después de una breve pausa, prosiguió—. Sí, es una tremenda coincidencia, asusta, lo admito... Mirá , yo no sé qué putas vimos en esa selva, pero no voy a dejar que me vuelva loco. No voy a pensar más en eso. Te recomiendo que hagás lo mismo... ¡Ah! Y no le des chance

a la culpa, la culpa te jode, sé de lo que te hablo. ¡A la verga la culpa! Nadie gana con eso. Enfocate, busquemos a tu familia. ¿Dónde viven? Nunca me has dicho nada de ellos.

—Pues nunca preguntaste.

—Quien quiere hablar de su familia, habla de su familia. Además, sos bien rarito y la gente así generalmente tiene traumas familiares.

Carlos suspiró, exasperado.

—¿Qué tengo de raro? ¿Cuál es mi problema? ¿Que no soy un fósil machista como vos? No tengo ningún trauma, soy normal en este país. De mi papa no sé mucho, no lo recuerdo. Vos sabés, lo mismo de siempre, se fue a comprar cigarros. —Soltó una risita irónica—. Mi mamá vive en Estados Unidos, le salió una oportunidad, luego conoció a alguien, se casó, le va bien. Mi abuela me crió, pero ya murió. Una vez te hablé de mi abuela, buena gente la roquita, no usaba celular, así como vos.

—Al menos tu mamá está a salvo —dijo Sebastián, en un torpe intento por reconfortar al muchacho.

—Yo nunca me quise ir a Estados Unidos. Siempre dije que no quería ser un estorbo para mi mamá, pero la verdad es que me

daba miedo irme. Qué estúpido... Si hay un país que debería dar miedo, es este.

III

Managua, una ciudad enana. Desde el terremoto de 1972 nunca terminó de recuperarse y, medio siglo después, se volvía a derrumbar sin oponer mucha resistencia, aplastada por el peso de su precariedad. Era inevitable sentir nostalgia y también algo parecido a ese pesar que persiste cuando se muere alguien a quien le quedamos debiendo afecto. Históricos puntos de referencia yacían desfigurados por el colapso estructural y en aquella ciudad irreconocible los capitalinos constataron la tremenda carga de memoria que guarda la arquitectura, escenario de nuestra existencia. Todavía ardían los incendios y no terminaba de asentarse la polvareda de los escombros, pero ya los días preterremoto parecían lejanos. Tras un cataclismo el pasado se percibe más feliz y más distante que nunca.

La casa de Caterina Centeno se hallaba en uno de los barrios orientales; fracturada, pero en pie. Un grupo de vecinos estaba reunido en la acera y varios reconocieron a los hombres que se acercaron saltando piedras y alambres.

—Yo lo conozco, usted es Sebastián Contreras, el novio de la Caterina. Y este muchachito debe ser el famoso Charly Kings que sale en el Facebook. Ella está en Costa Rica, le estamos cuidando la casa —dijo una señora gorda y bonachona que estaba sentada en una silla plástica—. Ni con el susto del terremoto se le pasó la preocupación por usted, no quería irse por esperarlo pero las primas se la vinieron a llevar a la fuerza. —Se sacó un celular de entre los pechos—. Aquí le dejó este número para que la llame. Sebastián empezó a balbucear explicaciones, negando el supuesto noviazgo, pero otra señora lo interrumpió.

—Nosotras le dijimos que no estuviera preocupada, que a usted nunca le va a pasar nada porque usted es un valiente—dijo con tono pizpireto y una mano en la cintura—. El gran Cazador de Monstruos Nicas. Bien guapo, por cierto.

—¡Ideay, doña Coco, le está tirando el fustán al hombre! —exclamó un vecino.

—¡A quemarropa! —agregó otro.

El grupo estalló en risas y después en incontrollables carcajadas. Por unos minutos todos allí se olvidaron de la tragedia e inconscientemente celebraron estar vivos.

IV

Leónidas Caronte se había refinado en las artes ocultas y en sus dos años al servicio de la pareja presidencial condujo decenas de grandes ceremonias rituales; sin embargo, lo que la primera dama solicitó después del terremoto sobrepasaba no solo cualquier cosa que hubiera hecho, también cualquier cosa que hubiera imaginado. Por un momento se detuvo a analizar la escena que él mismo protagonizaba y sintió que habían rebasado cualquier límite.

En un enorme galerón industrial el gobierno había almacenado más de diez mil cadáveres recuperados entre los escombros de la ciudad. Dos palas mecánicas apilaron los cuerpos formando una montaña de hediondez que casi llegaba al techo. Salvo el presidente, todo el gabinete y altos funcionarios del régimen y del partido debían estar presentes: ministros, viceministros, diputados, operadores políticos, todos desnudos al igual que la primera dama. Tomados de las manos formaron un círculo alrededor de la pila de cadáveres. El hedor era insoportable. El gas en el interior de los cuerpos inflamaba tejidos que al reventar liberaban pestilencia y pedazos de carne agusanada se desprendían para rodar desde lo alto hasta los pies descalzos de

algún funcionario. El piso estaba empapado y pegajoso, con charcos de sangre coagulada y toda clase de fluidos corporales descompuestos.

Cada persona en ese recinto se sabía cuidadosamente observada. El régimen mantenía la cohesión desde la amenaza y la vigilancia permanente ejercida por todos para el control de todos. Cualquiera podía ser un delator, así que nadie se daba el lujo de manifestar reticencia ante las tareas asignadas. Serviles de profesión, sabían disimular sus dudas, su angustia y su asco. Se daban valor gritando consignas, vitoreando a su ausente líder y adulando a la primera dama. Todos mostraron ser capaces de vomitar sin abrir la boca y, sonriendo, volvían a tragar.

Desde un altar, Caronte recitaba algo en lo que parecían ser lenguas antiguas, para luego gritar en español:

—Escuchen todos los aquí presentes, difuntos y vivos, ni la muerte los exime de seguir luchando por el gran proyecto revolucionario. Nuestro gran líder y su consorte nos guían, en este plano de vida y en el siguiente. —Con una mano sostenía un libro abierto, mientras con la otra hacía grandes aspavientos—. Vivos y muertos hoy juramos luchar en la guerra que se avecina.

Vende patrias hambrientos de poder planean dar marcha atrás a las conquistas del pueblo, pero no lo permitiremos.

—¡Hasta la muerte y después de la muerte, el comandante y la compañera para siempre! —gritaron en coro los funcionarios, para luego, tal y como instruía la primera dama, abrir los brazos y abalanzarse contra la pila de cadáveres.

El brujo combinaba rezos con delirantes alabanzas políticas y frases en un idioma inventado por él mismo; pero el nivel de absurdo era tal que temía no estar siendo convincente. Desesperado por ocultar su ya indisimulable repulsión y hartazgo, decidió también revolcarse entre los muertos. Sumergió la cara para vomitar entre la carne putrefacta mientras trataba de pensar en otra cosa, y de la nada vino a su mente la lista de los que estaban obligados a asistir. Un detalle lo asaltó: “Aquí falta Ramsés Farid”.

V

“Pero niño, mirate las manos”, le dijo una viejita a Carlos, que no dejaba de apartar escombros. El muchacho se había entregado con tal ahínco a las labores de rescate que ignoraba el dolor; lo único que deseaba era salvar cuantas vidas fuera posible. Llevaba

todo el día sin comer y si había bebido agua, fue casi obligado por sus compañeros. Sebastián estaba en las mismas. La gente los veía como celebridades y se sentía motivada por su dedicación. Era impresionante la velocidad con que se movían los escombros en las áreas donde trabajaban. Periodistas y youtubers que llegaron a cubrir las labores de la que llamaban “cuadrilla de los monstruos”, señalaban que tenía un récord en rescate de sobrevivientes; y muchos ciudadanos viajaban desde otros departamentos del país para aportar víveres y trabajar hombro a hombro con el Cazador y Charly Kings.

Sin embargo, la noticia de la que se hablaba cada vez más eran los asaltos a los almacenes de víveres del partido de gobierno. Las estructuras del régimen establecieron un sistema de administración de las donaciones internacionales: una parte era etiquetada con propaganda de la pareja presidencial y regalada a su militancia, y otra porción era vendida en el mercado negro; pero en la última semana tres centros de almacenaje habían sido atacados por una enigmática agrupación que extrajo las provisiones y las entregó en iglesias para su distribución gratuita. Cuando la censura gubernamental reaccionó, la información ya circulaba en las calles y los testimonios de los sobrevivientes

causaron conmoción en todo el país. Se decía que los atacantes eran fantasmas, o al menos lo parecían, pues sus rostros estaban cubiertos por capuchas cónicas blancas y vestían algo similar a túnicas. Pero, fantasmas o no, por la eficacia de sus acciones era evidente que contaban con entrenamiento táctico militar avanzado.

El *modus operandi* era rápido, preciso y sin margen de error. Los guardias no escuchaban ruido y, cuando se percataban del ataque, ya los estaban apuntando por la espalda con armas de alto calibre. En ningún caso tuvieron oportunidad de dar la voz de alarma, mucho menos de defenderse. Desarmados y amordazados, los agrupaban junto con el resto del personal del almacén; y a partir de este punto lo que habría podido ser un simple robo tomaba un cariz mucho más siniestro.

El líder de los atacantes solicitaba a los rehenes arrodillarse y rezar. Era una oración en la que todos pedían perdón a Dios por los pecados cometidos y los que estaban a punto de cometer. Terminado el rezo, uno a uno los prisioneros eran elevados cabeza abajo, con los pies y las manos presionados contra la pared. Acto seguido una tríada de captores les perforaba las

extremidades, utilizando taladros industriales, para luego anclarlas con pernos.

Una vez que todos los rehenes se hallaban crucificados, eran interrogados individualmente, y no se salvaban ni los que se desmayaban de miedo o de dolor, porque el líder los reanimaba asestándoles las bofetadas necesarias. “¿Renuncia usted a servir a la pareja satánica para entregarse a Dios, nuestro señor, representado en esta tierra por su emisario el ángel?”, preguntaba después en un tono lineal, desprovisto de cualquier emoción, como quien lee la lista de compras del supermercado o las instrucciones del champú.

A quienes se rehusaron a servir al ángel se les hizo un fino corte en la tráquea para que lentamente se ahogaran con su propia sangre. A los que aceptaron su “bautismo” y declararon arrepentimiento se les marcó el símbolo de la letra Omega en la cara, usando metal incandescente.

La crueldad de los “Soldados del Ángel”, como los asaltantes se hicieron llamar, no impidió que su popularidad creciera a toda velocidad. Su símbolo aparecía en los muros de cada barrio, asentamiento y residencial de la ciudad, pese a que el gobierno destacó brigadas policiales cuya única función era la de colocar

pintura negra sobre cualquier expresión gráfica subversiva. Decenas de tropas fueron desplegadas, además, con la orientación de apresar a todo ciudadano que resultara sospechoso; pero la gente seguía acudiendo a las iglesias para retirar paquetes de comida, mostrando una gratitud desmedida a párrocos y pastores, a quienes consideraban la cara pública del “comando que Dios envió para hacer justicia en Nicaragua”. Los líderes religiosos trataban de mantener distancia condenando la violencia, pero no se atrevían a incumplir la labor encomendada por el grupo del ángel; algunos por temor a represalias, otros porque de verdad creían que se trataba de una intervención divina.

Día a día la tensión se incrementaba y el régimen no parecía tener una estrategia clara para enfrentar la situación. El secretismo estatal propiciaba los más fantasiosos rumores, afectando la moral de los partidarios del gobierno, quienes furtivamente culpaban a la primera dama y su brujo de haber causado la ira de Dios. Estos rumores se dispararon cuando, en un arrebato, la Policía decidió incautar provisiones en una iglesia y a las dos horas aparecieron los cuerpos de nueve agentes crucificados cabeza abajo sobre una valla publicitaria. Encapuchados blancos

se encargaron personalmente de distribuir los víveres recuperados en el sector más pobre de la capital. Fueron recibidos como dioses.

VI

El brujo Caronte procuraba usar su influencia para estar bien informado. Era consciente de que en el país se estaba dando un cambio en la correlación de fuerzas y teorizaba sobre cómo podría evolucionar la situación. Sabía que el grupo fundamentalista religioso debía verlo como uno de sus principales adversarios y que, tarde o temprano, los encapuchados vendrían por él.

Reconocía, también, que el acertado presentimiento de la primera dama lo había sorprendido. "Cuando se agitó la tierra, efectivamente se desataron extrañas fuerzas, y esta mujer se dio cuenta", pensaba, todavía asombrado. Igual que el terremoto, el grupo del ángel estaba logrando que lo que antes lucía firme e inamovible empezara a mecerse y resquebrajarse.

Cada noche el brujo dormía menos. Aunque tenía mucho miedo, lo que más lo desvelaba era la ansiedad. Ya no parecía importarle lo que le deparaba la suerte; lo único que pedía era que ocurriera rápido. Por eso, cuando en el bolsillo de una túnica recién lavada

descubrió un papel doblado, más que otra cosa, sintió alivio. Respiró hondo y leyó la nota:

“Ya es tiempo de volver a casa”.

Debajo de esa única línea se veía el inconfundible emblema del ángel, marcado con tinta dorada. Leónidas se recostó en el piso y miró el techo durante horas, recapitulando su existencia. Vívidamente pasaron ante sus ojos esos días de infancia en los que correteaba por el mercado de Masaya y se quedaba fascinado mirando máscaras de agüizotes; recordó a su madre y se imaginó sentado junto a ella, rodeado de coloridas verduras en el tramo, sobre un banquito de madera, escuchando cuentos y chistes. Después pensó en los viajes de su época de camionero, cientos y cientos de viajes, miles de kilómetros monótonos con alguna vista fortuita que le devolvía el amor por el camino. Y finalmente reconstruyó en su memoria el período más feliz de su vida, sus años como brujo de pueblo, un inocente chiste que disipaba las rencillas entre gente pobre. Entonces se sintió satisfecho de todo lo que fue antes de que la sombra del verdadero mal se posara sobre él y lo apresara ahí, entre acabados finos y sirvientes. Era

tiempo de volver a casa, de alguna manera el ángel había conseguido leerle el alma, atisbar la culpa en sus ojos opacos y encontrar al frágil hombre escondido entre túnicas, calaveras y amuletos.

Después de quemar el papel salió por la puerta frontal de la casa. Su escolta lo esperaba y con diligencia llamó al chofer, que llegó con el carro. El brujo hizo una señal y el vehículo emprendió un abrupto viaje por fracturadas calles a medio reparar. Después de un rato pidió que se detuvieran. “Muchachos, les voy a pedir un favor, créanme que lo hago por su bien”, dijo con voz serena y firme, para ser más convincente. “Quiero que me dejen aquí y ustedes váyanse directo a sus casas y escapen con sus familias. Váyanse lejos y no le digan a nadie. Yo sé que su trabajo es vigilarme, pero hoy los van a matar si no se van y yo no quiero que sus hijos sean huérfanos”. El chofer y el escolta se miraron sorprendidos, titubearon por un instante hasta que uno se atrevió a decir: “Mucha suerte, don Leónidas”. No hubo preguntas. En cuanto el brujo puso sus pies en el camino, fue bañado por la estela de polvo que dejó el carro al arrancar.

El viejo se despojó de su disfraz y guardó todo en su bolso, una de las pocas cosas que conservaba de su natal Masaya. Disfrutó de

volver a ser un don nadie que caminaba tranquilo con dirección a Diriomo.

VII

La reciente experiencia en la selva había tenido un profundo impacto en Sebastián. “¡La realidad es real!”, se decía a sí mismo cuando, levantando escombros, la solidez de la materia le parecía incuestionable y, más aún, cuando recuperaba cuerpos destrozados. Abría y cerraba las manos llenas de ampollas, tratando de no dudar de su propia existencia; pero también consideraba que los átomos son solo vibrante espacio vacío y que quizás esa es la mayor evidencia de la farsa del mundo material. Luego repasaba su experiencia en el Cerco de los Nahuales para terminar sintiendo miedo de que en cualquier instante se apagara la luz del universo.

Últimamente temía tanto por su salud mental que se preguntó si alucinaba cuando una madrugada, mientras se lavaba los dientes al lado de su tienda de campaña, un niño le colocó en la mano un papel con el signo de la Omega y luego corrió para perderse entre los escombros. Tardó varios segundos en reaccionar y, todavía con el cepillo en la boca, leyó:

“Maldito sea el sirviente que entierra sus talentos”.

Se levantó de inmediato para romper y quemar la hoja en el fuego donde se preparaba el café. Lo último que necesitaba era que la Policía lo relacionara con la secta del ángel. El Estado había redoblado acciones represivas y los interrogatorios, las torturas y las desapariciones eran el menú de cada día.

El mensaje parecía aludir a la parábola bíblica de los talentos y Sebastián lo interpretó como una velada, y un tanto amenazante, solicitud de colaboración. Meditó cuál debía ser su proceder y llegó a la conclusión de que ese violento grupo subversivo le resultaba tan detestable como el propio régimen y que su deseo era que se exterminaran entre sí. No tenía ninguna intención de intervenir y continuó con sus rituales matutinos hasta que un recuerdo lo sobresaltó: “¡Carlos!”.

Corrió hacia la tienda donde dormía el joven y la colchoneta estaba vacía. Levantó la almohada y encontró una nota:

“Catedral”.

Haciendo un enorme esfuerzo recuperó la calma. Estaba consciente que para salvar la vida del muchacho era necesario mantener la cabeza fría.

VIII

La catedral de Managua, construida a finales del siglo XX, evocaba una combinación entre mezquita y búnker. Sus paredes de concreto desnudo daban una sensación de indestructibilidad; por eso resultaba aún más impresionante el colapso de la entrada principal y de toda la hilera central de cúpulas. Desde los costados de la enorme abertura, brotaban varillas de acero deformadas que parecían suturas rotas en una herida que partía al edificio por la mitad; pero a pesar del daño en el eje central, el resto de la estructura estaba relativamente intacto. Alrededor había pilas de escombros cuya distribución, si se observaba con cuidado, delataba su propósito de servir como barricadas.

Tanto la plaza al frente del templo como los campos circundantes lucían sospechosamente desiertos. No se veían campamentos de refugio, ni transeúntes, ni vagabundos. Sin embargo, Sebastián se sabía observado. Caminaba lento, mostrando las manos,

sorteando los obstáculos en el suelo y en dirección a donde alguna vez estuvo la puerta principal.

Cuando entró al edificio se hizo evidente que el lugar no estaba abandonado; a diferencia de lo que podía esperarse, se hallaba despejado y limpio, lo que aumentaba su majestuosidad. La luz que se filtraba a través de la fractura en el techo parecía formar un brillante sendero que conducía hasta el altar, donde había una enorme jaula.

Sebastián apuró el paso mientras repetía en voz cada vez más alta: “¡Carlos! ¡Carlos!”. Dos hombres estaban sentados sobre el piso, dentro de la jaula, y al escucharlo reaccionaron de manera extraña: sonriendo ampliamente y agitando las manos.

—¡No jodás! ¡Viniste! ¡No vas a creer con quien estoy jugando cartas! —exclamó Carlos en tono festivo, desde el interior de la jaula.

Estresado por el secuestro y la incertidumbre respecto a las intenciones de los captores, Sebastián encontró ofensiva la tranquilidad del muchacho, aunque fue un alivio confirmar que no lo habían maltratado.

—¡Comé mierda, chavalo hijo de la gran puta! —gritó mientras subía las escaleras del altar—. Yo pensé que estabas muerto y

ahora me salís con que estás jugando naipes con no sé qué viejo vago y piruca, hasta acá se siente el olor a níspero. ¿Qué está pasando aquí? ¿Es una broma de esas de tus shows basura de internet?

El relajado contrincante de Carlos se sacó el cigarrillo de la boca y tomó la palabra.

—Don Sebastián Contreras, no se imagina el gusto que es para mí conocerlo en persona —saludó sin prisas—. Le contaba a Carlos que yo he sido admirador de ustedes, eso de bajarse al cráter del volcán Masaya a pelear con un monstruo es algo que yo no hubiera hecho ni cuando era joven. Mis respetos a ustedes dos.

Sebastián lo reconoció.

—Ahora sí estoy confundido. ¿Qué hace usted aquí? —preguntó exaltado, apartándose instintivamente de la jaula—. ¡El siniestro brujo Leónidas Caronte en persona! No sé si usted esté siendo sarcástico, pero yo le digo de entrada que no le tengo ningún respeto. —Frunció los labios y arrugó la nariz—. De hecho, y perdone la palabra, usted es una mierda. Usted representa la mentira, la superchería, la manipulación, el valerse de la ignorancia de este pobre pueblo para asustarlo y esclavizarlo.

—Don Leónidas es buena gente —intervino Carlos alegremente—. Admito que a mí me daba miedo, pero cuando ya platiqué con él, face to face, me di cuenta de que es un roco tuani y que lo tengo que entrevistar para un Charly Kings Live. No te imaginás las cosas que este señor ha visto. La verdad es que platicar con él me ha inspirado y empiezo a sentir nuevamente el magic flow informativo. —Chasqueó los dedos de ambas manos—. ¡Don Leónidas, en cuanto tenga celular vamos a reventar las redes! ¡Charly King returns! ¡High five, bitches! ¡Uuuuuuh!

No hubo reacción, solo silencio. Entonces Charly advirtió la presencia de la fantasmagórica figura que ahora los acompañaba.

—Mi nombre es Lilith y por ahora no vengo a hacerles daño —dijo la encapuchada.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó, hostil, Sebastián.

—Lo que queríamos ya lo tenemos. Te agradecemos tu presencia.

—Qué bien, porque ya me voy. Denme al chavalo.

—La jaula no tiene candado y esta morada no tiene puertas. Son libres de retirarse, señores —respondió cortésmente, Lilith.

Extrañado, Sebastián confirmó que lo que la encapuchada decía era cierto y orientó al muchacho salir de inmediato. Carlos

obedeció, pero mientras se despedía del brujo, su amigo lo interrumpió con un brusco:

—¡Shhhhhhhhhh!

Se escuchaba un zumbido, al principio muy lejano, que se acercaba con rapidez.

—¡Hijos de puta! ¡Caí en su trampa! —gritó Sebastián, furioso.

Lilith ordenó sin alterarse:

—Brujo, póngase sus atavíos. Ustedes dos, manténganse vivos.

IX

Dos helicópteros de combate sobrevolaban la catedral y centenares de policías estaban cercando el perímetro. Carlos se agarraba la cabeza con angustia y Sebastián trataba de entender por qué los habían envuelto en semejante situación. Los Soldados del Ángel salían de todas las puertas y los rincones del templo, se repartían armamento y tomaban posiciones de combate.

Un encapuchado se acercó a Contreras para entregarle un fusil de asalto. "Señor, será un honor luchar a su lado", dijo con una reverencia.

Sebastián vaciló antes de tomar el arma, evaluó sus alternativas y comprendió que entregarse a la Policía no era una opción. Nunca

les creerían que estaban ahí contra su voluntad y los torturarían hasta matarlos. Por otra parte, sabía que no tenían oportunidad de ganar ese combate; bastaba con la artillería de los helicópteros militares para fulminarlos y, como si eso no hubiera sido suficiente, centenares de policías estaban listos para entrar a rematar a quien, milagrosamente, pudiese quedar vivo entre los cuerpos calcinados.

De pronto se acordó de algo y lo expresó a gritos:

—¡El rehén! ¿Por qué no usamos al rehén? ¡Un celular, pronto, un celular! —solicitó—. Nunca creí decir esto, pero... ¡necesitamos a Charly Kings!

El mismo encapuchado que le había dado el arma a Sebastián se acercó a Carlos:

—Don Charly, tome mi celular, usted lo hará valer por mil rifles.

La tensión crecía cuando los helicópteros pasaban casi rozando el techo, causando un estruendo dentro de la catedral. Lilith parecía dirigir una orquesta mientras hacía señales con los brazos, orientando posiciones. De pronto una de sus señales parecía referirse a Sebastián, quien de inmediato se acercó.

—Aunque todos estén tapados con las mismas capuchas blancas a usted siempre la podré reconocer por las salpicaduras de sangre

mal lavadas —le dijo en el tono más áspero posible—. Hasta parece portar con orgullo la evidencia de sus atrocidades. ¿Qué quiere?

—Custodie al brujo, péguese a esa jaula. ¿Entiende? Donde vaya Caronte, va usted.

—¿Donde vaya Caronte? ¿Y a dónde putas va a ir Caronte? ¿Acaso ese brujo vuela? ¡No me jodás!

—¡Custodie a Caronte! —contestó Lilith, enérgicamente, dando la plática por terminada.

Afuera los policías ya festejaban. Algunos estaban parados sobre los techos de las patrullas haciendo gestos de burla, gritando sádicas amenazas o bailando una canción con ritmo de cumbia, en la que se proclamaba la permanencia eterna del presidente en el poder. Paramilitares y medios de comunicación afines al gobierno se congregaban para atestiguar y transmitir, en vivo, la llamada “ejecución más espectacular de la historia”.

La propaganda estatal creó tal expectativa que cuando Charly Kings inició su Facebook live, desde el interior de la catedral, se convirtió en lo más visto a nivel nacional.

—¡Holi, chicos! ¡Ya llegó su tiburón! Ya está aquí por quien lloraban, aunque a como va esto no tardarán en llorarme otra vez.

Pero si vamos a morir hay que hacerlo con glamour, fuego y a todo volumen, así que arriba esos ánimos—expresó con una sonrisa triste—. Como ya saben, estoy metido en la catedral. Vine a parar acá porque los Soldados del Ángel me secuestraron. Sí, sí, así soy de importante. Luego vino a rescatarme mi bróder, el Cazador de Monstruos Nicas; era de esperarse porque eso hacen los bróderes, y cuando nos íbamos ya estábamos rodeados por la poliguardia, que es más asesina que los terroristas, y ahora nos están apuntando con cohetes. Pero quiero que quede constancia de que aquí nos acompaña otro celebrity, mírenlo por ustedes mismos. —Charly se acercó a la jaula para enfocar al brujo, quien metido en su papel simulaba estar en trance—. Quiero decirle a la primera dama que si nos atacan perderá a su amuleto, a la fuente de su poder mágico, a su Rasputín, a su Merlín, a su Gandalf... Bueno, creo que me entiende... Señora, mande a retirar todas las tropas y déjenos irnos tranquilos.

Desde los altavoces de las patrullas y medios enlazados, el capitán de uno de los helicópteros respondió casi de inmediato:

—Nuestro gobierno no negocia con terroristas, todos ustedes han sido juzgados por el pueblo y declarados culpables de traición a la patria.

Charly agachó la cabeza y suspiró, cansado. Ahora estaba seguro de que no habría acuerdo que los sacara de ahí; el régimen ya había decidido hacer arder el edificio con todos adentro.

—Con profunda emoción me despido y en esta transmisión final dejo a un lado sutilezas y ambigüedades —prosiguió con renovados bríos, mirando fijamente a la cámara—. Vivimos bajo la bota de un régimen despótico y eso es humillante. Yo siempre me contuve de decir mis opiniones por miedo a represalias, pero hoy, a instantes de morir, soy más libre de lo que me he sentido en años. —Volvió a sonreír—. ¡Salgan! ¡Salgan! ¡Salgan del closet! Aaayyyyyn... No, ya en serio, salgamos a la calle, no vale la pena vivir sometidos, hay que hacerles frente a estos criminales que tienen secuestrado al país. ¡Soy Charly Kings, Carlos Reyes, y sepan que no morí con miedo!

Las cámaras de los noticieros de la dictadura ya estaban en posición; no se permitió a medios independientes ni a civiles acercarse al área; policías y paramilitares estaban expectantes, sedientos de sangre. Los helicópteros habían dejado de dar vueltas para quedar suspendidos a poca altura, casi inmóviles, apuntando a la derrumbada entrada principal de la catedral.

Sin dejar de transmitir, Charly se acercó a Sebastián, que seguía en su puesto junto a la jaula del brujo.

—Sebastián Contreras, la verdad es que fue un privilegio ser tu bróder —se despidió tranquilo—. Aunque en nuestras aventuras yo siempre fui Batman, la verdad no imaginaba que me tocaría tan buen Robin.

Sebastián se resistía a creer que había llegado el final; le frustraba haberse dejado arrastrar a esa trampa cuyo propósito no lograba explicarse. Sin embargo, se sintió en la obligación de dedicarle unas últimas y sinceras palabras a su joven amigo:

—Charly, sos ese hijo que sabiamente siempre evité tener.

Se estrecharon la mano y sonrieron a la cámara con los ojos vidriosos.

—¡A todos los que están en el interior del edificio, su atención por favor!—retumbó la voz del capitán del helicóptero a través de los parlantes. Se escuchaba fuerte y claro a pesar del sonido de las hélices de los dos aparatos.

Charly corrió para grabar lo que ocurría afuera del templo. En el interior de la cabina de la aeronave podía verse al capitán, con casco y lentes oscuros. Su rostro era tan inexpresivo como su voz:

—Escuchen atentamente. —Retiró el seguro del gatillo y los misiles quedaron en posición de disparo—. Cuando se rompen leyes sagradas se desata la ira...

...de Dios.

Dicho esto, giró noventa grados y lanzó un misil contra el helicóptero de al lado, que en llamas se precipitó al suelo. Policías, paramilitares y periodistas apostados en el perímetro quedaron inmóviles ante la sorpresa y no les dio tiempo de reaccionar cuando se desató fuego pesado sobre ellos; desde el aire, desde la catedral y desde las camufladas trincheras de escombros. Las patrullas explotaban al impacto de los cohetes RPG7, mientras los cuerpos caían perforados por las balas de alto calibre.

Adentro de la catedral las encapuchadas figuras seguían una coreografía para recarga de municiones y apoyo a determinados puntos de ataque. Todos sabían qué hacer, menos Sebastián y Charly, que estaban tan desorientados como eufóricos. Lilith gritó: “¡Contreras, donde vaya Caronte vas vos, acordate, no te despegués de esa jaula! ¡Ya! ¡Es momento! ¡Levanten al brujo!”.

Un enorme brazo de grúa asomó sobre la grieta del techo y empezó a bajar una cadena con la que las figuras de blanco diestramente engarzaron la jaula, que se empezó a elevar. “¿Estás dormido o qué? ¡Ya nos vamos, huevón, agarrate y no te caigás!”, tuvo que gritar el propio Caronte para que Sebastián reaccionara y se sujetara de los barrotes. En pocos segundos estaban muy arriba, más allá del techo, rodeados por un anillo de patrullas en llamas, humo y cuerpos despedazados. Las balas zumbaban a centímetros de la jaula; refuerzos policiales seguían llegando por todos los flancos.

—Contreras, qué alegre que aceptó venir al paseo —escuchó Sebastián, y hasta ese momento se percató de que Lilith también iba colgada de la jaula.

El brazo de grúa estaba adaptado a la rastra de un camión. Los Soldados del Ángel quitaban escombros, redes, ramas y hojas con que lo habían camuflado y, a toda velocidad, empernaban láminas de acero en los costados. Suavemente la grúa posó la jaula sobre la rastra.

—Caballeros, será un viaje accidentado —advirtió Lilith.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sebastián, abrumado.

—A la casa presidencial.

X

Miles de personas salieron de sus casas, universidades y centros de trabajo, como una marabunta de minúsculas hormigas; algunas impulsadas por el optimismo, la mayoría guiadas por la furia, tras décadas de sometimiento y de fingir simpatía por aquellos a quienes repudiaban. En el fondo nadie perdió la cuenta de cada humillación y ese día, sin pensarlo, volcaron en la calle el mar de ira que llevaban en el pecho.

Cualquier símbolo del partido de gobierno era derrumbado y destruido; la gente saltaba victoriosa sobre los objetos antes intocables. También arremetían contra policías, los desnudaban y golpeaban, y los que se atrevían a disparar eran linchados y desmembrados a mano limpia. Utilizando sangre, muchos empezaron a dibujarse el símbolo del ángel en el pecho y en la frente; improvisaban túnicas y capuchas; se pertrechaban con palos, bates, resorteras y cualquier arma de fuego que pudieran recuperar.

El combate alrededor del camión era encarnizado. El régimen concentró su fuerza en detenerlos y muchos de los Soldados del Ángel ya habían sido abatidos. A Sebastián le zumbaban los oídos. Por órdenes de Lilith, cambiaba magazines mientras ella

disparaba sin descanso, apostada sobre el techo de la jaula para poder asomarse sobre el blindaje. Caronte estaba completamente magullado, con los barrotes marcados en todo el cuerpo, porque el vehículo se zangoloteaba al pasar sobre aceras, zanjas, piedras y restos humanos. Para reconfortarse bebía de una botella de whisky que los encapuchados le obsequiaron.

—¡Libélula! ¡Libeeeeélula! ¡Te necesitamos aquí! ¿Por qué no estás protegiendo el camión?—gritó Lilith. Parecía desesperada y saltó de la jaula para ir a una esquina de la rastra. Ahí se quitó la capucha y siguió gritando, a través de un intercomunicador ajustado a su cabeza.

—¡Libélula dice que está a punto de ser derribado! ¡Quedamos en que el Ejército se iba a mantener al margen y no lo está haciendo! —le reclamó a alguien—. Sí, no nos hemos topado con tanques militares, supongo que eso es mantenerse al margen, pero Libélula ya está enfrentando a un helicóptero y usted me dice que otro más viene por él.

Lilith cambió el canal del aparato y se colocó la capucha. Siempre estuvo de espaldas y Sebastián no alcanzó a verle el rostro; pero notó que se trataba de una muchacha muy joven y eso, de alguna

manera, lo conmovió. Le pareció injusto que ella, con una vida por delante, estuviera expuesta a las balas y no él.

—A ver, chavala, cambiemos de pegue, yo disparo y vos recargás —se ofreció—. Y de paso hacés tranquila tus llamadas.

Solo hasta que apretó el gatillo se percató de cuán enojado estaba consigo mismo. En ese momento se recriminó por haber sido durante décadas un ciudadano silencioso y acomodado; y sintió que no era tan inocente ni tan ajeno a todo lo que estaba ocurriendo. “Esto tiene que terminar ya”, pensó, y los disparos de su metralleta arreciaron.

—¡Libélula! ¡Nos las vamos a tener que arreglar sin vos, están mandando a un segundo helicóptero militar para derribarte! —volvió a gritar, Lilith—. El Ejército no sabe quién va a ganar, así que le está apostando a ambos bandos. Buscá el lago para evitar bajas civiles. Buena suerte. Cambio y fuera.

La muchacha cerró la comunicación y, tratando de aligerar el ambiente, agregó:

—Tal vez no tengamos el apoyo de Libélula desde el aire, pero por Dios que vamos a tener apoyo desde tierra. Confío en eso.

Charly Kings no había dejado de transmitir; corría detrás del camión blindado para luego tirarse al suelo y parapetarse entre escombros.

—¡¡¡Fans!!! ¿Dónde carajos están? ¿Dónde están todos esos miles que claman ser mis amigos en las redes sociales? —protestó, agitado, luego de rodar para ocultarse tras una pila de rocas—. ¿Saben algo? Aquí muere, sí, aquí muere. El que esté aquí en Managua y no me venga a ayudar que me bloquee ya. Sí, que ya no me siga ni en Instragram ni en el feis, ni en nada. —Su expresión se tornó dura y solemne—. Esta es su última oportunidad, tómenla, déjense venir, estamos por entrar a la rotonda del Güegüense, el Cazador de Monstruos sigue en ese camión blindado, miren, va para la casa presidencial. ¿Se lo van a perder? ¡Vengan que hay que romperle el ass a la poliguardia!

El encapuchado que se había dado a la tarea de resguardar a Charly, lo regañó:

—¡Baje la cabeza! Yo sé que quiere las mejores tomas y que se distrae mucho haciendo su show, pero se está arriesgando demasiado.

—Solo mates sos, Gasparín. Tu miedo es que se me quiebre tu Guagüei. No se me olvida que el celular es tuyo. Es prestado, yo sé. Te prometo que si sobrevivimos, te voy a regalar uno nuevo.

—No creo que sobrevivamos, ya me quedé sin balas.

—¡Pero yo no me quedé sin fans! —exclamó Charly al percatarse de la creciente multitud que los rodeaba. Ya casi no se escuchaban disparos, las fuerzas del régimen se estaban replegando.

—Con todo respeto, me atrevería a asegurar que muchas de estas personas no usan internet—señaló el encapuchado—. Mírelos, es gente del campo, no nos están dejando morir. Pero no se aflija, aquel grupito de jóvenes con el pelo pintado de morado seguro va a pedir un selfie con usted.

XI

Como una gigantesca procesión, la marcha más grande que se hubiera visto en Managua se dirigía hacia la casa presidencial. Se oían cantos, rezos, consignas y estruendosos morterazos al aire. Todos iban acuerpando al camión. Era un río de personas que se hacía más caudaloso a cada cuadra, avanzando con solemnidad y

destruyendo a su paso cualquier propaganda o símbolo de la pareja presidencial.

Mientras tanto, Lilith conectaba cables y daba instrucciones. Era notoria la detallada planificación técnica de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Recuerden la distribución de los altavoces, vamos a tener a más de un millón de personas reunidas, respeten las posiciones —instruyó la joven a través del intercomunicador—. En cinco minutos hacemos prueba de señal. Caronte, ¿usted sigue vivo?

—Eso creo, eso creo —balbuceó Leónidas dentro de su jaula, con una voz que delataba su embriaguez.

—Lilith, ¿y ahora qué es lo que traman? —preguntó Sebastián, que intentaba deducir cuál era su verdadero rol en todo esto.

—No te lo puedo decir. Lo único que te pedimos, y creo que hablo en nombre de todas, es que nos perdonés —respondió ella, en tono triste, y volvió a hablar por el transmisor—. Quiten las láminas, vamos a empezar.

La respuesta no tranquilizó a Sebastián, pero no tuvo oportunidad de insistir. En segundos empezaron a dismantelar el blindaje; la rastra estaba quedando expuesta ante centenares de miles de miradas, incluyendo las provenientes de la casa

presidencial, a menos de cuatrocientos metros y protegida por patrullas, policías, antimotines y paramilitares armados. Sobre el muro de la fortaleza asomaban escoltas apuntando con armas largas a la multitud.

La calma se sentía tensa. Había miedo en ambos bandos, ninguno seguro de poder alzarse con la victoria. Lilith tomó un micrófono y su voz resonó desde una decena de camiones con altavoces dispuestos en la zona.

—Hoy es un día que soñé durante mucho tiempo y sé que muchos de ustedes también lo hicieron. Quería estar aquí, enfrente de estos que dicen ser nuestras autoridades. Y ahora quiero que sepan por qué estamos aquí, que sepan que no es por ambición, ni porque los odiamos, ¡es por justicia!

La joven se quitó la capucha para revelar su rostro ante los miles de celulares que la multitud alzaba. Aunque evidentemente había pasado por cirugías reconstructivas, todavía tenía cicatrices de quemaduras en la cara y le faltaba el lóbulo de una oreja.

—Soy Lilith, pero alguna vez me llamé Amanda Leal Urbina —se presentó, llevándose la mano izquierda al sitio donde se halla el corazón—. Tal vez algunos de los que están allá en la barrera de enfrente se acuerden de mí... o posiblemente no. Para ellos la

crueldad, el abuso, la violación, son cosa común, un día más en el trabajo. —La muchedumbre guardaba silencio, en parte por curiosidad, en parte por respeto—. La primera vez que una patrulla me detuvo, me obligaron a hacer sentadillas, desnuda, en la calle. Recuerdo que se rieron bastante, pero hoy no los veo reírse —continuó la joven, y su voz era como un cuchillo—. Me humillaron, pero no les bastó. A los pocos días llegaron a mi casa, porque supuestamente un vecino me acusó de hablar mal del gobierno. Era mentira. Yo era como muchos de ustedes, pensaba que si me mantenía callada no se iban a meter conmigo; pero ellos se meten con quien se les antoja. Decidieron no llevarme a la estación y en lugar de eso me metieron a una cárcel clandestina. Peor para mí. No sé cuánto tiempo me tuvieron ahí, semanas, meses, no sé, nunca vi el sol. Me violaban a diario, me golpeaban a diario. Pero yo no era la única en esa casa, escuchaba los gritos de las torturas. Solo imagínense que yo era de las afortunadas... No me interrogaban porque sabían que nada tenía que ver con política, a otras presas les iba mucho peor. Y una noche, después de tratarnos con especial sadismo, nos sacaron al patio. Decían que iban a limpiar la casa. —La mirada de Lilith se endureció y por primera vez le tembló la voz—. Nos pusieron a

cavar. Éramos unas ocho las que todavía podíamos movernos y, una vez hecha la fosa, tiraron los cuerpos de las que ya no se movían y nos dijeron que bajáramos al hoyo. "No gasten muchas balas", les ordenó el capitán, y así fue, dispararon solo una ráfaga. Caímos al suelo, pero no todas estábamos muertas, entonces trajeron gasolina y nos prendieron fuego adentro de la fosa. ¿Saben por qué estoy viva? Se habían robado la mitad de la gasolina para usarla en unas motos; de eso hablaban mientras nosotras ardíamos. —La muchacha esbozó una amarga sonrisa—. Les dio pereza ponernos tierra encima, dijeron que iban a tapar la fosa al día siguiente. Yo siempre he pensado que me morí esa noche y que soy un fantasma que no logra descanso, porque mi misión es que ninguna persona vuelva a vivir algo como lo que yo viví. Pero sigue pasando y por eso ellas están también aquí.

Una de las figuras de blanco subió a la rastra y se retiró la capucha; otra la siguió y luego otra y otra y otra y otra... Hasta que no cabían más.

A unos metros, Charly apretaba un puño y las lágrimas le bañaban el rostro.

—Gasparín, lo siento mucho, de verdad —dijo mientras las mujeres bajaban de la improvisada tarima y la multitud gritaba “¡Justicia! ¡Justicia!”.

—¡Y si la justicia humana falla, pues toca el turno de la justicia divina!— prosiguió Lilith, alzando el tono, con un aire de bíblico profeta—. Nicaragua, en su inmensa desdicha, se hizo merecedora de un milagro, un milagro que siempre estuvo ante nuestros ojos, y así como Cristo caminó entre los humanos hoy lo hace uno de sus ángeles, aquí, frente a nuestros ojos. —Un murmullo empezó a recorrer la multitud—. ¡Lo conocimos por su valentía! Venció ejércitos, venció monstruos, rescató a muchos que estaban atrapados entre los escombros. Nos organizó, nos convirtió en su ejército y luego voló hasta la oscura guarida de la mujer del dictador y capturó al brujo Leónidas Caronte. Enjauló a este dragón del inframundo y le arrebató su fuente de poder mágico a la primera dama. No han sido las armas las que nos han sometido, ha sido la magia negra y Dios ha mandado a su emisario para poner fin al hechizo. ¡No habrá más que temer, a partir de hoy serán ellos los que sientan miedo!

Sebastián estaba pálido. Por un instante quiso escapar; pero vio que millares de personas se arrodillaban y notó cómo el rumor de las oraciones inundaba el aire.

—¡Nosotras somos el ejército del ángel del fin de los tiempos! — gritó Lilith, con voz de trueno, y de un estuche sacó una espada brillante y afilada. Con gran solemnidad se la entregó a Sebastián, que no tuvo valor para rechazarla y la recibió con manos tiritantes. Dos mujeres de blanco abrieron la puerta de la jaula y el brujo buscó la mirada del Cazador, suplicándole en silencio que siguiera adelante. Cuando ambos hombres estuvieron dentro, Lilith cerró la puerta y susurró: “Ojalá hubiera otra manera”.

La jaula empezó a elevarse y más gente se hincaba. Muchos lloraban e incluso los policías parecían hipnotizados por el evento. El hechicero y Sebastián llegaron lo más alto que permitía el brazo de la grúa, a unos quince metros del suelo, y no les era posible divisar el final de la muchedumbre, que hacía ruidosas ovaciones.

Lilith volvió a hablar en el micrófono:

—Con rituales y artimañas la pareja presidencial se ha adueñado de decenas de miles de almas para usarlas a su conveniencia. ¡El

ángel nos trae la libertad, a vivos y a muertos! —Adentro de la jaula, el brujo se arrodilló descubriéndose el cuello— ¡Sebastián Contreras es el ángel del fin de los tiempos de tiranía, traedor de una nueva era!

Sebastián se estremeció. Sentía en sus manos el peso de la espada y sabía perfectamente lo que debía hacer con ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hacelo, por favor, antes que se me baje el whisky —le imploró Leónidas—. No aguanto más el miedo. Tenés que hacerlo, no hay otro camino, esto tiene que terminar hoy. —Alzó la mirada para verlo a la cara por última vez—. Ayúdame a saldar mis cuentas, con esto seguro que quedo tablas con el Colochón.

La gente seguía gritando, ahora más alto, empujando el camión por los costados. Sebastián sudaba a chorros y el corazón le latía como un animal desbocado. No quería matar a Leónidas. Ya no guardaba ninguna animadversión por el amable anciano que tenía enfrente y le parecía inconcebible hacerle daño. Pero el gentío rugía cada vez más fuerte y todo parecía estar saliéndose de control.

—¡Hacelo! —gritó el brujo.

El recién nombrado “ángel” levantó la espada y los brazos le seguían temblando; estaba descontrolado, confundido. Arrodillado y mirando al suelo, con la nuca al descubierto, Caronte le dio ánimos:

—Ya es el momento. ¡Hagamos que arda toda esta mierda!

De un golpe, con todas sus fuerzas, dejó caer la hoja sobre el cuello del brujo. La cabeza rodó. El rugido de la multitud fue ensordecedor.

XII

La decapitación de Leónidas Caronte fue el disparo de salida de una carrera multitudinaria: centenares de miles de personas empezaron a correr eufóricas hacia la casa presidencial. Los policías disparaban a mansalva y decenas de ciudadanos caían, pero eran reemplazados por centenares, en una irrefrenable marea humana. Los oficiales empezaron a sucumbir al pánico y algunos intentaron huir; sin embargo, desde la casa del dictador disparaban a quien se atreviera a romper filas, para disuadir a otros que pensaran en desertar. En pocos minutos la gente alcanzó la barrera policial. Los cascos de los antimotines eran arrancados con las cabezas adentro y los cócteles molotov

estallaban contra las patrullas. Desde el interior de la fortaleza continuaban disparando, sin hacer distinción de bando.

“¡Van a huir!”, gritó un hombre flaco que sostenía un megáfono. “¡Hay que entrar ya o los dictadores van escapar por aire!”. Pero no había terminado de hablar cuando a lo lejos, en el cielo, todos divisaron algo que se acercaba dejando una oscura estela. Era un humeante y destartalado helicóptero.

A esa hora Lilith seguía sobre la rastra, atizando los ánimos a través de los altavoces. Alguien la llamó por el intercomunicador. "No los voy a dejar irse para vivir un exilio de reyes, van a pagar por todo lo que han hecho. Van a pagar por lo que te hicieron a vos, amor. Cambio y fuera", escuchó, pero no tuvo tiempo de responderle a Libélula.

El bólido en llamas volaba tan bajo que daba la impresión de que no podría llegar a su destino. Todas las armas que quedaban en manos de los partidarios de la dictadura disparaban al aparato que, con lo que pareció ser su último aliento, se estrelló contra el helipuerto presidencial, causando una explosión y el incendio del hangar.

La masa se enardeció, lo que quedaba de la Policía fue aplastado contra los muros y la gente escaló sobre los cuerpos

amontonados. Los primeros en saltar las murallas fueron abatidos; pero la segunda oleada ya no pudo ser contenida. Con las armas recuperadas acribillaron sin piedad a cada uniformado y, una vez abiertos los portones, la multitud entró a destruir y saquear el complejo presidencial.

Fuego, sangre, violencia, una estampa barbárica que bien hubiera podido pertenecer a tiempos antiguos, de no ser por la presencia de los modernos teléfonos celulares con los que la gente se filmaba entre sí. El caos fue aún peor después de que descubrieron varios contenedores llenos de dinero en efectivo.

Pronto fue localizado el búnker de la familia presidencial; pero la puerta era una mole de acero y concreto que requirió horas de trabajo con taladros de demolición y equipos de corte con acetileno. Una vez abierto el búnker, se descubrió que más bien era una cámara de gas que se activaba con la huella digital de la matriarca. El clan entero se había inmolado y la gente hizo fila para tomarse selfies con los cadáveres de la que llegó a ser la familia más acaudalada y poderosa en la historia de Nicaragua.

XIII

Fue necesario encapuchar a Sebastián para sacarlo del lugar de los disturbios. Su nuevo estatus sobrenatural lo convertía en un generador de conmoción e histeria colectiva. Sin brindarle mayores detalles, lo subieron junto con Carlos a una camioneta. Lilith se les acercó y, haciendo un enorme esfuerzo para no llorar, les habló con la voz quebrada:

—Lo siento mucho, de verdad, ustedes no merecían esto. Serán conducidos a un lugar donde podrán descansar. Él lo apostó todo por ustedes y acertó.

—¿Quién es “él”? —indagó Carlos.

—El que juega ajedrez.

La muchacha no pudo continuar. Les apretó fuerte las manos y los dejó partir.

Sebastián no habló durante el camino, todavía se sentía adentro de la jaula, viendo cómo se balanceaba el cuerpo decapitado de Leónidas y la sangre brotando a borbotones. Le parecía seguir escuchando el estruendo de la guerra y recordaba, con total claridad, cómo miles de seres humanos se arrancaban la vida mientras él los contemplaba desde lo alto. “¿Cómo terminé otra

vez en medio de todo esto?”, se preguntaba a sí mismo, asqueado por lo que había hecho.

—Hoy fue derrocada la dictadura. Triunfamos, viejo, hay que pensar solo en eso —repetía Carlos con desgana, tapándose los ojos con la mano.

Llegaron a una quinta, bajaron del vehículo y la naturaleza fue de inmediato un alivio. Contreras fijó la mirada en los árboles que se mecían suavemente con el viento, tan ajenos a las tragedias humanas.

El anfitrión salió a recibirlos y dijo sin saludar:

—Ángel del fin de los tiempos, necesitamos de tu parte un último favor. Con la autoridad que te confiere tu estatus divino debés llamar a la pacificación del territorio, la formación de un gobierno de transición y a que se proceda a realizar elecciones lo más pronto posible. Esta noche plantarás la semilla de la república.

—¿Por qué me usaste a mí para todo esto? —preguntó Sebastián.

—Quizá porque sos el único asesino decente que conozco.

—¿Y qué estás buscando vos a cambio?

Ramsés Farid sonrió casi con ternura.

—No es dinero, tengo el que necesito; tampoco honores —respondió—. Mirá la partida que he jugado y nunca nadie sabrá que fue mi mano la que movió la fichas. Simplemente tengo una visión y en ella no caben los dictadores, quiero que los habitantes de este país tomen el control de sus propias vidas.

—¿Y has pensado que tal vez no sea eso lo que ellos quieren?

—Pues entonces todo habrá sido en vano.



Del Cid Ediciones, 2020 ©

Título: *Que todo arda* ©

Autor: Israel Lewites Cornejo

Primera edición, 2020 ©

ISBN: 978-9962-13-330-8

Diseño de portada: Lonnie Ruíz

Edición: Amalia del Cid

Diseño y diagramación: Carlos Reyes

Este libro fue editado y diagramado en formato digital por *Del Cid Ediciones*. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin el permiso previo y por escrito al titular del *copyright*.

Escena post créditos

—Hombre, nunca me contaron qué fue lo que encontraron en esa selva, dentro del Cerco de los Nahuales —comentó Ramsés Farid, rompiendo el pesado silencio de la cena—. Me muero de curiosidad.

—Pues encontramos que si talan esos árboles nos jodimos todos, bróder. Ahora sí, jodidos de verdad —respondió Carlos, con la boca llena por un pedazo de brócoli.

Sebastián los miró a ambos, primero a Carlos y después a Farid.

—Y por eso hay que volver —dijo.

**“En el fondo nadie perdió la cuenta
de cada humillación y ese día,
sin pensarlo, volcaron en la calle
el mar de ira que llevaban en el pecho”.**

Un humilde brujo de Diriomo cobra poderes sobrenaturales; en el interior del cráter del volcán Masaya aparece una extraña criatura; la enigmática tribu de los nahuales hace frente a colonos que destruyen la reserva Indio Maíz; Managua es sacudida por el ataque de un grupo fundamentalista religioso. Estas son las premisas de los cuatro relatos que componen *“Que todo arda”*, una delirante novela que transcurre en una Nicaragua muy parecida a la actual y que se nutre de absurdos hechos que forman parte de nuestra realidad política.

Misterio, aventura, acción y humor aderezan esta amena lectura que esconde agudos comentarios sociales y un extravagante cuestionamiento a todo lo que consideramos verdad.

Del Cid
EDICIONES

ISBN: 978-9962-13-330-8



QUE TODO ARDA
ISRAEL LEWITES CORNEJO